

Percy Jackson  
Diarios Semidios  
Rick Riordan

<http://beingravenclaw.tumblr.com/post/32597174000/diarios-semidios>

## 1. Carta de Rick Riordan

Querido joven semidiós,

Tu destino te espera. Ahora que has descubierto tu verdadera familia, debes prepararte para un arduo futuro: luchar contra monstruos, vivir aventuras a través del mundo y tener que convivir con los temperamentales dioses griegos y romanos. No te envidio.

Espero que este volumen te ayude en tus viajes. He estado mucho tiempo reflexionando antes de publicar estas historias, ya que me fueron entregadas en estricta confidencia. De todas maneras, tu supervivencia es lo primero y este libro te dará una vista interna del mundo de los semidioses: información que quizá te ayude a mantenerte con vida.

Comenzaremos con “El diario de Luke Castellan”. Durante años, muchos lectores y campistas del Campamento Mestizo me han pedido que explique la historia de los primeros días de Luke, viviendo aventuras junto a Thalia y Annabeth antes de que llegaran al campamento. He sido bastante reacio a hacerlo, ya que ni a Annabeth ni a Thalia les gusta hablar de aquella época. La única información está manuscrita por la misma mano de Luke, en su diario original que el mismo Quirón me dio hace años. He pensado en, a pesar de todo, compartir un poco de esa historia por una vez. Puede que sea de ayuda para entender qué malogró a un semidiós tan prometedor. En este pasaje sabrás cómo Thalia y Luke llegaron a Richmond, Virginia, persiguiendo una cabra mágica, cómo estuvieron a punto de morir en una casa del terror y cómo conocieron a una joven llamada Annabeth. También he añadido un mapa del invernadero de Alcíone en Richmond.

A pesar del daño descrito en la historia, el edificio ha sido reconstruido lo que puede traer problemas. Si te aventuras a entrar, ten cuidado. Puede seguir conteniendo tesoros, pero lo más seguro es que también haya monstruos y trampas.

Nuestra segunda historia me pondrá seguramente en problemas con Hermes. “Percy Jackson y el caduceo de Hermes” describe un incidente vergonzoso del dios de los viajeros, que quiso resolver disimuladamente con la ayuda de Percy y Annabeth. Cronológicamente, la historia sucede entre El Último Héroe del Olimpo y El Héroe Perdido, en los días cuando Percy y Annabeth acababan de comenzar a salir, antes de que Percy desapareciera. Es un buen ejemplo de cómo la rutina de los semidioses puede

verse interrumpida en un momento por una crisis del Monte Olimpo. ¡Aunque vayas de picnic a Central Park, siempre lleva contigo tu espada! Hermes me ha amenazado con un correo lento, un servicio de Internet pésimo y unas acciones bursátiles horribles si publico esta historia. Espero que estuviera bromeando.

Después de esa historia, he añadido una entrevista con George y Martha, las serpientes de Hermes, igual que el retrato de semidioses importantes que puedes reconocer durante tus misiones. Entre ellos está la primera imagen de Thalia Grace. Ella no quería hacerse una fotografía, pero nos las arreglamos para convencerla.

A continuación, “Leo Valdez y la búsqueda de Buford” nos llevará detrás de las cámaras en el Búnker 9 mientras Leo intenta construir su súper-barco volador, el Argo II (también conocido como “la flamante y ardiente máquina de guerra”).

Aprenderás que los encuentros con monstruos pueden incluso suceder en las fronteras del Campamento Mestizo y en este ejemplo, Leo se mete de pleno en algún lío potencialmente catastrófico incluyendo unas psicóticas chicas fiesteras, mesas andantes y materiales explosivos. Incluso con la ayuda de Piper y Jason, no está claro que sea capaz de sobrevivir a los sucesos.

También he incluido un diagrama del Búnker 9, aunque te aviso que es sólo un dibujo. Nadie, ni siquiera Leo, ha descubierto todos los pasajes y túneles secretos y salas escondidas del búnker. No podemos más que suponer lo grande e intrincado que es el lugar.

Finalmente, la historia más peligrosa de todas: El hijo de la magia. El tema es tan fuerte que ni siquiera pude escribirlo por mí mismo. No había forma que me pudiera acercar lo suficiente al joven semidiós Alabaster para entrevistarme con él. Podría haber sabido que yo era un agente del Campamento Mestizo y me habría hecho desvanecerme con tan solo verme. Mi hijo, Haley, de todas formas, pudo acceder a sus secretos. Haley, que ahora tiene dieciséis, igual que Percy Jackson, escribió “Hijo de la magia”, expresamente para este libro, y debo decir que ha intentado responder algunas preguntas que era incluso misterios para mí. ¿Quién controla la Niebla y cómo? ¿Por qué los monstruos son capaces de percibir a los semidioses? ¿Qué les pasó a los semidioses que lucharon con el ejército de Cronos durante la invasión de Manhattan? Todas esas cuestiones están respondidas en “Hijo de la magia”. Hallarás que abre la puerta de una parte completamente nueva y extremadamente peliaguda del mundo de Percy Jackson.

Espero que los Diarios Semidiós te ayuden a prepararte para tu propia aventura. Como Annabeth te diría, el conocimiento es un arma. Te deseo suerte, joven lector. Ten tu armadura y tus armas a mano. Mantente alerta. Y recuerda, ¡no estás solo!

Con cariño,

Rick Riordan

Escriba Sénior

Campamento Mestizo

Long Island, Nueva York

## 2. El diario de Luke Castellan

Me llamo Luke.

En realidad, no sé si seré capaz de mantener este diario. Mi vida es bastante alocada. Pero le he prometido a un anciano que lo intentaría. Después de lo que ha pasado hoy... bueno, se lo debo.

Mis manos me tiemblan mientras estoy aquí sentado haciendo mi guardia. No me puedo quitar las horribles imágenes de la cabeza. Tengo unas pocas horas antes de que las chicas se despierten. Quizá si puedo escribir la historia, pueda quitármelo de la cabeza. Será mejor que comience con la cabra mágica.

Durante tres días, Thalia y yo perseguimos esa cabra por toda Virginia. No estoy seguro por qué exactamente. En mi opinión, la cabra no parecía especial, pero Thalia estaba más inquieta de lo normal. Estaba convencida de que la cabra era algún tipo de señal de su padre, Zeus. Sí, su padre es un dios griego. Y también lo es el mío. Somos semidioses. Si crees que eso suena guay, piénsatelo de nuevo. Los semidioses son imanes de monstruos. Todas esas horribilidades de la Grecia antigua como las furias, las harpías o las gorgonas siguen existiendo, y pueden percibir a los héroes como nosotros a millas de distancia. Por eso, Thalia y yo pasamos gran parte de nuestras vidas corriendo por nuestras vidas. Nuestros súper-poderosos padres ni siquiera nos hablan y mucho menos nos ayudan. ¿Por qué? Si intentara explicarlo, llenaría un diario entero, por lo que proseguir con mi historia.

De todos modos, esta cabra habría ido apareciendo al azar, siempre alejada de nosotros. Siempre que intentábamos acercarnos, la cabra se desvanecía y aparecía más lejos, como si nos estuviera llevando hacia algún lugar.

Por mí, la habríamos dejado ir, pero Thalia no sabía cómo explicar que estaba convencida de que era importante, pero ella y yo habíamos vivido tantas aventuras juntos que había aprendido a confiar en su juicio. Por lo que seguimos la cabra.

De madrugada, llegamos a Richmond. Recorrimos un estrecho puente que cruzaba un tranquilo río cuyas aguas tenían un tono verdoso, pasaron unos parques boscosos y unos cementerios de la Guerra Civil. Mientras nos acercamos al centro de la ciudad, nos dejamos llevar por entre unos adormilados vecindarios de casas de tejados rojos con vallas muy juntas, con porches blancos y pequeños jardines.

Me imaginé todas aquellas familias normales viviendo en aquellas casas acogedoras. Me pregunté cómo sería tener un hogar, saber de dónde vendría mi próxima comida, sin tener que preocuparme por ser comido por monstruos cada día. Había estado huyendo desde que solo tenía nueve años, hacía cinco años. A duras penas recordaba cómo era dormir en una cama de verdad.

Después de haber caminado una milla, mis pies comenzaban a sentirse como si se hubieran derretido en mis zapatos. Deseaba que pudiéramos encontrar un lugar para descansar, quizá conseguir algo de comida. En cambio de eso, encontramos la cabra.

La calle por la que íbamos se abrió a un gran parque circular. Unas majestuosas mansiones de tejados rojos encaraban una rotonda. En el medio del círculo, en lo alto de un pedestal de mármol blanco de siete metros, había un tipo de bronce sentado en un caballo. Pastando en la base del monumento estaba la cabra.

–¡Escóndete! –Thalía me arrastró detrás de una hilera de arbustos.

–Es sólo una cabra–dije por milésima vez–. ¿Por qué...?

–Es especial–insistió Thalía–. Es uno de los animales sagrados de mi padre. Su nombre es Amaltea.

Nunca antes había mencionado el nombre de la cabra. Me pregunté por qué estaba tan nerviosa. Thalía no le tenía miedo a muchas cosas. Sólo tenía doce, dos años más pequeña que yo, pero si la vieras bajando por la calle, te apartarías de su camino. Vestía botas de cuero negro, tejanos negros y una chaqueta de cuero deshilachada con botones punks. Su cabello era oscuro y lo tenía recortado como si unos animales se lo hubieran

arrancado a zarpazos. Sus intensos ojos azules te taladraban como si estuviera considerando la mejor forma de pegarte una paliza.

Si era algo que le asustaba, tenía que tomármelo en serio.

—¿Has visto esta cabra antes? —pregunté.

Asintió de mala gana.

—En los Ángeles, la noche en la que huí. Amaltea me guió fuera de la ciudad. Y después, la noche que tú y yo nos conocimos... me guió hasta ti.

Me quedé mirando a Thalía. Todo lo que yo sabía era que nuestro encuentro había sido accidental. Nos chocamos el uno con el otro en la cueva de un dragón fuera de Charleston y nos unimos para mantenernos con vida. Pero Thalía nunca había mencionado ninguna cabra. Igual que con su antigua vida en Los Ángeles, a Thalía no le gustaba hablar de ello. Yo la respetaba demasiado como para entrometerme. Sabía que su madre se había enamorado de Zeus. Al cabo del tiempo, Zeus se había marchado, como todos los dioses acababan haciendo. Su madre se lo había tomado mal, bebiendo y haciendo cosas alocadas (no sé los detalles) hasta que al final Thalía había decidido huir. En otras palabras, su pasado era muy parecido al mío.

Thalía respiraba entrecortadamente.

—Luke, cuando Amaltea aparece, algo importante está a punto de suceder... algo peligroso. Es como una advertencia de Zeus, o una guía.

—¿A qué?

—No lo sé... pero mira. —Thalía señaló al otro lado de la calle—. Esta vez no ha desaparecido. Debemos estar cerca de lo que sea a lo que nos lleva.

Thalía tenía razón. La cabra estaba allí de pie, a menos de cien metros mordisqueando con gracia la hierba de la base del monumento. No era ningún experto en animales de corral, pero Amaltea parecía extraña ahora que estaban más cerca. Tenía unos cuernos curvos como un carnero, pero las ubres hinchadas de una hembra. Y su lanudo pelaje gris... ¿estaba brillando? Unos mechones de luz parecían ceñirse a su alrededor como una nube de neón, haciéndola parecer borrosa y fantasmagórica.

Un par de coches daban vueltas por la rotonda, pero nadie parecía darse cuenta de la cabra radioactiva. Aquello no me sorprendió. Había algún tipo de camuflaje mágico que mantenía a los mortales de ver las verdaderas apariencias de los monstruos y de los dioses. Thalía y yo no estábamos seguros de cómo se llamaba aquella fuerza o cómo funcionaba, pero era muy poderosa. Los mortales podían ver aquella cabra como un perro callejero, o simplemente no verla.

Thalía me agarró por la muñeca.

–Vamos. Quiero intentar hablar con ella.

–Primero nos escondemos de la cabra–dije–. ¿Ahora quieres hablarle?

Thalía me arrastró fuera de los arbustos y me empujó por la calle. No protesté. Cuando a Thalía se le mete una idea en la cabeza, no puedes hacer otra cosa que seguirle la corriente. Siempre acababa consiguiéndolo.

Además, no podía dejarla ir sin mí. Thalía me había salvado la vida una docena de veces. Ella es solo mi amiga. Tiempo atrás, me había hecho amigo de mortales, pero cada vez que les decía la verdad sobre mí, no me entendían. Les confesaba que era hijo de Hermes, el tipo inmortal que hacía de mensajero con sandalias aladas. Les explicaba que los monstruos y los dioses griegos eran reales y que seguían vivos en el mundo moderno. Mis amigos mortales decían: “¡Eso es muy guay! ¡Ojalá yo fuera un semidiós!” como si fuera algún tipo de juego. Siempre me acababa yendo.



Pero Thalía me entendió. Ella era como yo. Ahora que la había encontrado, yo estaba decidido a permanecer con ella. Si quería perseguir aquella cabra mágica que brillaba, entonces lo haríamos, aunque tuviera un mal presentimiento.

Nos acercamos a la estatua. La cabra no nos prestó atención. Pastó un poco de hierba, entonces se rascó los cuernos contra la base de mármol del monumento. Una placa de bronce rezaba: Robert E. Lee. No sabía mucho sobre historia, pero estaba seguro de que Lee había sido un general que perdió una guerra. Aquello no debía ser un buen augurio.

Thalía se arrodilló cerca de la cabra.

—¿Amaltea?

La cabra se giró. Tenía unos tristes ojos ámbar y un collar de bronce alrededor de su cuello. Una difusa luz blanca brillaba alrededor de su cuerpo, pero lo que realmente me llamó la atención fueron sus ubres. Cada tetilla estaba etiquetada con letras griegas como si fueran tatuajes. Podía leer un poco de griego antiguo, algún tipo de don natural para los semidioses, supongo. Las tetillas decían: Néctar, Leche, Agua, Pepsi, Hielo y Mountain Dew sin azúcar. O quizá lo leí mal, o al menos eso esperé.

Thalía miró a los ojos de la cabra.

—Amaltea, ¿qué quieres que haga? ¿Te ha enviado mi padre?

La cabra me miró. Parecía estar ofendida, como si fuera intruso en una conversación privada.

Di un paso tras, resistiéndome a empuñar mi arma. Oh, por cierto, mi arma era un palo de golf. Sí, os podéis reír. Tenía una espada hecha de bronce celestial, que es mortal para los monstruos, pero la espada se fundió con el ácido (una larga historia). Ahora todo lo que tengo era un hierro del nueve que cargaba en la espalda. No demasiado épico, que digamos. Si la cabra cargaba contra nosotros, íbamos a estar en problemas.

Me aclaré la garganta.

–Eh... Thalía, ¿estás segura de que esta cabra es de tu padre?

–Es inmortal–dijo Thalía–. Cuando Zeus era un bebé, su madre Rea le escondió en una cueva...

–¿Por qué Cronos le quería comer? –había oído esa historia en algún lugar, de cómo el antiguo rey titán se había tragado a sus propios hijos.

Thalía asintió.

–Por lo tanto esta cabra, Amaltea, cuidó del bebé Zeus en su cuna. Ella le amamantó.

–¿Con Mountain Dew sin azúcar? –pregunté.

Thalía frunció el ceño.

–¿Qué?

–Lee las ubres–dije–. La cabra tiene cinco sabores además de un dispensador de hielo.

–Beeeeeeee–baló Amaltea.

Thalía dio golpecitos en la cabeza de la cabra.

–Está bien. No ha querido insultarte. ¿Por qué nos has guiado aquí, Amaltea? ¿Dónde me quieres llevar?

La cabra golpeó sus cuernos contra el monumento. De arriba vino el sonido de un chasquido metálico. Miré hacia arriba y vi al General Lee de bronce mover su brazo derecho.

Casi me escondí detrás de la cabra. Thalía y yo ya nos habíamos encontrado con varias estatuas mágicas que se movían. Se llamaban autómatas y siempre eran malas noticias. No me sentía demasiado emocionado por golpear a Robert E Lee con un hierro del nueve.

Afortunadamente, la estatua no atacó. Simplemente señaló a través de la calle. Le lancé una mirada nerviosa a Thalía.

—¿De qué va esto?

Thalía señaló con la cabeza hacia la dirección en la que señalaba la estatua.

Al otro lado de la rotonda había una mansión de ladrillos rojos enterrada en hiedra. A un lado, unos grandes robles rodeados con heno. Las ventanas de la casa estaban cerradas y eran oscuras. Unas blancas columnas torcidas sujetaban un porche en la puerta principal. La puerta estaba pintada de un color negro carbón. Incluso en aquella mañana soleada, el lugar parecía aterrador y lúgubre, como si fuera la casa encantada de Lo que el viento se llevó.

Me sentí la boca seca.

—¿La cabra quiere que vayamos ahí?

—Beeeeeeeeee. —Amaltea movió su cabeza como si estuviera asintiendo.

Thalía tocó los cuernos curvos de la cabra.

–Gracias, Amaltea... Yo... yo confío en ti.

No estaba seguro de por qué, considerando lo asustada que parecía Thalía.

La cabra me molestaba, y no sólo porque dispensara productos de Pepsi. Había oído algo sobre la cabra de Zeus, algo sobre aquella piel brillante... De repente una niebla apareció alrededor de Amaltea y se la tragó. Una tormenta en miniatura la engulló. Un relámpago retumbó en la tormenta. Cuando la niebla se hubo disuelto, la cabra se había ido.

Ni siquiera había podido probar el dispensador de hielo.

Miré hacia la casa destartada. Los árboles mohosos a cada lado parecían garras, esperando a atraparnos.

–¿Estás segura sobre esto? –pregunté a Thalía.

Se giró hacia mí.

–Amaltea me lleva hacia cosas buenas. La última vez que apareció, me llevó hasta ti.

El cumplido me relajó como una taza de chocolate caliente. Era un imbécil por ello. Thalía podía hacer bajar y subir aquellos ojos azules, decirme unas palabras amables y podía hacer conmigo todo lo que quisiera. Pero no podía dejar de preguntarme si en Charleston, la cabra le había guiado hacia mí o hacia la cueva del dragón?

Resoplé.

–Vale. Mansión tétrica, allá vamos.

La aldaba de latón tenía la forma de la cara de Medusa, lo que no era una buena señal. Las tablas del suelo del porche crujían bajo nuestros pies. Las contraventanas estaban cayéndose, pero el cristal estaba mugriento y cubierto, por el otro lado, con cortinas oscuras, por lo que no podíamos ver el interior.

Thalía llamó.

No hubo respuesta.

Intentó forzar el picaporte, pero parecía estar cerrado. Esperaba que se rindiera, en vez de eso me miró, expectante.

—¿Puedes hacer lo tuyo?

Apreté los dientes.

—Odio tener que hacer lo mío.

A pesar de que nunca hubiera conocido a mi padre y aunque tampoco lo quisiera hacer, compartía alguno de sus talentos. Además de ser el mensajero de los dioses, Hermes es el dios de los mercaderes (lo que explica que sea bueno con el dinero), los viajeros (lo que explica que el estúpido dios abandonara a mi madre y nunca volviera). También era el dios de los ladrones. Había robado cosas como, eh, sí, el rebaño de Apolo, mujeres, buenas ideas, monederos, la cordura de mi madre y mi oportunidad de tener una vida decente. Perdón, ¿ha sonado un tanto resentido? De todas formas, gracias a los divinos dones para robar de mi padre, tengo algunas habilidades de las que no me gusta presumir.

Puse mi mano encima del pestillo cerrado de la puerta. Me concentré, percibiendo los mecanismos internos que controlaban el pestillo. Con un clic, éste se abrió. La cerradura del pomo fue aún más fácil. Puse mi mano encima, giré el pomo y la puerta se abrió.

–Eso es muy guay–murmuró Thalía, aunque me había visto hacerlo docenas de veces.

El umbral de la puerta soltaba un ácido olor malvado, como la respiración de un hombre que se moría. Thalía se adentró a pesar de todo. No pude hacer mucho más que seguirla.

El interior era una sala de baile anticuada. Por encima, una araña de luces brillaba con pedazos de bronce celestial: puntas de flecha, trozos de armadura y empuñaduras de espadas rotas, todos repartiendo un ligero brillo verde por toda la sala. Dos vestíbulos iban a izquierda y derecha. Una escalera subía por la pared de detrás. Unas gruesas cortinas tapaban las ventanas.

El lugar debía de haber sido impresionante en su día, pero ahora estaba en ruinas. El suelo de mármol de ajedrez estaba manchado con moho y algo incrustado y seco que deseé que fuera ketchup. En una esquina, un sofá había sido destripado. Varias sillas de caoba habían sido hechas astillas. En la base de las escaleras había un montón de latas, trapos, y huesos, huesos humanos al juzgar por el tamaño.

Thalía sacó su arma de su cinturón. El cilindro metálico parecía un bote de spray, pero cuando giró la muñeca, se expandió hasta que sujetaba una lanza con una punta de bronce celestial. Agarré mi palo de golf, algo que no era demasiado guay.

Comencé a decir:

–Quizá esto no sea muy buena...

La puerta se cerró de golpe detrás de nosotros. Agarré el mango y apreté. No hubo suerte. Puse mi mano en el cerrojo y le pedí que se abriera. Esta vez no pasó nada.

–Algún tipo de magia–dije–. Estamos atrapados.

Thalía corrió hacia la ventana más cercana. Intentó apartar las cortinas, pero la pesada tela negra la atraparon por las muñecas.

—¡Luke! —gritó.

Las cortinas se fundieron a tentáculos de barro aceitoso como gigantescas lenguas negras. Se enroscaron por sus brazos y cubrieron su lanza. Me sentí como si mi corazón intentara salirme por la boca, pero ataqué a las cortinas y les vapuleé con mi palo de golf.

Los tentáculos volvieron a hacerse tela lo suficiente como para poder liberar a Thalía. Su lanza resonó al caer contra el suelo. La aparté de las cortinas mientras éstas volvían a intentar atraparla. Los tentáculos de barro chasquearon en el aire. Afortunadamente, parecían anclados a las cortinas. Después de un par de intentos fallidos más, los tentáculos se relajaron y volvieron a ser cortinas.

Thalía temblaba en sus brazos. Su lanza descansaba cerca de ellos, humeando como si hubiera sido hundida en ácido. Levantó las manos: estaban humeando y llenas de ampollas. Su cara estaba pálida como si fuera a entrar en shock.

—¡Aguanta! —la dejé en el suelo y rebusqué por entre mi mochila—. Aguanta, Thalía. Ya lo tengo.

Finalmente encontré mi botella de néctar. La bebida de los dioses podía curar heridas, pero la botella estaba casi vacía. Dejé caer lo que quedaba por encima de las manos de Thalía. El humo se disipó. Las ampollas desaparecieron.

—Vas a estar bien—dije—. Descansa.

—No... no podemos...—su voz temblaba, pero se las arregló para levantarse. Miró las cortinas con una mezcla de miedo y náuseas—. Si todas las ventanas son como esa y la puerta esta atrancada...

–Conseguiremos salir–le prometí.

No creyó que sería un buen momento para recordarle que no estarían allí de no haber sido por la cabra estúpida.

Consideré nuestras opciones: una escalera de subida o dos vestíbulos oscuros. Miré al vestíbulo de la izquierda. Pude ver un par de pequeñas lucecitas rojas brillando cerca del suelo. ¿Dos lámparas? Entonces las luces se movieron. Se inclinaron hacia arriba y hacia abajo, haciéndose más brillantes y acercándose. Un gruñido hizo que todos mis pelos se pusieran de punta. Thalía soltó un ruidito ahogado.

–Eh... Luke...

Señalaba hacia el otro vestíbulo. Otro par de brillantes ojos rojos nos miraban desde las sombras. De ambos vestíbulos vino el mismo clack, clack, clack hueco, como si alguien estuviera tocando unas castañuelas huesudas.

–Las escaleras tienen muy buena pinta–dije.

En respuesta, la voz de un hombre nos habló por encima de nosotros.

–Sí, por aquí.

La voz era alta y llena de tristeza, como si nos estuviera llevando hacia un funeral.

–¿Quién eres? –grité.

–Daos prisa–les llamó la voz, pero no sonaba demasiado emocionado. A mi derecha, la misma voz resonó—. Daos prisa.



Clack, clack, clack. Eché otro vistazo. La voz parecía venir de lo que había en el vestíbulo, la cosa con los brillantes ojos rojos. ¿Pero cómo una misma voz podía venir de dos sitios distintos?

Entonces la misma voz nos llamó desde el vestíbulo a la izquierda.

—Daos prisa.

Y el mismo clack, clack, clack.

Tras enfrentarme a un par de cosas aterradoras: perros que escupían fuego, escorpiones pétreos, dragones, etc. sin mencionar las cortinas negras aceitosas devora-hombres. Pero algo en aquellas voces resonando a mi alrededor, aquellos ojos rojos avanzando en cada dirección y los extraños ruidos huecos me hacían sentir como si fuera un ciervo rodeador por lobos. Cada músculo de mi cuerpo se tensó. Mis instintos me decían que corriera. Agarré la mano de Thalía y salí corriendo hacia las escaleras.

—Luke...

—¡Vamos!

—Pero si es otra trampa...

—¡No hay otra elección!

Subí por las escaleras, arrastrando a Thalía conmigo. Sabía que tenía razón. Podíamos ir yendo hacia nuestras muertes, pero también sabía que teníamos que alejarnos de aquellas cosas del piso de abajo.

Tuve demasiado miedo de mirar hacia abajo, pero podía oír a las criaturas acercándose, gruñendo como gatos salvajes y retumbando en el suelo de mármol como si tuvieran pezuñas de caballo. ¿Qué en el Hades eran ellos?

En lo alto de las escaleras, llegamos a otro vestíbulo. Unas paredes débilmente iluminadas por unos candelabros hacían parecer que las puertas bailaran a ambos lados. Salté sobre un montón de huesos, dándole una patada por accidente a una calavera humana.

En algún lugar por encima de nosotros, la voz masculina nos llamó:

–¡Por aquí! –sonaba más urgente que antes–. ¡La última puerta a la izquierda! ¡Daos prisa!

Detrás de nosotros, las criaturas repitieron sus palabras: –¡Izquierda! ¡Daos prisa!

Quizá las criaturas solo estaban imitando sus voces como loros. O quizá la voz delante de nosotros pertenecía también a un monstruo. Aún así, algo acerca del tono del hombre era real. Sonaba solo y miserable, como un rehén.

–Tenemos que ayudarle– anunció Thalía, como si leyera mis pensamientos.

–Sí.

Avanzamos hacia la voz. El pasillo estaba más en ruinas: el papel de las paredes se caía como la corteza arrancada de los árboles, candelabros de velas hechos pedazos. La alfombra estaba hecha jirones y había huesos por los rincones. Una luz se filtraba por debajo de la última puerta a la izquierda.

Detrás de nosotros, el sonido de los cascos sonó más fuerte. Llegamos a la puerta y me lancé contra ella pero se abrió sola. Thalía y yo entramos dentro, cayendo de cara en la alfombra. La puerta se cerró de golpe.

En el exterior, las criaturas gruñeron en frustración y arañaron las paredes.

–Hola–dijo la voz del hombre, más cercana ahora–. Lo siento mucho.

Mi cabeza me daba vueltas. Creía que le había oído a mi izquierda, pero cuando miré hacia arriba, estaba de pie ante nosotros.

Vestía unas botas de piel de serpiente y un traje moteado de verde y marrón que podría haber estado hecho con el mismo material. Era alto y descarnado, con un pelo gris y puntiagudo casi tan salvaje como el de Thalía. Tenía la pinta de un Einstein viejo, alocado y a la moda.

Sus hombros estaban caídos. Sus tristes ojos verdes estaban rodeados de bolsas. Debió de ser apuesto hace tiempo, pero la piel de su cara colgaba como si hubiera sido deshinchado o algo parecido.

Su habitación estaba colocada como si fuera un estudio. A diferencia del resto de la casa, estaba en buenas condiciones. Contra la pared más lejana había una litera, un escritorio con un ordenador y una ventana cubierta con cortinas negras como las de la planta de abajo. Por la pared derecha había una librería, una pequeña cocina y dos puertas, una llevaba a un lavabo y la otra era un gran armario.

Thalía dijo:

–Eh... Luke...

Señaló a mi izquierda. Un poco más y mi corazón me sale por la boca. El lado izquierdo de la habitación tenía una hilera de barras de acero como las de una cárcel. Dentro había la exhibición zoológica más aterradora que jamás había visto. Una superficie de tierra estaba llena de huesos y pedazos de armaduras, y paseándose por entre la jaula había un monstruo con una cabeza de león y una piel roja del color del óxido. En vez de garras tenía pezuñas como un caballo, y su cola se movía como si fuera un látigo. Su cabeza era

una mezcla de caballo y lobo, con las orejas puntiagudas, un morro alargado y unos labios negros que se parecían alarmantemente a los de un ser humano.

El monstruo gruñó. Durante un segundo creí que llevaba puesto un bozal como los de los perros. En vez de dientes, tenía dos huesos con forma de herradura. Cuando abría su boca, los huesos hacían el inquietante ruido de clack, clack, clack que habían oído abajo. El monstruo fijó sus brillantes ojos rojos en mí. Le caía saliva de su huesuda y extraña mandíbula. Quise correr, pero no había ningún lugar al que ir. Yo seguía oyendo a los otros dos monstruos en el pasillo.

Thalía me ayudó a ponerme de pie. Agarré su mano y miré a la cara al anciano.

—¿Quién eres? —le pedí—. ¿Qué es esa cosa en la jaula?

El anciano hizo una mueca. Su expresión estaba tan llena de miseria que creí que iba a llorar. Abrió su boca, pero cuando habló, las palabras no vinieron de él. Como algún tipo de ventriloquia terrorífica, el monstruo habló por él, con la voz del anciano:

—Soy Halcyon Green. Lo lamento mucho, pero estáis en la jaula. Habéis sido destinados a morir.

Habíamos dejado la lanza de Thalía en el piso de abajo, por lo que sólo teníamos un arma, mi palo de golf. Apunté con ella hacia el anciano, pero no hizo ningún movimiento amenazador parecía tan lastimero y tan deprimido que no podía hacerle nada.

—Será mejor que te expliques—le espeté—. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué?

Como podrás ver, soy bueno dialogando. Detrás de las barras, el monstruo hizo chasquear sus mandíbulas huesudas.

–Entiendo vuestra confusión–dijo con la voz del anciano. Su tono amistoso no parecía combinar mucho con el brillo homicida en sus ojos–La criatura que veis es una leucrota. Tiene el don de imitar voces humanas. Así es como atrae a sus presas.

Miré hacia el hombre y el monstruo una y otra vez.

–Pero... ¿la voz es tuya? Me refiero, el tipo con el traje de serpiente, ¿estoy oyendo lo que quiere decir?

–Eso es correcto–la leucrota suspiró fuertemente–. Yo soy, como tú dices, el tipo con el traje de serpiente. Esta es mi maldición. Mi nombre es Halcyon Green, hijo de Apolo.

Thalía dio un traspié hacia atrás.

–¿Eres un semidiós? Pero tú eres tan...

–¿Viejo? –preguntó la leucrota. El hombre, Halcyon Green, estudio sus manos llenas de arrugas, como si no pudiera creerse que eran suyas–. Sí, lo soy.

Entendí la sorpresa de Thalía. Habíamos conocido unos pocos semidioses en nuestros viajes, algunos amistosos, otros no tanto. Pero todos eran niños como nosotros. Nuestras vidas eran tan peligrosas, que Thalía y yo supusimos que era improbable que ningún semidiós llegara a ser adulto. Aún así, Halcyon Green era viejo, debía tener sesenta años al menos.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí? –pregunté.

Halcyon se encogió de hombros, indiferentemente. El monstruo habló por él.

–He perdido la cuenta. ¿Décadas? Como mi padre es el dios de los oráculos, nací con la maldición de ver el futuro. Apolo me advirtió que me mantuviera callado. Me dijo que

nunca compartiese lo que veía porque haría enfurecer a los dioses. Pero años atrás... tuve que hablar. Conocí una niña pequeña que estaba destinada a morir en un accidente. Salvé su vida revelándole el futuro.

Intenté concentrarme en el anciano, pero era difícil no mirar la boca del monstruo, aquellos labios negros, aquellas mandíbulas huesudas.

—No lo entiendo—me forcé a mirar los ojos de Halcyon—. Hiciste algo bueno. ¿Por qué haría eso enfurecer a los dioses?

—No les gusta que los mortales jueguen con el destino—dijo la leucrota—. Mi padre me maldijo. Me obligó a vestir estas ropas, la piel de Pitón, que guardó el oráculo de Delfos tiempo atrás, como recordatorio de que yo no era un oráculo. Me dejó sin voz y me encerró en esta mansión, mi hogar de niñez. Entonces los dioses enviaron las leucrotae para vigilarme. Normalmente, las leucrotae solo imitan el habla humana, pero estas están conectadas con mis pensamientos. Era la forma de Apolo de recordarme, para siempre, que mi voz solo llevaría a los demás a su perdición.

Un sabor amargo me recorrió la lengua. Yo ya sabía que los dioses podían ser crueles. Mi despreciable padre me había estado ignorando durante catorce años. Pero la maldición de Halcyon Green era mucho más que mala. Era cruel.

—Podrías devolvérselo—dije—. No te mereces esto. Escapa. Mata los monstruos. Te ayudaremos.

—Tiene razón—dijo Thalía—. Él es Luke, por cierto. Yo soy Thalía. Hemos luchado contra muchos monstruos. Tiene que haber algo que podamos hacer, Halcyon.

—Llamadme Hal—dijo la leucrota. El anciano negó con la cabeza—. Pero no lo entendéis. No sois los primeros en venir aquí. Me temo que todos los semidioses creen que hay esperanza cuando llegan aquí. Alguna veces intento ayudarles, pero nunca funciona. Las ventanas están protegidas por cortinas letales...

–Lo he notado–murmuró Thalía.

–...y la puerta está fuertemente encantada. Te deja entrar, pero no salir.

–Ya lo veremos–me giré y puse mi mano encima de la cerradura. Me concentré hasta que cayeron gotas de sudor por mi cuello, pero nada funcionó. Mis poderes son inútiles.

–Te lo dije–dijo la leucrota–. Ninguno de nosotros puede salir. Luchar contra los monstruos es imposible. No pueden ser heridos por ningún metal conocido por el hombre o los dioses.

Para dar veracidad a esto último, el anciano se abrió uno de los lados de su chaqueta de piel de serpiente, revelando una daga en su cinturón. Desenfundó la hoja de bronce celestial y se acercó a la jaula del monstruo.

La leucrota le gruñó. Hal introdujo el cuchillo por entre las barras, en dirección a la cabeza del monstruo. Normalmente, el bronce celestial desintegraría un monstruo con un solo toque. La hoja simplemente traspasó el hocico de la leucrota, no dejando ninguna marca. La leucrota golpeó sus pezuñas contra las barras, y Hal retrocedió.

–¿Veis? –el monstruo habló por Hal.

–¿Así que simplemente te has rendido? –dijo Thalía–. ¿Ayudas al monstruo a atraernos hacia aquí y esperas a que nos maten?

Hal enfundó su daga.

–Lo siento, cielo, pero no tengo elección. Estoy aquí atrapado, también. Si no coopero, los monstruos me dejarían morir de hambre. Los monstruos podrían habernos matado en cuanto entrasteis en la casa, pero me usan para atraernos en el piso de arriba. Me permiten vuestra compañía durante momento. Facilita mi soledad. Y entonces... bueno, a los monstruos les gusta comer al atardecer. Lo que hoy pasará, a las 7:03–miró al reloj

digital que había en su escritorio, que ponía 10:34 AM. —. Después, yo subsisto con lo que llevéis en las mochilas—. Miró con hambre hacia mi mochila, y un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—Eres tan malo como los monstruos—dije.

El anciano se estremeció. No me importó haberle ofendido. En mi mochila tenía dos barritas Snickers, un sándwich de jamón, una cantimplora de agua, y una botella vacía de néctar. No quería que me mataran por aquello.

—Tenéis derecho a odiarme—dijo la leucrota con la voz de Hal—, pero no puedo salvaros. Al anochecer, las barras se alzarán. Los monstruos os llevarán a parte y os matarán. No hay escapatoria.

Dentro de la jaula del monstruo un panel cuadrado en la pared trasera se abrió. No había visto antes el panel, pero debía conectar con otra habitación. Dos leucrotae más entraron en la jaula. Los tres fijaron sus ojos rojos brillantes en mí, con sus huesudas mandíbulas haciendo crujidos.

Me pregunté cómo podrían los monstruos comer con unas bocas tan extrañas. Como respondiendo a mi pregunta, una leucrota cogió un pedazo de armadura con la mandíbula. La coraza de bronce celestial se rompió con la fuerza de una visagra y la mandíbula agujereó de un mordisco el metal.

—Como veis—dijo otra leucrota con la voz de Hal—, los monstruos son increíblemente fuertes.

Me sentí las piernas como si estuvieran hechas de flan. Los dedos de Thalía se clavaron en mi brazo.

—Haz que se vayan—pidió ella—. Hal, ¿puedes hacer que se vayan?



El anciano frunció el ceño. El primer monstruo dijo:

–Si hago eso, no podremos hablar.

El segundo monstruo añadió con la misma voz:

–Además, cualquier estrategia de escape en la que podáis pensar, alguien ya la ha intentado usar antes que vosotros.

El tercer monstruo dijo:

–No hay ninguna forma de hablar en privado.

Thalía anduvo de un lado para otro, igual que los monstruos.

–¿Saben lo que estamos diciendo? Me refiero, ¿sólo hablan o también entienden las palabras?

La primera leucrota hizo un gemido agudo. Entonces imitó la voz de Thalía:

–¿Entienden las palabras?

Se me cerró el estómago. El monstruo había imitado a Thalía a la perfección. Si hubiera oído esa voz en la oscuridad, pidiéndome ayuda, habría ido corriendo sin pensármelo hacia ella.

El segundo monstruo habló por Hal:

–Las criaturas son inteligentes, igual que los perros son inteligentes. Comprenden las emociones y unas pocas frases. Pueden atraer a sus presas gritando cosas como “¡Ayuda!”. Pero no estoy seguro de cuánto diálogo humano pueden llegar a entender. No importa. No podéis engañarles.

–Haz que se vayan–dije–. Tienes un ordenador. Escribe lo que quieras decir. Si vamos a morir al atardecer, no quiero que esas cosas me estén mirando ahí todo el día.

Hal vaciló. Entonces se giró a los monstruos y se les quedó mirando en silencio. Después de unos momentos, las leucrotae gruñeron. Caminaron por fuera de la jaula y el panel trasero se cerró detrás de ellos. Hal me miró. Abrió las manos como si se disculpara o como si pidiera preguntas.

–Luke–dijo Thalía, ansiosa–, ¿tienes un plan?

–Aún no–admití–. Pero será mejor que pensemos en alguno antes del atardecer.

Era una extraña sensación, el tener que esperar a la muerte. Normalmente cuando Thalía y yo luchamos contra monstruos, teníamos unos dos segundos para configurar un plan. La amenaza era inmediata. O vivíamos o moríamos al instante. Ahora teníamos todo el día atrapados en una habitación sin nada que hacer, sabiendo que al atardecer aquellas barras de la jaula se levantarían y estaríamos destinados a una muerte segura y destrozados por los monstruos que no podían ser asesinados por ningún arma. Entonces Halcyon Green se comería mis barritas Snicker. El suspense era casi peor que cualquier ataque.

Parte de mí estaba tentado de noquear al anciano con mi palo de golf y dárselo de comer a las cortinas. Entonces al menos no podría ayudar a atraer más semidioses a sus muertes. Pero no podía hacerlo. Hal era demasiado frágil y patético. Además, su maldición no era culpa suya. Había estado atrapado en aquella habitación durante décadas, forzado a depender de los monstruos para tener voz y para sobrevivir, forzado a observar cómo otros semidioses morían, todo porque salvó la vida de una niña. ¿Qué tipo de justicia era aquella?

Yo seguía aún enfadado con Hal por habernos atraído hacia allí, pero podía entender porqué había perdido la esperanza después de tantos años. Si alguien se merecía un palo de golf en su cabeza, era Apolo, y todos los demás holgazanes dioses olímpicos, por lo mismo.

Repasamos el apartamento prisión de Hal. Las estanterías estaban llenas desde novelas de suspense a libros de historia antigua.

–Podéis leer lo que queráis–escribió Hal en su ordenador–. Todo menos mi diario personal, es algo íntimo.

Protegió con la mano un libro encuadernado con cuero verde cerca de su teclado.

–Ningún problema–dije. Dudé si alguno de aquellos libros nos podría ayudar, y no me pude imaginar si Hal había podido tener algo interesante que poner en su diario, estando atrapado casi toda su vida en aquella habitación.

Nos mostró que disponía de conexión a Internet. Genial. Podíamos pedir pizza y observar cómo los monstruos se comían al repartidor. No serviría de mucha ayuda. Supuse que podíamos haber enviado un correo a alguien en busca de ayuda, aunque no teníamos a nadie con quién contactar, y nunca había enviado ningún correo. Thalía y yo ni siquiera teníamos móviles de teléfono. Habíamos descubierto a las malas que cuando los semidioses usaban la tecnología, atraía a los monstruos como la sangre atrae a los tiburones.

Entramos en el lavabo. Estaba bastante limpio teniendo en cuenta lo mucho que Hal había estado viviendo allí. Tenía dos trajes de piel de serpiente iguales, lavados a mano al parecer, colgando de la barra encima de la bañera. Su botiquín estaba lleno de suministros robados de la basura: maquillaje, medicamentos, cepillos de dientes, primeros auxilios, ambrosía y néctar. Traté de no pensar de dónde habían salido todas aquellas cosas mientras rebuscaba por entre las cosas, pero no vi nada que pudiera vencer las leucrotae.

Thalía cerró un cajón fuertemente por frustración.

–¡No lo entiendo! ¿Por qué me ha traído hasta aquí Amaltea? ¿Los otros semidioses vienen aquí también atraídos por la cabra?

Hal frunció el ceño. Hizo un gesto para que le siguiera a su ordenador. Se inclinó sobre el teclado y tecleó:

–¿Qué cabra?

No vi ninguna razón para mantenerlo en secreto. Le dije que habíamos estado siguiendo la cabra que dispensaba Pepsi de Zeus por Richmond, y cómo ella nos había atraído hasta la casa.

Hal parecía desconcertado y escribió:

–He oído hablar de Amaltea, pero no sé por qué os ha traído hasta aquí. Los otros semidioses se sienten atraídos a la mansión por el tesoro. Supuse que vosotros también lo hicisteis.

–¿Tesoro? –preguntó Thalía.

Hal se levantó y nos mostró su armario. Estaba lleno de más suministros obtenidos por desafortunados semidioses: abrigos demasiado pequeños para Hal, algunas antorchas antiguas de madrea y brea, piezas de armadura abolladas y algunas espadas de bronce celestial que habían sido dobladas y rotas. Vaya lástima, necesitaba otra espada.

Hal reorganizó cajas de libros, zapatos y unas cuantas barras de oro y una pequeña cesta llena de diamantes con los que no parecía demasiado interesado. Desenterró una caja fuerte cuadrada de metal de metro y medio e hizo el gesto como diciendo:

¡Tachán!

–¿Puedes abrirla? –pregunté.

Hal negó con la cabeza.

–¿Sabes lo que hay dentro? –preguntó Thalía.

De nuevo, Hal negó con la cabeza.

–Está cerrada–supuse.

Hal asintió, entonces cruzó un dedo por su cuello.

Me arrodillé cerca de la caja fuerte. No la toqué, pero puse mis manos cerca del cerrojo. Mis dedos cosquillearon como si la caja fuerte fuera un horno ardiendo. Me concentré hasta que pude percibir los mecanismos de su interior. No me gustó lo que encontré.

–Esto son malas noticias–murmuré–. Sea lo que sea que haya dentro tiene que ser importante.

Thalía se arrodilló a mi lado.

–Luke, es por esto por lo que estamos aquí–sonaba muy emocionada–. Zeus quiere que encuentre esto.

La miré, escéptico. No sabía cómo podía tener tanta fe en su padre. Zeus no la había tratado mucho mejor que Hermes me había tratado a mí. Además, muchos semidioses habían estado abandonados allí. Y estaban todos muertos. Aún así, ella me miró con aquellos grandes ojos azules, y supe que aquél momento sería otro de esos en los que Thalía me llevaba por dónde quería.

Suspiré:

–Me vas a pedir que la abra, ¿verdad?

–¿Puedes?

Me mordí el labio. Puede que la próxima vez que me decida juntar con alguien, lo haga con alguien que no me gustara tanto. Me resultaba imposible decirle que no a Thalía.

–La gente la ha intentado abrir antes–le advertí–. Hay una maldición en el mango. Supongo que cualquiera que lo toca queda reducido a un montón de cenizas.

Miré a Hal. Su cara empalideció hasta adquirir el mismo tono que su pelo grisáceo. Me tomé aquello como un sí.

–¿Puedes reducir la maldición? –me preguntó Thalía.

–Eso creo–dije–. Pero hay una segunda trampa por la que estoy preocupado.

–¿Una segunda trampa?

–Nadie ha conseguido desactivar la combinación–dije–. Sé que es porque hay un depósito de veneno preparado para romperse en cuanto pulses el tercer número. Nunca ha sido activado.

Juzgando la expresión de Hal, aquello era nuevo para él.

–Puedo intentar desactivarlo–dije–, pero si me equivoco, todo el apartamento se llenará de gas y moriremos.

Thalía tragó saliva.

–Confío en ti. No... no te equivoques.

Me giré hacia el anciano.

–Quizá debas esconderte en la bañera. Ponte algunas toallas húmedas por encima, eso te protegerá.

Hal se movió, incómodo. La piel de serpiente de su traje se arrugó como si siguiera viva e intentara tragarse algo desagradable. Su cara cambió al ritmo de sus emociones: miedo, duda, pero en mayor parte, lástima. Supuse que no podía aceptar la idea de esconderse en su bañera mientras dos niños arriesgaban sus vidas. O quizá aún había un poco de espíritu de semidiós en su interior después de todo. Inclino su cabeza hacia la caja fuerte como diciendo: Adelante. Toqué el candado de la combinación. Me concentré tanto que notaba cómo se me escurría el alma por los dedos. Mi pulso se aceleró. Una gota de sudor se deslizó por mi nariz. Finalmente noté cómo los engranajes se movían. El metal crujió, el interruptor hizo un click y los tornillos se aflojaron. Con cuidado de evitar el manillar, abrí la puerta con la punta de mis dedos y extraje un frasco de líquido verde sin romper. Hal suspiró.

Thalía me besó en la mejilla, algo que no debería de haber hecho mientras sujetaba con una mano un frasco potencialmente letal.

–Eres genial–me dijo.

¿Merecía la pena aquel riesgo? Sí, lo merecía. Miré en la caja fuerte y parte de mi entusiasmo desapareció.

–¿Eso es todo?

Thalía metió la mano y sacó un brazalete. No parecía demasiado, sólo una hilera de lazos de plata pulida. Thalía se lo puso en la muñeca. No sucedió nada. Frunció el ceño.

–Debería pasar algo. Si Zeus me ha enviado aquí...

Hal aplaudió llamando nuestra atención. De repente sus ojos tenían la misma pinta de alocados que su pelo. Gesticulaba rápidamente, pero no tenía ni idea de lo que intentaba decirnos. Finalmente dio un golpe en el suelo con su bota de piel de serpiente, frustrado, y se giró hacia su escritorio. Se sentó delante de su ordenador y comenzó a teclear. Miré su reloj. Quizá el tiempo iba más rápido en aquella casa, o quizá el tiempo vuela cuando estás esperando a morir, pero casi se había pasado la tarde. Nuestro día estaba a punto de terminarse. Hal nos enseñó el largo párrafo que había escrito:

–¡Sois vosotros! ¡Habéis encontrado el tesoro! ¡No me lo puedo creer! ¡Esa caja fuerte ha estado cerrada desde antes de que yo naciera! ¡Apolo me dijo que mi maldición terminaría cuando el dueño del tesoro lo reclamara! Si vosotros sois los dueños...

Había más, todo lleno de exclamaciones, pero antes de que pudiera terminar de leer, Thalía dijo:

–Espera. Nunca he visto este brazalete. ¿Cómo podría ser yo la dueña? Y si tu maldición se supone que ha terminado, ¿eso significa que los monstruos se han ido?

Un clack, clack, clack le respondió desde el pasillo. Fruncí el ceño y miré a Hal.

–¿Has recuperado tu voz?

Abrió su boca, pero no emitió ningún sonido. Sus hombros se derrumbaron.



–Quizá Apolo quiso decir que te íbamos a rescatar–dijo Thalía. Hal tecleó otra frase:

–Quizá signifique que moriré hoy.

–Gracias, don Positivismo–dije–. Creía que podías predecir el futuro. ¿No sabes cuándo sucederá eso?

Hal tecleó:

–No puedo mirar. Es demasiado peligroso. Ya habéis visto lo que me pasó la última vez que usé mi don.

–Claro–me quejé–. No te arriesgues. Podrías echar por la borda esta maravillosa vida que tienes aquí montada

Sabía que había sido mezquino, pero la cobardía del anciano me molestaba. Había dejado que los dioses le usaran como pelota anti-estrés durante mucho tiempo. Era hora de contraatacar, preferiblemente antes de que Thalía y yo nos convirtiéramos en la cena de las leucrotae. Hal bajó su cabeza. Su pecho temblaba y me di cuenta de que estaba llorando en silencio.

Thalía me lanzó una mirada de irritación.

–Está bien, Hal. No nos vamos a rendir. Este brazalete tiene que ser la solución. Tiene que tener un poder especial.

Hal respiró hondo. Se giró hacia el teclado y escribió:

–Es plata. Aunque se convierta en un arma, los monstruos no pueden ser heridos por ningún metal.

Thalía se giró hacia mí con una petición en sus ojos, como diciendo “Te toca tener una idea útil”.

Estudié la jaula detenidamente, el panel de metal por el que los monstruos habían salido. Si la puerta del estudio no se abría más y la ventana estaba cubierta por unas cortinas escupe-ácido y devora-hombres, entonces el panel era nuestra única salida. No podíamos usar armas de metal. Tenía un frasco de veneno, pero si estaba en lo cierto, mataría a todo el mundo en la habitación en cuanto fuera abierto. Pasaron docenas de ideas por mi cabeza, pero las fui desechando a todas.

–Tenemos que encontrar un tipo distinto de arma–decidí–. Hal, déjame tu ordenador.

Hal parecía tener dudas, pero me dio su asiento. Miré la pantalla. Honestamente, nunca he usado demasiados ordenadores. Como he dicho, la tecnología atraía los monstruos. Pero Hermes era el dios de la comunicación, los caminos y el comercio. Quizá aquello significara tener algún poder sobre Internet. Ojalá pudiera tener algún toque mágico sobre un Google divino o algo así.

–Sólo una vez–murmuré a la pantalla–, ayúdame un poco. Muéstrame que hay algo bueno en ser hijo tuyo.

–¿Qué dices, Luke? –preguntó Thalía.

–Nada–dije.

Abrí el buscador de Internet y comencé a teclear. Busqué sobre las leucrotae, esperando encontrar sus debilidades. En Internet no había casi nada sobre ellas, excepto que eran animales legendarios que atraían a sus presas imitando las voces humanas. Busqué “armas griegas”. Encontré un montón de imágenes de espadas, lanzas y catapultas, pero dudé que pudiéramos matar a los monstruos con JPEGs de alta resolución. Tecleé la lista de las cosas que teníamos por la habitación: antorchas, bronce celestial, veneno, barritas Snicker, palo de golf, etc, esperando que alguno de ellos formara parte de alguna fórmula mágica para matar a las leucrotae. No hubo suerte. Tecleé “ayúdame a matar a las

leucrotae". El buscador me sugirió que había querido decir "ayúdame a matar la leucemia".

Me dolía la cabeza. No sabía cuánto tiempo había pasado buscando hasta que miré el reloj: las cuatro de la tarde. ¿Cómo era aquello posible? Mientras tanto, Thalía había intentado activar su nuevo brazalete, sin suerte. Lo había girado, toqueteado, golpeado, subido por su muñeca, lanzado contra la pared y movido por encima de su cabeza mientras gritaba: "¡ZEUS!" pero no había pasado nada. Nos miramos el uno al otro y supe que a ambos se nos habían acabado las ideas. Pensé en lo que Hal Green nos había dicho. Todos los semidioses comenzaban esperanzados. Todos tenían ideas para escapar, todos habían fracasado.

No podía dejar que aquello pasara. Thalía y yo habíamos sobrevivido a mucho para rendirnos entonces. Pero yo no podía pensar en nada que pudiéramos intentar probar. Hal se me acercó y me señaló en el teclado.

—Adelante—le dije, desesperanzado. Nos cambiamos el sitio.

—Se nos acaba el tiempo—tecleó—. Voy a intentar predecir el futuro.

Thalía frunció el ceño.

—Creía que habías dicho que era demasiado peligroso.

—No importa—escribió Hal—. Luke tiene razón. Soy un anciano cobarde, pero Apolo no me puede castigar con nada peor que esto. Quizá pueda ver algo que os ayude. Thalía, dame tus manos.

Se giró hacia ella. Thalía vaciló. En el exterior de la habitación, las leucrotae gruñeron y arañaron las paredes. Sonaban hambrientas.

Thalía puso sus manos sobre las de Halcyon Green. El anciano cerró sus ojos y se concentró, de la misma manera que hago yo cuando quiero abrir un cerrojo complicado. Se estremeció y respiró profundamente. Miró a Thalía con una expresión de simpatía. Se giró al teclado y vaciló un largo rato antes de teclear.

–Estás destinada a sobrevivir hoy–tecleó Hal.

–Eso... eso es bueno, ¿verdad? –preguntó–. ¿Por qué estás tan triste?

Hal se quedó mirando la vara parpadeante del programa de texto. Tecleó:

–Algún día muy pronto, te sacrificarás para salvar a tus amigos. He visto cosas que son... difíciles de describir. Años de soledad. Estarás de pie y aún así, viva pero dormida. Cambiarás una vez, y entonces volverás a cambiar. Tu camino será triste y solitario. Pero algún día te reencontrarás con tu familia de nuevo.

Thalía apretó sus puños. Comenzó a hablar, entonces miró la habitación. Finalmente pegó un puñetazo a las estanterías.

–Eso no tiene sentido. Me sacrificaré, pero viviré. ¿Cambiar? ¿Dormir? ¿A eso lo llamas futuro? Yo... yo... ni siquiera tengo familia. Sólo mi madre, pero no hay forma de que pueda volver con ella.

Hal se mordió los labios. Tecleó:

–Lo siento. No controlo lo que veo. Pero no me refiero a tu madre.

Thalía casi se dejó caer en las cortinas. Se detuvo justo a tiempo, pero parecía mareada, como si acabara de bajarse de una montaña rusa.

–¿Thalía? –pregunté, todo lo amable que pude–. ¿Sabes de lo que está hablando?

Me lanzó una mirada acaparadora. No entendí porqué parecía tan nerviosa. Yo sabía que no le gustaba hablar de su vida en Los Ángeles, pero me había dicho que era hija única y nunca había mencionado a ningún otro familiar que no fuera su madre.

–No es nada–dijo al final–. Olvídalo. La capacidad de predecir el futuro de Hal está oxidada.

Estaba seguro de que ni Thalía se creía eso.

–Hal–dije–, tiene que haber algo más. Nos has dicho que Thalía sobrevivirá. ¿Cómo? ¿No has visto nada sobre el brazalete? ¿O sobre la cabra? Necesitamos algo más para que nos ayude.

Negó con la cabeza, entristecido. Tecléo:

–No he visto nada sobre el brazalete. Lo siento. Sólo sé un poco sobre la cabra Amaltea, pero dudo que ayude. La cabra cuidó a Zeus cuando era un bebé. Después, Zeus la mató y usó su piel para hacer su escudo, la égida.

Me rasqué la barbilla. Estaba seguro de que esa era la historia que había intentado recordar cuando estábamos escondidos de la cabra. Parecía importante, pero no conseguía saber por qué.

–Así que Zeus se cargó a su mamá cabra. Algo muy típico en los dioses. Thalía, ¿sabes algo sobre ese escudo?

–Asintió, aliviada de cambiar de tema.

—Atenea puso la cabeza de Medusa en la parte delantera y bañó el escudo con bronce celestial. Ella y Zeus se lo turnaban para usarlo en la batalla. Asustaba a sus enemigos en la batalla.

No supe cómo nos podría ayudar aquella información. Obviamente, la cabra Amaltea había vuelto a la vida. Eso pasaba con un montón de monstruos mitológicos, al cabo del tiempo volvían a la vida del abismo del Tártaro. ¿Pero por qué nos había guiado hasta allí Amaltea?

Un pensamiento oscuro me pasó por la cabeza. Si yo hubiera sido despellejado por Zeus, no me habría gustado colaborar con él en absoluto. De hecho, puede que incluso me hubiera vengado de alguno de sus hijos. Quizá es por eso por lo que Amaltea nos había llevado hasta la mansión. Hal Green me tendió las manos. Su expresión me dijo que era mi turno para las predicciones del futuro. Una ola de terror me recorrió. Después de haber oído el futuro de Thalía, no quería saber el mío. ¿Qué pasaba si ella sobrevivía y yo no? ¿Qué pasaba si ambos sobrevivíamos, pero el sacrificio de Thalía era por mi culpa? No podría vivir con ello.

—No lo hagas, Luke—dijo Thalía, amargamente—. Los dioses tienen razón. Las profecías de Hal no ayudan a nadie.

El anciano parpadeó con sus ojos vidriosos. Sus manos parecían tan frágiles, era difícil creer que en sus venas corría la sangre de un dios inmortal. Nos dijo que su maldición terminaría hoy, de una forma u otra. Había visto que Thalía sobrevivía, si veía algo en mi futuro que pudiera ayudar, tenía que intentarlo. Le di mis manos.

Hal respiró hondo y cerró sus ojos. Su chaqueta de piel de serpiente brilló como si intentara deshacerse de su propietario. Me obligué a mantener la calma. Notaba el pulso de Hal en mis dedos: uno, dos, tres.

Sus ojos se abrieron de golpe. Apartó mis manos y me miró con terror.

—Vale—dije. Notaba mi lengua como si estuviera hecha de arena—. Supongo que no has visto nada bueno.

Hal se giró hacia su ordenador. Miró la pantalla durante tanto rato que parecía haber entrado en trance. Finalmente, escribió:

–Fuego. He visto fuego.

Thalía frunció el ceño:

–¿Fuego? ¿Te refieres a hoy? ¿Eso es lo que nos va a ayudar?

Hal levantó la cabeza miserablemente. Asintió.

–Hay más–le presioné–. ¿Por qué te has asustado tanto?

Evitó mis ojos. A regañadientes, escribió.

–Es difícil estar seguro. Luke, también vi un sacrificio futuro. Una elección pero también una traición.

Esperé. Hal no se explicó.

–¿Una traición? –dijo Thalía. Su tono sonaba atemorizado–. ¿Te refieres a que alguien traicionará a Luke? Porque Luke no podría traicionar a nadie jamás.

Hal tecleó:

–Su camino es difícil de ver. Pero si sobrevive a hoy, él traicionará...

Thalía le apartó el teclado.

–¡Suficiente! ¿Atraes a los semidioses aquí y entonces les quitas la esperanza con tus horribles predicciones? No me extraña que los demás se rindieran...igual que tú te has rendido. ¡Eres patético!

La furia brilló en los ojos de Hal. No creí que el anciano pudiera hacer nada, pero se puso de pie. Durante un segundo, creí que embestiría a Thalía.

–Lárgate–le gritó Thalía–. Date una vuelta, anciano. ¿Tienes algún mechero?

–¡Basta ya! –grité. Hal Green retrocedió de inmediato. Juraría que le había visto el miedo en la mirada, pero no quería saber qué había visto en sus visiones. Me daban igual mis pesadillas futuras, quería sobrevivir a aquél día.

–Fuego–dije–. Has mencionado fuego.

Asintió, entonces movió las manos como indicando que no sabía nada más. Una idea pasó por mi cabeza. Fuego. Armas griegas. Algunas cosas de aquella habitación... la lista que había puesto en el buscador, esperando una fórmula mágica.

–¿Qué es? –preguntó Thalía–. Conozco esa mirada. Has pensado algo.

–Déjame el teclado–me senté en el ordenador y abrí una nueva ventana del buscador, tecleé mi búsqueda y me apareció un artículo de inmediato.

Thalía se asomó por encima de mi hombro.

–Luke, ¡eso sería perfecto! Pero creía que era solo una leyenda.



–No lo sé–admití–. Si es real, ¿cómo lo podríamos hacer? No hay ninguna receta para hacerlo.

Hal golpeó sus nudillos contra el escritorio para llamar nuestra atención. Su cara parecía animada. Señaló a sus estanterías.

–Libros de historia antigua–dijo Thalía–. Hal tiene razón. Unos cuantos de ellos son muy viejos. Probablemente tengan información que no está en Internet.

Los tres salimos corriendo hacia las estanterías. Comenzamos a sacar libros. Al cabo del rato la librería de Hal parecía haber sufrido las consecuencias de un tornado, pero al anciano no parecía importarle. Miraba títulos y pasaba páginas igual de rápido que nosotros. De hecho, sin él nunca habríamos encontrado lo que buscábamos. Después de un montón de búsquedas sin resultado, vino correteando, señalando una página de un libro viejo encuadernado en cuero. Ojeé la lista de ingredientes y me emocioné.

–Esto es. La receta para hacer fuego griego.

¿Cómo había sabido qué buscar? Quizá mi padre, Hermes, el dios pluriempleado, me estaba guiando, ya que Hal sabía sobre pociones y alquimia. Quizá había visto antes esta receta en algún lugar hacía mucho tiempo y rebuscar por el piso le había hecho acordarse.

Todo lo que necesitábamos estaba en la habitación. Había visto los ingredientes cuando habíamos estado rebuscando entre los suministros de los semidioses vencidos: brea de las viejas antorchas, una botella de néctar divino, alcohol del kit de primeros auxilios de Hal... En realidad, será mejor que no anote la receta entera, ni siquiera en este diario. Si alguien lo leyera y descubriera el secreto del fuego griego... bueno, no quiero ser el responsable de quemar el mundo entero. Repasé la receta entera. Solo faltaba un ingrediente.

–Un catalizador–miré a Thalía–. Necesitamos un rayo.

Sus ojos se abrieron de par en par.

–Luke, no puedo. La última vez...

Hal nos llevó hasta su ordenador y tecleó:

–¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿Puedes convocar rayos?????????

–A veces–admitió Thalía–. Es algo de Zeus. No puedo hacerlo en interiores. Y aún estando fuera, tendría problemas para controlarlo. La última vez casi maté a Luke.

Se me pusieron los pelos de la nuca de punta recordando aquel accidente.

–Estaré bien–intenté sonar confiado–. Prepararé la mezcla. Cuando esté lista, hay una conexión parabólica bajo el ordenador. Tienes que convocar un rayo justo encima de la casa y que corra por entre los cables hasta aquí.

–Y entonces arderá la casa–añadió Thalía.

Hal escribió:

–Eso pasará de todas formas si tenéis éxito. ¿Sabéis lo peligroso que es el fuego griego?

Tragué saliva.

–Sí. Es fuego mágico. Todo lo que toca, arde. No puedes apagarlo con agua, ni con un extintor, ni con nada. Pero si podemos hacer suficiente para hacer algún tipo de bomba y lanzárselo a las leucrotae...

–Arderán–Thalía miró al anciano–. Por favor, dime que los monstruos no son inmunes al fuego.

Hal alzó las cejas.

–No lo creo–tecleó–. Pero el fuego griego convertirá esta habitación en un infierno. Se extenderá por toda la casa en cuestión de segundos.

Miré la jaula vacía. Según el reloj de Hal, apenas nos quedaba una hora antes del atardecer. Cuando aquellas barras se levantaran y las leucrotae atacaran, tendríamos una oportunidad, si podíamos sorprender a los monstruos con una explosión, y si podíamos rodearlos y llegar al panel de escape en la parte trasera de la jaula sin ser comidos ni quemados vivos. Demasiados “si”. Mi mente dio vueltas por un montón de distintas estrategias, pero seguí dándole vueltas a lo que había dicho Hal sobre el sacrificio. No podía evitar la sensación de que no había forma de que los tres pudiéramos salir con vida de allí.

–Hagamos fuego griego–dije–. Entonces ya veremos después.

Thalía y Hal me ayudaron a reunir las cosas que necesitábamos. Encendimos la cocinita de Hal e hicimos un poco de cocina peligrosa. El tiempo pasó demasiado rápido. En el exterior de la habitación, las leucrotae gruñían y hacían sonar sus mandíbulas. Las cortinas de la ventana bloqueaban la luz solar, pero el reloj nos decía que se nos acababa el tiempo.

Mi cara chorreaba sudor mientras mezclaba los ingredientes. Cada vez que parpadeaba, recordaba las palabras de Hal en la pantalla del ordenador, como si me quemaran en las retinas: Un sacrificio en tu futuro. Una elección, pero también una traición. ¿Qué quería decir? Estaba seguro de que no me lo había dicho todo. Pero una cosa era segura: mi futuro le aterrorizaba.

Intenté concentrarme en mi trabajo. No sabía bien lo que estaba haciendo, pero no tenía elección. Quizá Hermes me estuviera ayudando, prestándome algo de sus conocimientos de alquimia. O quizá simplemente estaba teniendo un poco de suerte. Finalmente acabé

con un pote lleno de un mejunje oscuro y pegajoso, que vertí en un viejo frasco de mermelada. Sellé la tapa.

–Aquí lo tienes–le pasé la jarra a Thalía–. ¿Puedes darle un poco de chispa? El cristal debería evitar que explote antes de romper la jarra.

Thalía no parecía emocionada.

–Lo intentaré. Tendré que dejar al descubierto algunos cables de la pared. Y para convocar el rayo tengo que concentrarme durante unos instantes. Vosotros deberíais apartaros un poco, por si acaso... ya sabéis, por si explota o algo.

Agarró un destornillador del cajón de la cocina de Hal, se agachó bajo el escritorio y se quedó jugueteando con los cables.

Hal agarró su diario encuadernado con cuero verde. Me hizo gestos para que le siguiera. Nos acercamos a la puerta principal, dónde Hal cogió un bolígrafo de su chaqueta y abrió el diario. Vi páginas y páginas de una nítida y apretujada letra. Finalmente Hal encontró una página vacía y comenzó a garabatear algo. Me pasó el libro. La nota leía:

–Luke, quiero que te quedes este diario. Tiene mis predicciones, mis notas sobre el futuro, mis pensamientos sobre el momento en el que me equivoqué. Creo que puede ayudarte.

Moví la cabeza a los lados.

–Hal, esto es tuyo. Quédatelo.

Cogió el libro de nuevo y escribió:

–Tú tienes un futuro importante. Tus elecciones cambiarán el mundo. Puedes aprender de mis errores, sigue con el diario. Puede que te ayude con tus decisiones.

–¿Qué decisiones? –pregunté–. ¿Qué has visto que te ha asustado tanto?

Su bolígrafo rasgó el papel durante un buen rato.

–Creo que finalmente he entendido por qué estoy maldito–escribió–. Apolo tenía razón. Algunas veces el futuro es mejor que siga siendo un misterio.

–Hal, tu padre era un capullo. No te merecías...

Hal señaló la página insistentemente.

–Prométeme que seguirás con el diario. Si hubiera comenzado anotando mis pensamientos antes en mi vida quizá hubiera podido evitar algunos errores. Y una cosa más.

Metió el bolígrafo en el diario y se sacó la daga de bronce celestial de su cinturón. Me la ofreció.

–No puedo–le dije–. Me refiero, lo aprecio, pero soy más de espadas. Y además, tú vendrás con nosotros. Necesitarás esa arma.

Negó con la cabeza y me puso la daga en las manos. Volvió a escribir:

–La hoja fue el regalo de la niña a la que salvé. Me prometió que siempre protegería a su dueño.

Hal respiró entrecortadamente. Debía de haberse dado cuenta de lo irónico que sonaba aquello dada su maldición. Siguió escribiendo:

–Una daga no tiene el poder o el alcance de una espada, pero puede ser el arma perfecta en las manos adecuadas. Me sentiré mejor sabiendo que la tienes tú.

Me buscó los ojos y finalmente entendí lo que planeaba.

–No–dije–. Saldremos todos de aquí.

Hal apretó los labios. Escribió:

–Ambos sabemos que es imposible. Me puedo comunicar con las leucrotae. Soy la opción lógica para un cebo. Tú y Thalía esperad en el armario. Atraeré a los monstruos hasta el lavabo. Os daré unos pocos segundos para llegar al panel de salida antes de que comience la explosión. Es la única forma para que podáis tener tiempo.

–No–dije.

Pero su expresión era severa y concentrada. No se parecía al anciano cobarde que había sido antes. Parecía un semidiós, preparado para salir a luchar. No podía creerme que se estuviera ofreciendo para sacrificarse para poder salvar a dos niños que acababa de conocer, especialmente después de haber sufrido durante tantos años. Y aún así, no necesité el bolígrafo y el papel para saber lo que pensaba. Era su oportunidad de redimirse. Sería su última heroicidad, y su maldición acabaría hoy, tal y como Apolo había predicho.

Garabateó algo en el diario y me lo pasó. La última palabra decía:

–Prométemelo.

Respiré profundamente y cerré el libro.

–Sí, te lo prometo.

Un trueno hizo retumbar las paredes de la casa. Ambos pegamos un bote. Por debajo del escritorio, algo hizo: ZAAAAAAP, ¡POP! Un humo blanco salía del ordenador y un olor a quemado llenó la habitación.

Thalía se levantó sonriendo. La pared detrás de ella estaba reventada y ennegrecida. La instalación eléctrica se había derretido por completo, pero en sus manos, el pote de fuego griego brillaba con un tono verdoso.

–¿Alguien ha pedido una bomba mágica? –preguntó.

Justo entonces, el reloj marcó las 7:03. Las barras de la jaula comenzaron a alzarse, y el panel trasero comenzó a levantarse. Se nos acababa el tiempo. El anciano levantó la mano.

–Thalía–dije–. Dale a Hal el fuego griego.

Miró a uno y a otro detenidamente.

–Pero...

–Tiene que hacerlo–mi voz sonaba más grave de lo normal–. Va a ayudarnos a escapar.

Como si acabara de entender mis palabras, su cara empalideció.

–Luke, no.

Las barras se habían alzado hasta la mitad. El panel trasero se levantaba lentamente. Una pezuña roja apareció bajo el panel. En el pasillo, las leucrotae gruñían y hacían sonar sus mandíbulas.

—No hay tiempo—advertí—. ¡Vamos!

Hal cogió el pote de fuego de Thalía. Le lanzó una sonrisa embravecida, entonces me miró y asintió. Recordé la última palabra que había escrito: Prométemelo.

Metí su diario y la daga en mi mochila. Arrastré a Thalía hasta el armario conmigo.

Un segundo más tarde, oímos las leucrotae irrumpir en la habitación. Los tres monstruos hacían sonar sus mandíbulas, hambrientas.

—¡Aquí! —llamó la voz de Hal. Debió de ser uno de los monstruos hablando por él, pero su voz sonaba más valiente y llena de confianza—. ¡Les tengo atrapados en el lavabo! ¡Entrad, malditos chuchos!

Fue extraño oír cómo se insultaban a sí mismos las leucrotae, pero el plan pareció funcionar. Las criaturas galoparon hasta el lavabo. Agarré la mano de Thalía.

—Ahora.

Salimos corriendo del armario y nos metimos en la jaula. En su interior, el panel comenzaba a cerrarse. Una de las leucrotae gruñó, sorprendida y se giró para seguirnos, pero no me atreví a mirar atrás. Nos apresuramos e intenté sujetar el panel con el palo de golf.

—¡Vamos, vamos, vamos! —grité.



Thalía pasó por el panel mientras éste comenzaba a doblar el palo de golf. Desde el lavabo, la voz de Hal gritó:

–¿Sabéis qué es esto, maldita escoria del Tártaro? ¿Lo sabéis? ¡Es vuestra última comida!

La leucrota aterrizó encima de mí. Me giré, gritando, mientras su huesuda mandíbula se cerraba en el aire justo donde mi cara había estado un segundo atrás. Intenté pegarle en el hocico, pero era como golpear un saco de cemento mojado. Algo me agarró del brazo. Thalía me arrastró por el agujero. El panel se cerró, destrozando mi palo de golf. Fuimos a gatas por un conducto de metal hasta otra habitación y nos apresuramos a llegar a la puerta.

Oí a Halcyon Green exclamando un grito de batalla:

–¡POR APOLO!

Y la mansión tembló a causa de la explosión. Llegamos al pasillo, que ya estaba en llamas. Las llamas lamían el papel de las paredes y la alfombra humeaba. La puerta de la habitación de Hal había salido volando de su marco y el fuego salía en avalancha, vaporizándolo todo a su paso.

Alcanzamos las escaleras y el humo era tan espeso que no podía ver más allá de mis narices. Nos contorsionamos y tosimos, con el calor haciéndome cerrar los ojos y taponándome los pulmones. Llegamos a la base de las escaleras, y comenzaba a creer que íbamos a llegar a las escaleras, cuando la leucrota me derrumbó haciendo chocar mi pecho contra el suelo. Tenía que ser la que nos había seguido por el panel. Debía de haber estado demasiado lejos de la explosión para sobrevivir al impacto inicial y había escapado de alguna manera de la habitación, aunque no parecía estar disfrutando de la experiencia. Su piel roja se había convertido en negra. Sus orejas puntiagudas estaban en llamas y uno de sus ojos rojos lo tenía cerrado.

–¡Luke! –gritó Thalía. Agarró su lanza, que había estado allí tirada todo el día y golpeó la punta de su lanza contra las costillas del monstruo, pero aquello sólo incordió a la leucrota.

Dirigió sus mandíbulas huesudas hacia ella, manteniendo una pezuña en mi pecho. No me podía mover, y sabía que la bestia podría aplastarme el pecho en cuanto quisiera.

Me picaban los ojos del humo. A penas podía respirar. Vi a Thalía intentando hacer retroceder el animal con la lanza de nuevo, y un brillo metálico me deslumbró: el brazalete de plata. Algo finalmente encajó en mi mente: la historia de la cabra Amaltea, que nos había llevado allí. Thalía había estado destinada a encontrar aquél tesoros. Perteneecía a la hija de Zeus.

–Thalía–tosí–. ¡El escudo! ¿Cómo se llamaba?

–¿Qué escudo? –gritó.

–¡El escudo de Zeus! –y de repente lo recordé–. ¡Égida! ¡Thalía, el brazalete tiene una contraseña!

Era una suposición desesperada. Gracias a los dioses, o gracias a la suerte que es ciega, Thalía lo entendió. Dio un golpecito a su brazalete y esta vez gritó:

–¡ÉGIDA!

Al instante el brazalete se expandió, convirtiéndose en un disco de bronce, un escudo con unos diseños intrincados alrededor del borde. En el centro, bañado en metal como una máscara mortuoria, había una cara tan horrible que de haber podido, habría salido corriendo de miedo. Aparté la vista, pero el recuerdo me ardía en la cabeza, el pelo de serpientes, unos ojos brillantes y una boca con unos colmillos afilados.

Thalía dirigió el escudo hacia la leucrota. El monstruo gritó como un cachorrito y retrocedió, liberándome del peso de sus pezuñas. A través del humor, vi cómo la aterrorizada leucrota salía corriendo directa hacia las cortinas más cercanas, que se convirtieron en aquellos tentáculos y engulleron el monstruo. El monstruo comenzó a humear. Comenzó a gritar:

—¡Ayuda! —en una docena de voces distintas, probablemente las voces de sus víctimas pasadas, hasta que finalmente se desintegró entre los tentáculos.

Me habría quedado allí de pie, horrorizado hasta que el techo se hubiera caído encima de mí, pero Thalía me agarró del brazo y gritó:

—¡Salgamos de aquí!

Corrimos hasta la puerta principal. Me preguntaba cómo podríamos abrirla, cuando la avalancha de fuego bajó por la escalera y nos atrapó. El edificio entero explotó.

No recuerdo cómo salimos. Sólo puedo suponer que la onda expansiva sacó la puerta del marco y a nosotros con ella. Lo próximo que recuerdo es estar tumbados en la rotonda, tosiendo y respirando fuertemente mientras una torre de fuego ascendía hacia el cielo nocturno. Me ardía la garganta. Mis ojos se sentían como si hubieran sido salpicados con ácido. Busqué a Thalía con la mirada pero en cambio me encontré a mí mismo mirando fijamente la cara de Medusa. Grité y de alguna manera, encontré las fuerzas suficientes como para levantarme y salir corriendo. No me detuve hasta que no estuve detrás de la estatua de Robert E Lee.

Sí, ya lo sé. Ahora mismo suena a broma, pero es un milagro que no tuviera un ataque al corazón o que me atropellara un coche. Finalmente, Thalía me alcanzó, con su lanza en su forma original y su escudo convertido en brazalete de nuevo. Ambos observamos la mansión arder. Los ladrillos se derrumbaron. Las cortinas negras se convirtieron en lenguas de fuego. El techo se hundió y el humo ascendió por el cielo.

Thalía soltó un sollozo. Una lágrima caía por sus mejillas.

—Se sacrificó a sí mismo—dijo—. ¿Por qué nos ha salvado?

Abracé mi mochila. Notaba el diario y la daga en su interior, los únicos restos de la vida de Halcyon Green.

Me dolía el pecho, como si la leucrota siguiera encima. Había criticado a Hal de ser un cobarde, pero al final, había sido más valiente que yo. Los dioses le habían maldecido. Se había pasado gran parte de su vida encerrado con monstruos. Habría sido más fácil para él dejar que nos mataran los monstruos como a todos los anteriores semidioses. Pero aún así, había optado por ser un héroe. Me sentí culpable de no haber podido salvar al anciano. Me habría gustado hablar más con él. ¿Qué había visto en mi futuro que tanto le asustaba? Tus elecciones cambiarán el mundo, me había advertido. No me gustaba cómo sonaba aquello. El sonido de las sirenas me devolvió a la realidad.

Al ser menores fugados, Thalía y yo habíamos aprendido a desconfiar de la policía y de cualquiera con autoridad. Los mortales querían preguntarnos, o quizá ponernos en un reformatorio o una cárcel para menores. No podíamos dejar que aquello pasara.

—Vamos—le dije a Thalía.

Corrimos por las calles de Richmond hasta que encontramos un parquecito. Nos limpiamos en la fuente lo mejor que pudimos. Nos tumbamos en la hierba hasta que fue de noche completamente. No hablamos de lo que había pasado. Deambulamos por entre vecindarios y polígonos industriales. No teníamos ningún plan, ni ninguna cabra brillante a la que seguir. Estábamos cansados, pero ninguno de nosotros parecía querer dormir o detenerse. Quería alejarme todo lo posible de aquella mansión en llamas.

O era la primera vez que habíamos escapado con vida por los pelos, pero nunca lo habíamos hecho gracias al sacrificio de otro semidiós. No podía llegar a comprenderlo.

“Prométemelo” había escrito Halcyon Green.

“Lo prometo, Hal” pensé. “Aprenderé de tus errores. Si los dioses me tratan igual de mal, contraatacaré.”

Vale, sé que suena un poco loco, pero me sentía enfadado y asqueado. Si eso hacía enfadar a los peces gordos de arriba, en el monte Olimpo, pues vale. Podían bajar y decírmelo en la cara.

Nos detuvimos para descansar en un viejo almacén. A la luz de la luna, podía ver la pintura en la pared de ladrillos del edificio: METALÚRGICA DE RICHMOND. Casi todas las ventanas estaban rotas. Thalía tembló:

–Podíamos ir hasta nuestro viejo campamento–sugirió–. Cerca del río James. Tenemos muchos suministros allí metidos.

Asentí, indiferente. Nos llevaría al menos un día entero llegar hasta allí, pero era un plan tan bueno como otro cualquiera. Partí mi sándwich de jamón con Thalía. Comimos en silencio. La comida sabía a cartón. Me tragué el último mordisco cuando oí un sonido metálico de un callejón cercano. Mis orejas pitaron. No estábamos solos.

–Alguien se acerca–dije–. Y no es un mortal cualquiera.

Thalía se tensó.

–¿Cómo puedes estar seguro?

No sabía la respuesta, pero me puse de pie. Saqué la daga de Hal, más que nada por el brillo del bronce celestial. Thalía agarró su lanza y abrió la Égida. Esta vez no miré directamente la cara de Medusa, pero su presencia seguía provocándome escalofríos. No sabía si aquél escudo era la Égida, o una réplica hecha para héroes, pero de todas formas, irradiaba poder. Entendí porqué Amaltea quería que Thalía lo reclamara.

Nos arrastramos por la pared del almacén. Nos giramos por un callejón oscuro sin salida que terminaba en una pared que conectaba con un montacargas de uno de los almacenes. Señalé al montacargas. Thalía frunció el ceño. Me susurró:

–¿Estás seguro?

Asentí.

–Hay algo ahí. Lo noto.

Y entonces hubo un gran sonido hueco. Una lámina de plomo ondulado cayó contra el suelo. Había algo o alguien debajo.

Nos acercamos a tientas hasta el montacargas hasta que estuvimos de pie ante la pieza de metal. Thalía preparó su lanza. Le hice señas para que esperara. Llegué hasta la plancha e hice con los dedos: uno, dos, tres.

En cuanto levanté la plancha de metal, algo voló hasta mí, un borrón de franela y mechones rubios. Un martillo pasó volando por delante de mi cara. Las cosas podrían haber ido muy mal. Por fortuna, mis reflejos eran buenos después de muchos años luchando.

Grité:

–¡Guau! –y agarré el martillo y después la muñeca de la niña pequeña.

–¡No más monstruos! –gritó, pegándome patadas en las piernas–. ¡Largáos!

–¡Tranquila! –intenté agarrarla, pero era como intentar sujetar un gato pardo. Thalía estaba demasiado atónita para reaccionar. Aún tenía su lanza y su escudo preparados para luchar.

–Thalía–dije–, aparta tu escudo. ¡La estás asustando!

Thalía reaccionó. Tocó su escudo y volvió a ser un brazalete. Dejó caer la lanza.

–Eh, pequeña–dijo, sonando mucho más amable que nunca–. Tranquila, no te vamos a hacer daño. Soy Thalía y este es Luke.

–¡Monstruos! –repitió.

–No–le prometí. La pobrecita no se defendía demasiado bien, pero estaba temblando como una histérica, aterrorizada de nosotros–. Pero sabemos de monstruos–dije–. También luchamos contra ellos.

La agarré, más para reconfortarla que para detenerla. Poco a poco dejó de pegarme patadas. Estaba fría. Su cuerpo era muy delgado bajo su pijama de franela. Me pregunté cuánto llevaba aquella niña pequeña sin comer. Era incluso más pequeña que yo cuando huí de casa.

A pesar de su miedo, me miró a los ojos. Eran grises, bonitos e inteligentes. Una semidiosa, sin lugar a dudas. Tuve la sensación de que era poderosa, o lo sería, si sobrevivía.

–¿Sois como yo? –preguntó, recelosa, pero también sonaba esperanzada.

–Sí–le prometí–. Somos...–vacilé, no estaba seguro de que entendiera lo que era, o si quiera si había oído hablar alguna vez de los semidioses. No quería asustarla aún más–. Bueno es difícil de explicar, pero combatimos a los monstruos. ¿Dónde está tu familia?

La expresión de la niña pequeña se endureció. Su barbilla tembló.

–Mi familia me odia. No me quieren. Me he escapado.

Sentí cómo se me rompía el corazón en pedazos: había tanto dolor en su voz... un dolor familiar. Miré a Thalía y en silencio, tomamos una decisión justo allí. Cuidaríamos de aquella niña. Después de lo que había pasado con Halcyon Green... bueno, parecía cosa del destino. Habíamos visto morir a un semidiós por nosotros. Y ahora nos

encontrábamos con aquella niña pequeña, parecía como si fuera una segunda oportunidad. Thalía se arrodilló a mi lado. Puso su mano en el hombro de la niña:

—¿Cómo te llamas, pequeña?

—Annabeth.

No pude evitar sonreír. Nunca había oído aquel nombre antes, pero era bonito y le pegaba.

—Bonito nombre—le dije—. Mira lo que te voy a decir, Annabeth. Eres fiera y una luchadora como tú nos sería útil.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿De verdad?

—Oh, sí—dije de todo corazón. Entonces un pensamiento repentino me iluminó. Busqué la daga de Hal y la saqué de mi mochila. Protegerá a su dueño, había dicho Hal. La había obtenido de la niña pequeña a la que había salvado, ahora el destino nos había dado la oportunidad de salvar a otra niña pequeña.

—¿Qué te parece tener un arma que mate a esos monstruos? —le pregunté—. Esto es bronce celestial, funciona mucho mejor que un martillo.

Annabeth cogió la daga y la estudió, sobrecogida. Ya lo sé... tenía como mucho siete años. ¿En qué estaba pensando dándole un arma? Pero es una semidiosa, tenemos que defendernos nosotros solos. Cuando yo tenía nueve años, había luchado por mi vida una docena de veces. Annabeth sabría usar esa arma.



–Los cuchillos solo son para los más bravos y rápidos luchadores–le dije. Mi voz se quebró al recordar a Hal Green y cómo había muerto para salvarnos–. No tienen el alcance o el poder de una espada, pero son fáciles de manejar y pueden encontrar puntos débiles en las armaduras enemigas. Se necesita un guerrero inteligente para un cuchillo y tengo da la sensación de que tú eres muy lista.

Annabeth me sonrió y durante un instante, todos mis problemas se disiparon. Me sentí como si estuviera haciendo una cosa bien por primera vez en mi vida. Me juré a mí mismo que nunca dejaría que a aquella niña le pasara nada.

–¡Soy lista! –dijo.

Thalía ríó y le alborotó el pelo a Annabeth. Y así, conseguimos una nueva compañera.

–Será mejor que nos movamos, Annabeth–dijo Thalía–. Tenemos un lugar seguro en el río James. Te conseguiremos ropa y comida.

La sonrisa de Annabeth desapareció. Durante un instante, volvió a tener aquella mirada salvaje en sus ojos.

–¿No iréis a devolverme a mi familia, verdad? ¿Me lo prometéis?

Tragué saliva. Annabeth era muy joven, pero había aprendido una dura lección, igual que lo habíamos hecho Thalía y yo. Nuestros padres nos habían fallado. Los dioses eran severos, crueles y distantes. Los semidioses sólo nos tenemos los unos a los otros. Puse mi mano sobre el hombro de Annabeth:

–Ahora formas parte de nuestra familia. Y te prometo que no te voy a fallar como lo hicieron nuestras familias. ¿Trato hecho?

–Trato hecho–dijo, alegremente, enfundando su nueva daga.

Thalía recogió su lanza. Me sonrió.

–Ahora, vámonos. ¡No podemos estar parados durante mucho tiempo!

Y aquí estoy de guardia, escribiendo en el diario de Halcyon Green, ahora mi diario... Estamos acampados en los bosques al sur de Richmond. Mañana, llegaremos al río James y nos abasteceremos de suministros. Después de eso... no lo sé. No dejo de pensar en las predicciones de Hal Green. Una sensación me oprime el pecho. Hay algo oscuro en mi futuro. Puede que quede mucho, pero parece una tormenta en el horizonte, cargando el aire de energía. Espero que tenga la fuerza suficiente como para proteger a mis amigas.

Mientras miro a Annabeth y a Thalía dormir, me asombro de lo tranquilas que parecen sus caras. Si voy a ser el jefe de esta pandilla, tengo que hacerme valer. Ninguno de nosotros ha tenido suerte con sus padres. Tengo que ser mejor que eso. Puede que solo tenga catorce, pero eso no me sirve como excusa. Tengo que mantener a mi familia unida.

Miro hacia el norte. Me imagino lo que debe de haber de aquí hasta la casa de mi madre en Westport, Connecticut. Me pregunto qué estará haciendo mi madre justo ahora. Estaba fuera de sí cuando me marché... Pero no me puedo sentir culpable ahora mismo por dejarla. Si alguna vez me encontraba con mi padre, íbamos a tener una larga conversación sobre ella.

Por ahora, solo quiero sobrevivir al día a día. Escribiré en este diario mientras pueda, aunque dudo que nadie lo lea nunca.

Thalía comienza a moverse. Le toca hacer guardia a ella. Guau, me duelen las manos. No he escrito tanto en mi vida. Será mejor que me duerma, esperando que no haya sueños.

Me despido por ahora,

Luke Castellan

### 3. Percy Jackson y el caduceo de Hermes

Annabeth y yo nos estábamos relajando en el Gran Lawn(1) de Central Park cuando ella me asaltó con una pregunta.

–Te has olvidado, ¿verdad?

Encendí la alarma roja. Es fácil entrar en pánico cuando eres nuevo en esto de ser novios. Sí, había combatido muchos monstruos junto a Annabeth durante años. Juntos nos habíamos enfrentado a la furia de los dioses, habíamos combatido titanes y nos habíamos enfrentado a la muerte una docena de veces mínimo. Pero ahora que estábamos saliendo, un ceño fruncido de ella y entraba en pánico. ¿Qué había hecho mal? Revisé mentalmente la lista del picnic: ¿Mantel cómodo? Listo. ¿La pizza favorita de Annabeth con extra de olivas? Listo. ¿Toffe de chocolate de La Maison du Chocolat? Listo. ¿Agua fresca con gas con un ligero toque a limón? Listo. ¿Armas en caso de un apocalipsis repentino de mitología griega? Listo. Entonces, ¿de qué me olvidaba? Estuve tentado (durante un instante) de echarme un farol. Pero dos cosas me lo impedían. Primero, no me gustaba mentir a Annabeth. Segundo, era demasiado lista. Descubriría la verdad en un instante.

Así que hice lo mejor que se me daba, la miré con la mirada perdida y actué como un bobo. Annabeth puso los ojos en blanco.

–Percy, hoy es 18 de septiembre. ¿Qué pasó justo un mes atrás?

–Fue mi cumpleaños–dije.

Era verdad: el 18 de agosto. Pero juzgando por la expresión de Annabeth, esa no era la respuesta que esperaba. No pude evitar pensar que Annabeth estaba muy guapa aquel día. Vestía la camiseta naranja del campamento y unos shorts, pero sus brazos morenos y sus piernas parecían brillar con la luz del sol. Su pelo rubio caía por sus hombros y alrededor de su cuello colgaba una cuerda de cuero con cuentas de colores de nuestro campamento de entrenamiento de semidioses, el campamento Mestizo. Sus ojos grises cuales tormentas eran igual de resplandecientes que siempre. Deseé que su penetrante mirara no supiera lo que estaba pensando. Intenté hacer memoria. Un mes atrás

habíamos vencido al titán Cronos. ¿Era eso lo que quería decir? Entonces Annabeth me lo dijo sin tapujos.

–Nuestro primer beso, Sesos de Alga–dijo–. Es nuestro primer mes-aniversario.

–Bueno, ya...–pensé: ¿la gente celebra cosas como esas? ¿Tengo que recordar todas las fechas, vacaciones y todos esos cumpleaños? Intenté sonreír–. Es por eso por lo que estamos celebrando este picnic... ¿verdad?

Plegó sus piernas debajo de ella, sentada a lo indio.

–Percy... me encanta el picnic, de verdad. Pero prometiste que me llevarías a cenar fuera. ¿Te acuerdas? No es que no me lo esperara, pero me dijiste que tenías algo planeado. ¿Y bien...?

Pude notar esperanza en su voz, pero también duda. Estaba esperando a que admitiría lo obvio: que me había olvidado. Estaba muerto. Era ya un novio a la brasa. Solo porque me hubiera olvidado no significaba que no me importara Annabeth. En serio, el último mes con ella había sido increíble. Era el semidiós con más suerte de toda la historia. Pero una cena especial... ¿cuándo la había mencionado? Quizá lo había dicho después de que Annabeth me besara, lo que me provocó volverme loco instantáneamente. Quizá un dios griego se había disfrazado de mí y le había prometido esa tontería. O quizá era un novio horrible. Era hora de confesar. Me aclaré la garganta...

–Bueno...

Un rayo de luz repentino me hizo parpadear, como si alguien hubiera reflejado un espejo en mi cara. Miré alrededor y vi una furgoneta de Correos en medio de Great Lawn donde los coches no estaban permitidos. Escrito a los lados estaban las palabras:

HERNIAS EN EL SUD

Esperad... perdón. Soy disléxico. Entrecerré los ojos y deduje que probablemente diría:

HERMES EXPRESS

–Oh, genial–murmuré–. Tenemos correo.

–¿Qué? –preguntó Annabeth.

Señalé la furgoneta. El conductor acababa de bajar. Vestía una camiseta de uniforme marrón y unos pantalones cortos hasta las rodillas junto con unos modernos calcetines negros a rayas. Su pelo blanquinegro rizado le sobresalía por los bordes de su gorra marrón. Parecía un tipo cualquiera en sus treinta, pero sabía por experiencia que en realidad tenía unos cinco mil o así.

Hermes, el mensajero de los dioses. Amigo personal, repartidor de misiones heroicas y causa frecuente de mis migrañas y dolores de cabeza.

Parecía preocupado. Seguía mirándose en los bolsillos y agitando las manos. O bien había perdido algo importante o se había tomado demasiado expresos en el Starbucks del Monte Olimpo. Finalmente me vio y me llamó con la mano. Eso podría significar varias cosas: si estaba dándome un mensaje en persona de los dioses, malas noticias. Si quería algo de mí, también malas noticias. Pero viendo que me había salvado de tener que excusarme delante de Annabeth, me sentí tan aliviado que no me preocupé.

–Qué coñazo–intenté parecer que lo lamentase mucho, como si no acabara de ser sacado de las ascuas–. Será mejor que veamos qué quiere.

¿Cómo saludas a un dios? Si hay alguna guía protocolaria, no la había leído. Nunca estoy seguro de si hay que darle la mano, hacer una genuflexión o arrodillarse en el suelo y gritar: ¡NO SOMOS DIGNOS!

Conocí a Hermes mejor que los demás olímpicos. Después de tantos años, me había ayudado varias veces. Por desgracia el último verano también había combatido contra su hijo semidiós Luke, que había sido corrompido por el titán Cronos, en un combate a muerte que había ganado yo para decidir el destino del mundo. La muerte de Luke no había sido toda mi culpa, pero era un tema difícil en mi relación con Hermes. Decidí comenzar por algo básico:

–Ey.

Hermes observó el parque como si tuviera miedo de que le observaran. No estoy seguro qué le preocupaba. Los dioses normalmente son invisibles a los mortales. Nadie más en el Great Lawn prestaba atención a la furgoneta.

Hermes miró a Annabeth y luego a mí.

–No sabía que la chica estaría aquí. Tendrá que jurar que cerrará la boca.

Annabeth se cruzó de brazos.

–La chica puede oírte. Y antes de jurar nada, será mejor que nos digas qué pasa.

No creo que nunca haya visto a un dios tan nervioso. Hermes se puso un mechón de pelo gris detrás de su oreja. Se volvió a mirar los bolsillos. Sus manos no parecían saber qué hacer. Se inclinó y bajó su voz:

–No es nada personal, chica. Si llega cualquier palabra a Atenea, nunca dejará de recordármelo. Ella ya se cree que es más lista que yo.

–Lo es–dijo Annabeth. Por supuesto, estaba llena de prejuicios, su madre es Atenea. Hermes la miró fijamente.

–Promételo. Antes de explicaros el problema, ambos debéis prometer que mantendréis las bocas cerradas.

De repente, se me encendió la bombilla.

–¿Y tu caduceo?

A Hermes le tembló un párpado. Parecía estar a punto de llorar.

–Oh, dioses–dijo Annabeth–. ¿Has perdido tu caduceo?

–¡No lo he perdido! –le espetó Hermes–. Ha sido robado. ¡Y no te estaba pidiendo ayuda, niña!

–De acuerdo–dijo–. Apáñatelas. Vamos, Percy. Larguémonos de aquí.

Hermes gruñí. Me di cuenta de que quizá tuviera que mediar en una lucha entre un dios inmortal y mi novia y, creedme, no quería estar en ninguno de los dos lados. Un poco de historia: Annabeth iba de aventuras con el hijo de Hermes, Luke. Al cabo del tiempo, Annabeth se enamoró de Luke. Cuando Annabeth creció, Luke también se enamoró de ella. Luke se volvió malvado. Hermes culpaba a Annabeth por no evitar que Luke se volviera malvado. Annabeth culpaba a Hermes por haber sido un padre tan distante y darle a Luke la posibilidad de volverse malvado en primer lugar. Luke murió en la guerra. Hermes y Annabeth se culpaban el uno al otro. ¿Confundido? Bienvenido a mi mundo.

De todas formas, supuse que las cosas irían a peor si aquellos entraban en conflicto, por lo que me arriesgue dando un paso entre ambos.

–Annabeth, te diré algo. Esto suena importante. Déjame oír lo que me tiene que decir, ahora voy al picnic, ¿vale?

Le lancé mi mejor sonrisa, intentando convencerla de algo como “Eh, estoy de tu lado. Los dioses son unos capullos. ¿Pero qué quieres que haga?” Aunque probablemente mi expresión decía: ¡No es culpa mía! ¡Por favor, no me mates!

Antes de que pudiera protestar o pegarme en el brazo, cogí a Hermes por su brazo.

–Hablemos en tu oficina.

Hermes y yo nos sentamos en la parte trasera de la furgoneta entre un par de cajas con etiquetas como: SERPIENTES TÓXICAS, ESTE LADO ENCIMA. Quizá no fuera el mejor sitio en el que sentarse, pero era mejor que otros repartos, como EXPLOSIVOS, NO SENTARSE ENCIMA y HUEVOS DE DRAGÓN, NO ALMACENAR CERCA DE EXPLOSIVOS.

–¿Qué ha pasado? –le pregunté.

Hermes se derrumbó en sus cajas. Se miró las manos vacías.

–Los dejé solos un minuto...

–¿Los? –dije–. Oh, George y Martha...

Hermes asintió, impasivo.

George y Martha eran las dos serpientes que rodeaban su caduceo, su bastón de poder. Probablemente habrás visto fotos de caduceos en las farmacias, ya que es un símbolo usado por los farmacéuticos y los doctores... (Annabeth me lo discutiría y diría que todo es un error. Se supone que es el bastón de Asclepios, el dios de la medicina, bla, bla, bla, lo que sea).



Sentía simpatía por George y Martha. Algo me decía que Hermes también, aunque estuviera discutiendo con ellos constantemente.

–Cometí un error estúpido–murmuró–. Llegaba tarde con un reparto. Me detuve delante del Rockefeller Center y mientras repartía una caja de felpudos a Jano...

–Jano...–dije–. El tío de las dos caras, el dios de las entradas y salidas.

–Sí, sí. Trabaja ahí. En la televisión por cable.

–¿Perdón? –la última vez que conocí a Jano había sido en un laberinto mágico letal y la experiencia no había sido demasiado agradable.

Hermes puso los ojos en blanco.

–Seguro que has visto últimamente la televisión. Está claro que ni siquiera ellos saben sin vienen o van. Es por eso por lo que Jano se encarga de la programación. Le encanta estrenar nuevos programas y cancelarlos después de dos capítulos. El dios de los principios y los finales, al fin y al cabo. De todas formas, le estaba llevando unos cuantos felpudos mágicos y estaba aparcado en doble fila cuando...

–¿Tienes que preocuparte por aparcar en doble fila?

–¿Me vas a dejar terminar?

–Lo siento.

–Y dejé el caduceo en el asiento y corrí hacia el edificio con la caja. Entonces me di cuenta de que necesitaba la firma de Jano para el reparto, y volví a la furgoneta...

–Y el caduceo había desaparecido.

Hermes asintió.

–Si ese bruto horrendo ha hecho algún daño a mis serpientes, juro sobre el río Estigio que...

–Espera, ¿sabes quién te robó el bastón?

Hermes soltó una risita.

–Por supuesto. Comprobé las cámaras de seguridad de la zona, hablé con las ninfas del aire. Era obvio que el ladrón era Caco.

–Caco. –ya tenía muchos años de práctica pareciendo tonto cuando la gente soltaba nombres griegos que no sabía. Ya me había especializado en ello. Annabeth me seguía diciendo que leyera un libro de mitos griegos, pero no veía la necesidad. Era más fácil tener colegas que te lo explicaran.

–El bueno del viejo Caco–dije–. Ya sé que probablemente debería saber quién es...

–Oh, es un gigante–dijo Hermes con desdén–. Un pequeño gigante, no uno de los grandes.

–Un gigante pequeño.

–Sí, quizá de unos tres metros.

–Pequeño, entonces–coincidió.

–Es un ladrón reconocido. Una vez robó el rebaño de Apolo.

–Creía que tú robaste el rebaño de Apolo.

–Sí, bueno. Pero yo lo hice primero, y con mucho más estilo. De cualquier forma, Caco siempre está robando cosas a los dioses. Es realmente molesto. Antiguamente vivía en una cueva en la Colina Capitolina, donde fue fundada Roma. Hoy en día, vive en Manhattan. En algún lugar en el subsuelo, de ello estoy seguro.

Respiré hondo. Vi lo que iba a venir.

–Ahora me vas a explicar porque tú, un súper-poderoso dios, no puede recuperar su bastón por sí mismo, y por qué me necesitas, a mí, a un niño de dieciséis años, para hacerlo por ti.

Hermes ladeó su cabeza.

–Percy, eso ha sonado a sarcasmo. Ya sabes bastante bien que los dioses no pueden ir por ahí cortando cabezas y destrozando ciudades mortales buscando sus objetos personales. Si hiciéramos eso, Nueva York estaría destrozada cada vez que Afrodita pierde su peine, y créeme, eso pasa demasiado a menudo. Necesitamos a los héroes para hacer ese tipo de recados.

–Ahá. Y si fueras tú mismo a buscar tu bastón, sería un tanto vergonzoso.

Hermes apretó sus labios.

–De acuerdo. Sí, los otros dioses se darían cuenta. Yo, el dios de los ladrones, he sido robado. Y mi caduceo, no menos, ¡mi símbolo de poder! Sería ridiculizado durante

centurias. La idea es demasiado terrible. Necesito resolver esto rápido y en silencio antes de que me convierta en el hazmerreír del Olimpo.

–Así que quieres que nosotros encontremos ese gigante, recuperemos tu caduceo y te lo devolvamos. Sin hacer ruido.

Hermes sonrió.

–¡Lo has pillado! Gracias. Y lo necesitaré antes de las cinco de la tarde para que pueda terminar mis repartos. El caduceo me sirve de libreta electrónica para las firmas, de GPS, de teléfono, de permiso de aparcamiento, de iPod Shuffle, en serio, no puedo hacer nada sin él.

–A las cinco– no tenía reloj, pero estaba seguro de que al menos era la una de la tarde–. ¿Puedes ser un poco más específico acerca de dónde está Caco?

Hermes se encogió de hombros.

–Estoy seguro de que lo averiguarás. Y una advertencia: Caco escupe fuego.

–Naturalmente–dije.

–Estad atentos al caduceo. La punta puede volver a la gente en piedra. Tuve que usar esa parte con aquél pastor horrible llamado Bato[2]... pero estoy seguro de que tendréis cuidado. Y por supuesto espero que mantengáis esto como nuestro pequeño secreto.

Sonrió de forma encantadora. Quizá me acabara de imaginar que me había amenazado con petrificarme si le contaba aquello sobre el robo. Tragué saliva y noté mi lengua seca.

–Por supuesto.

–¿Lo haréis, entonces?

Se me ocurrió una idea. Sí, hay veces que tengo ideas.

–¿Qué tal si intercambiamos favores? –sugerí–. Te ayudo con tu situación embarazosa y tú me ayudas con la mía.

Hermes levantó una ceja.

–¿Qué tienes en mente?

–¿Eres el dios del viaje, verdad?

–Por supuesto– me dijo. Y le expliqué qué quería a cambio.

Estaba de mejor humor cuando me reencontré con Annabeth. Había quedado con Hermes en el Rockefeller Center no más tarde de las cinco, y su furgoneta de correo había desaparecido en un haz de luz. Annabeth me esperaba en nuestro mantel de picnic con sus brazos cruzados, indignada.

–¿Y bien? –me pidió.

–Buenas noticias–le dije lo que teníamos que hacer.

No me pegó ninguna bofetada, pero parecía querer hacerlo.

–¿Por qué perseguir a un gigante escupefuegos es una buena noticia? ¿Y por qué tengo que ayudar yo a Hermes?

–No es tan malo–dije–. Además, dos serpientes inocentes están en problemas. George y Martha tienen que estar aterrorizados.

–¿Esto es una broma? –me preguntó–. Dime que has planeado esto con Hermes, y que en realidad vamos a una fiesta sorpresa por nuestro aniversario.

–Eh... bueno, no. Pero después, te prometo que...

Annabeth levantó la mano.

–Eres muy mono y dulce, Percy. Pero por favor... no más promesas. Vamos a encontrar este gigante y ya está.

Dobló nuestro mantel y lo metió en su mochila y guardó la comida. Qué pena... ni siquiera había podido probar nuestra pizza. Lo único que dejó fuera fue su escudo. Igual que muchos otros objetos mágicos, estaba diseñado para convertirse en un objeto más pequeño para ser más llevadero. El escudo se encogía al tamaño de un plato, que es para lo que lo habíamos estado usando. Era genial para los nachos con queso. Annabeth limpió las migas y agitó el plato en el aire. Se expandió mientras lo agitaba. Cuando cayó en la hierba, era un escudo de bronce a tamaño completo, con su superficie altamente pulida reflejando el cielo. El escudo había sido útil durante nuestra guerra con los titanes, pero no sabía cómo nos podía ayudar entonces.

–Esta cosa muestra imágenes aéreas, ¿no? –pregunté–. Caco se supone que está bajo tierra.

Annabeth se encogió de hombros.

–Al menos vale la pena intentarlo. Escudo, quiero ver a Caco.

Una ola de luz cruzó la superficie de bronce. En vez del reflejo, estábamos viendo un paisaje de almacenes en ruinas y carreteras derruidas. Un tanque de agua oxidado se levantaba por encima del paisaje urbano. Annabeth resopló.

–Este escudo estúpido tiene sentido del humor.

–¿Qué quieres decir? –pregunté.

–Eso es Secaucus [3], Nueva Jersey. Lee el cartel en el tanque de agua–puso sus nudillos en la superficie de bronce–. De acuerdo, muy gracioso, escudo. Ahora quiero ver... quiero decir, muéstrame la localización del gigante escupefuegos Caco.

La imagen cambió.

Esta vez vi una parte familiar de Manhattan: almacenes nuevos, calles de pavimentos enladrillados, un hotel de cristal, una vía de tren elevada que se había convertido en un parque de árboles y flores silvestres. Me acordé de mi madre y mi padrastro que me llevaron allí hacia unos años cuando lo inauguraron.

–Eso es el parque High Line–dije–. En el distrito Meatpacking.

–Sí–dijo Annabeth–. ¿Pero dónde está el gigante?

Frunció el ceño, concentrado. El escudo acercó la imagen en una intersección bloqueada por vallas naranjas y una cinta amarilla. Un equipo de construcción estaba sentado en medio de la sombra de High Line. En medio de la calle había un gran agujero cuadrado, acordonado por la cinta amarilla de la policía. Salía humo del agujero. Me rasqué la cabeza.

–¿Por qué la policía acordonaría un agujero en la calle?

–Me acuerdo de esto–dijo Annabeth–. Salió en las noticias ayer.

–No veo las noticias.

–Un obrero salió herido. Algún accidente raro pasó bajo la superficie. Estaban cavando una nueva línea de metro o algo así y se inició un incendio.

–¿Un incendio? –dije–. ¿Y no podría tener relación con ningún gigante escupefuegos?

–Eso tendría sentido–coincidió–. Los mortales no entenderían lo que pasa. La Niebla distorsionaría lo que estarían viendo de verdad. Creerían que el gigante sería... no sé, una explosión de gas o algo.

–Pues entonces vamos a buscar un taxi.

Annabeth miró, con nostalgia, todo el Great Lawn.

–El primer día soleado en semanas y mi novio quiere llevarme a una cueva peligrosa para luchar contra un gigante escupefuegos.

–Eres increíble–dije.

–Lo sé–dijo Annabeth–. Será mejor que tengas algo bueno planeado para cenar.

El taxi nos dejó en la 15ª Oeste. Las calles eran un bullicio de vendedores ambulantes, trabajadores, compradores y turistas. El motivo por el que un lugar llamado Distrito Meatpacking [4] se convertía en un lugar atractivo en el que pasear, lo desconozco. Pero eso es lo guay de Nueva York, está en constante cambio. Aparentemente incluso los monstruos querían estar aquí.



Nos abrimos camino hasta las obras de la calle. Dos policías vigilaban la intersección, pero no nos prestaron atención puesto que nos agachamos por debajo de las vallas. El agujero en la calle era del tamaño de una puerta de garaje. Un andamio de tuberías se cernía sobre el agujero como una especie de sistema de calefacción y unos peldaños de metal estaban fijados al lado de la fosa, en dirección descendente.

–¿Alguna idea? –le pregunté a Annabeth.

Supuse que sería buena idea preguntar, dado que Annabeth era hija de la diosa de la sabiduría y la estrategia, por lo que le gustaba hacer planes.

–Bajamos–dijo–, encontramos el gigante y recuperamos el caduceo.

–Guau–dije–. Cuánta sabiduría y estrategia.

–Cállate.

Pasamos la valla, nos agachamos por debajo del cinturón policial y nos arrastramos hasta el agujero. Miré de reojo a los policías, pero no se giraron en ningún momento. Colarse en un agujero humeante y peligroso en el centro de una intersección de Nueva York parecía ser extrañamente fácil.

Bajamos y seguimos bajando. Las escaleras parecían ir hacia abajo infinitamente. El cuadrado de luz solar encima de nosotros se convirtió cada vez más pequeño hasta tener el tamaño de un sello. No podía oír el tráfico de la ciudad, sólo el eco de un goteo constante. Cada siete metros o así, una pequeña bombilla parpadeaba cerca de la escalerilla, pero el descenso daba miedo y estaba todo muy oscuro.

Me di cuenta apenas de que el túnel se abría detrás de mí haciéndose cada vez más grande, pero me mantuve centrado en la escalerilla, intentando no pisar las manos de Annabeth que bajaba debajo de mí. No me di cuenta de que llegamos al fondo hasta que oí los pies de Annabeth chapotear contra el suelo.

–Santo Hefesto–dijo–. Percy, mira.

Me dejé caer a su lado en un oscuro montón de barro. Me giré y me encontré que estábamos de pie ante una caverna del tamaño de una fábrica. Nuestro túnel se conectaba a él como una chimenea. Las paredes de piedra estaban llenas de cables antiguos, tuberías e hileras de ladrillos, quizá las bases de edificios antiguos. Las tuberías de agua oxidadas, posiblemente antiguos sistemas de desagües, dejaban caer chorros de un agua sucia por las paredes. No había demasiada luz, pero la cueva parecía una mezcla de unas obras callejeras y un mercadillo. Amontonados por la cueva había toros mecánicos, cajas de herramientas, cajas y estanterías de acero. Había hasta un bulldozer enterrada en el barro.

Y lo que era aún más raro: varios coches antiguos habían sido de alguna manera llevados allí de la superficie y llenados de maletas y montones de pulseras. Perchas de ropa estaban amontonadas sin ningún cuidado como si alguien hubiera saqueado unos grandes almacenes. Lo peor de todo, era que colgando de unos ganchos de una tubería de acero inoxidable había cuerpos de vacas sin piel, sin huesos y listas para cortar y trocear. A juzgar por el olor y las moscas, no eran demasiado frescas que digamos. Aquello era suficiente como para hacerme vegetariano, sino fuera porque estaba enamorado de las hamburguesas con queso. No había ningún rastro del gigante. Esperé que no estuviera en casa. entonces Annabeth señaló al otro extremo de la cueva.

–Quizás allí.

En la oscuridad había un túnel de siete metros de diámetro, perfectamente redondo, como si lo hubiera hecho una gigantesca serpiente. Oh, mala idea. No me gustaba la idea de caminar hasta el otro lado de la cueva, especialmente a través de un mercadillo de maquinaria pesada y cadáveres de vacas.

–¿Cómo ha llegado todo esto aquí? –sentí la necesidad de susurrar, pero mi voz resonó de todas formas.

Annabeth observó la escena. Obviamente no le gustaba lo que veía.

–Deben de haber bajado el bulldozer a piezas y lo deben de haber montado aquí abajo–  
decidió–. Creo que es así cómo excavaron el sistema de metro tiempo atrás.

–¿Y sobre lo otro? –pregunté–.¿Los coches y los... productos cárnicos?

Annabeth arrugó la frente.

–Parece todo sacado de un mercadillo callejero. Esos bolsos y esos abrigos... el gigante  
debe de haberlos traído por alguna razón–y luego se inclinó hacia el bulldozer–. Eso  
parece que haya estado en algún combate.

Mientras mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, vi lo que quería decir. Los peldaños  
de la máquina estaban oxidados y el asiento del conductor parecía estar quemado. En la  
parte delantera, la gran pala estaba dentada como si hubiera sido golpeada por algo.

El silencio era espeluznante. Mirando hacia el pequeño recuadro de luz solar por encima  
de nosotros, me dio vértigo. ¿Cómo podría existir una cueva de aquellas dimensiones  
bajo Manhattan sin que la ciudad se derrumbara o que el río Hudson la inundara?  
Teníamos que estar a cientos de metros bajo el nivel del mar. Lo que realmente me  
inquietaba de aquella cueva era el túnel al otro lado. No estoy diciendo que pueda oler a  
los monstruos igual que lo podía hacer mi amigo Grover el sátiro, pero de repente entendí  
por qué odiaban estar bajo tierra. Me sentí oprimido y en peligro. Los semidioses no  
pertenecemos a ese lugar. Algo nos esperaba en aquél túnel.

Miré a Annabeth, esperando que tuviera alguna idea mejor, como salir corriendo. En vez  
de eso, comenzó a andar hacia el bulldozer. Llegamos a la mitad de la cueva cuando un  
rugido salió del túnel. Nos agachamos detrás del bulldozer mientras el gigante aparecía  
de las sombras, rascándose sus gigantescos brazos.

–El desayuno–balbuceó.

Podía verle con claridad, pero ojalá no hubiera podido hacerlo. ¿Cómo de feo era?  
Digamos que Secaucus en Nueva Jersey era mil veces más bonito que el gigante Caco, y

eso no es un cumplido para cualquiera. Como Hermes había dicho, el gigante medía tres metros, lo que le hacía bajito en comparación con otros gigantes que había visto. Pero Caco se llevaba la palma con su belleza y su preciosidad. Tenía el pelo rizado y naranja, una piel pálida y pecas naranjas. Su cara estaba como hecha para arriba, con una horrible mueca permanente, tenía los ojos grandes, las cejas arqueadas y parecía estar asustado e infeliz. Vestía una bata de terciopelo rojo con zapatillas a juego. La bata estaba abierta, enseñando unos calzoncillos de seda con estampados de San Valentín y el pelo de su pecho de un color rojo/rosa/naranja que no se encuentra en la naturaleza.

Annabeth soltó una risita.

–Es el gigante pelirrojo.

Por desgracia, el gigante parecía tener buen oído. Frunció el ceño y buscó por la caverna, parándose en nuestro escondite.

–¿Quién está ahí? –gritó–. Tú, detrás del bulldozer.

Annabeth y yo nos miramos el uno al otro. Dijo entre dientes:

–Ups.

–¡Vamos! –dijo el gigante–. ¡No me gusta que se rían de mí! ¡Muéstrate!

Aquello sonaba horrible. Pero no teníamos escapatoria. Quizá el gigante atendiera a razones, aunque llevara calzoncillos de corazoncitos.

Destapé mi bolígrafo y éste se convirtió en mi espada de bronce Contracorriente. Annabeth sacó su escudo y su daga. Ninguna de nuestras armas parecían demasiado intimidantes contra un tipo de aquella estatura, pero juntos salimos de nuestro escondrijo. El gigante sonrió.

–¡Semidioses, ¿verdad?! He pedido el desayuno y ahora vosotros dos aparecéis, esto sí que es tener una buena vida.

–No somos tu desayuno–dijo Annabeth. –

–¿No? –el gigante se rascó la cabeza. Dos humaredas salieron de su nariz–. Me imagino que sabréis geniales metidos en una tortilla, salsa y huevos. ¡Tortilla de semidiós! Sólo de pensar en ello, me hace entrar hambre.

Observó la hilera de cadáveres de vaca rodeados de moscas. Mi estómago se cerró.  
Murmuré:

–Oh, dime que no va a...

Caco descolgó una de las vacas del gancho. Escupió fuego por encima de ella, un torrente rojo y ardiente de llamas que cocinó la carne en cuestión de segundos pero aún así no parecía haber hecho ningún daño a las manos del gigante. Una vez la vaca estuvo lista y cocinada, Caco serró sus dientes y abrió su boca todo lo posible. Se tragó la vaca en tres bocados, con huesos y todo.

–Sí–dijo Annabeth con un hilo de voz–. Lo ha hecho.

El gigante eructó. Se limpió sus grasientas manos en su albornoz y nos sonrió:

–Entonces, si no sois mi desayuno, debéis ser clientes. ¿Qué os puede interesar?

Sonaba relajado y amistoso, como si estuviera contento por hablarnos. Entre aquello y el albornoz no parecía demasiado peligroso. Obviando el hecho de que medía tres metros, escupía fuego y se comía vacas enteras en tres bocados. Di un paso hacia adelante.

Llamadme anticuado, pero quería concentrar su atención en mí y no en Annabeth. Creo que es de ser educado que un chico proteja a su novia de una incineración instantánea.

–Eh, sí–dije–. Puede que seamos clientes. ¿Qué vendes?

Caco rió.

–¿Que qué vendo? ¡De todo, semidiós! ¡En mi mercadillo no encontrarás los precios más bajos ni más abajo! –extendió sus manos como enseñándome la cueva–. Tengo bolsos de diseño, trajes italianos, eh... por lo que se ve, máquinas de construcción y si has venido a buscar un Rolex...

Abrió su albornoz y enganchados en el interior de éste brillaba una hilera de relojes plateados y dorados. Annabeth chasqueó sus dedos.

–¡Imitaciones! Ya sé dónde había visto todas estas cosas antes. Lo has cogido todo de los mercadillos callejeros, ¿verdad? Son imitaciones de diseño.

El gigante parecía ofendido.

–No son imitaciones cualesquiera, jovencitas. Sólo robo lo mejor. ¡Soy hijo de Hefesto! Sé distinguir las imitaciones de calidad.

Fruncí el ceño.

–¿Hijo de Hefesto? ¿Entonces no deberías hacer estas cosas en vez de robarlas?

Caco soltó una risotada.

–¡Demasiado trabajo! Oh, a veces si encuentro algún producto de alta calidad, hago mis propias copias. Pero es mucho más fácil robarlas. Comencé robando rebaños, ya sabéis, en los viejos tiempos. ¡Me encantaban los rebaños! Es por eso por lo que me instalé aquí. ¡Entonces descubrí que aquí tenían algo más que carne!

Sonrió como si acabara de hacer un gran descubrimiento.

–Vendedores ambulantes, boutiques de alta categoría, esta es una ciudad maravillosa, incluso mejor que la Antigua Roma. Y los trabajadores han sido muy simpáticos haciéndome esta cueva.

–Después de que los hicieras huir–dijo Annabeth–, y que casi les mataras.

Caco fingió un bostezo.

–¿Estáis seguros de que no sois el desayuno? Porque comenzáis a aburrirme. Si no queréis comprar nada, será mejor que vaya buscando la salsa y las tortillas de maíz...

–Estamos buscando algo en especial–le interrumpí–. Algo poderoso y mágico. Pero supongo que no tienes nada como eso.

–¡Ja! –Caco dio una palmada–. Un comprador de alta categoría. Si no lo tengo en mi stock, puedo robártelo, a un precio razonable, por supuesto.

–El bastón de Hermes–dije–. El caduceo.

La cara del gigante se volvió tan roja como su pelo. Sus ojos se entrecerraron.

–Ya veo. Debí suponer que Hermes enviaría a alguien. ¿Quiénes sois? ¿Hijos del dios de los ladrones?

Annabeth levantó su cuchillo.

–¿Me acaba de llamar hija de Hermes? Espera, que le voy a meter el cuchillo en el...

–Soy Percy Jackson, hijo de Poseidón–le dije al gigante, puse mi brazo alrededor del hombro de Annabeth para contenerla–. Esta es Annabeth Chase, hija de Atenea. Ayudamos a los dioses a veces con cosas como, ah, sí, matar titanes, salvar el Monte Olimpo, cosas como esa. Quizá hayas oído hablar de nosotros. Así que sobre el caduceo... sería todo mucho más fácil si nos lo dieras antes de que todo se... complicara, digamos.

Le miré a los ojos y esperé que mi amenaza tuviera resultado. Sé que sonaba ridículo, un chaval de dieciséis años intentando amedrentar a un gigante de tres metros escupecuegos. Pero había combatido contra monstruos mucho peores antes. Además, me había bañado en el río Estigio, lo que me hacía inmune a la mayoría de los ataques físicos. Eso debería haber sonado bastante aterrador, ¿verdad? Quizá Caco me hubiera oído. Quizá se arrojara y me ovacionara diciendo: “¡Oh, señor Jackson! ¡Lo lamento mucho! ¡No me había dado cuenta!”.

En vez de eso inclinó su cabeza y se rió.

–Oh, ya veo. ¡Se supone que me tengo que asustar! Pero aún así, el único semidiós que me ha vencido fue el mismísimo Hércules.

Me giré a Annabeth y moví mi cabeza en gesto de exasperación.

–Siempre es Hércules, ¿por qué siempre Hércules?

Annabeth se encogió de hombros.



–Gozaba de buena publicidad.

El gigante seguía pavoneándose.

–¡Durante siglos, fui el terror de Italia! Robaba muchas vacas, más que ningún otro gigante. Las madres asustaban a sus hijos diciéndoles que si no se dormían, Caco vendría y los robaría junto a su rebaño.

–Aterrador–dijo Annabeth.

El gigante sonrió.

–¡Lo sé! Así que será mejor que os rindáis, semidioses. ¡Nunca conseguiréis el caduceo! ¡Tengo planes para él!

Alzó su mano y el bastón de Hermes apareció en su puño. Lo había visto muchas veces anteriormente, pero aún así me recorrió un escalofrío. Las cosas de los dioses irradiaban poder. El caduceo estaba hecho de fina madera blanca y medía como metro y medio y en la punta tenía una esfera de plata y alas de paloma que aleteaban con nerviosidad. Enlazaras alrededor del bastón habían dos serpientes vivas y muy agitadas.

–¡Percy! –dijo una vez reptil en mi mente–. ¡Gracias a los dioses!

Otra voz de serpiente, más profunda y grave dijo:

–Sí, no me han dado de comer durante horas.

–Martha, George–dije–. ¿Estáis bien, chicos?

–Lo estaré si consigo algo de comer–se quejó George–. Hay algunas ratas bastante interesantes aquí abajo, ¿puedes conseguirnos algunas?

–¡George, basta! –le riñó Martha–. Tenemos problemas peores. ¡El gigante quiere quedársenos!

Caco miró a las serpientes y a mí intermitentemente.

–Espera... ¿puedes hablar con las serpientes, Percy Jackson? ¡Eso es genial! Pero será mejor que les digas que cooperen. Soy su nuevo maestro, y sólo serán alimentadas cuando comiencen a acatar órdenes.

–¡Qué carácter! –se quejó Martha–. Dile a este zoquete pelirrojo que...

–Esperad–interrumpió Annabeth–. Caco, las serpientes nunca te obedecerán. Sólo trabajan para Hermes. Ya que no puedes usar el bastón, no te sirve para nada. Si lo devuelves ahora, haremos como si no hubiera pasado nada.

–Buena idea–dije.

El gigante gruñó.

–Oh, ya descubriré los poderes del caduceo, niña. ¡Ya haré que estas serpientes colaboren!

Caco sacudió el caduceo. George y Martha se removieron y sisearon, pero parecían estar pegados al caduceo. Sabía que el caduceo se podía volver en un montón de cosas útiles como una espada, un teléfono móvil o un escáner de precios para unas compras ahorradoras. Y una vez George había mencionado algo raro sobre “un modo láser”. No sabía si quería que Caco descubriera aquella característica.

Finalmente el gigante gruñó, frustrado. Golpeó el bastón contra una vaca y de inmediato, la vaca se convirtió en piedra. Una ola de petrificación se extendió por la hilera de vacas hasta que todas estuvieron convertidas en piedra. Media docena de vacas de granito se rompieron en pedazos.

–Vaya, esto es interesante–dijo Caco.

–Oh-oh–Annabeth dio un paso atrás.

El gigante apuntó el caduceo en nuestra dirección.

–¡Sí! Muy pronto dominaré esta cosa y seré tan poderoso como Hermes. ¡Seré capaz de ir a cualquier lugar! ¡Podré robar todo lo que quiera y hacer imitaciones de alta calidad, y venderlas alrededor de todo el mundo! ¡Seré el señor de los comerciantes!

–Eso–dije–, es muy malvado.

–¡JAJAJA! –Caco alzó el caduceo, triunfal–. ¡Tenía mis dudas, pero ahora estoy convencido! ¡Robar este bastón ha sido una gran idea! Ahora veamos cómo se puede matar con esta cosa.

–Espera–dijo Annabeth–. ¿Has dicho que no fue idea tuya robar el caduceo?

–¡Matadles! –ordenó Caco a las serpientes. Apuntó el caduceo hacia nuestra dirección, pero la punta de plata sólo producía hojas de papel. Annabeth cogió una y leyó:

–Nos estás intentando matar con cupones grupales–anunció–. Ochenta y cinco por ciento de descuento en clases de piano.

–¡BAH! –Caco miró a las serpientes y dejó escapar una llamarada de advertencia por encima de sus cabezas–. ¡Obedcedme!

George y Martha se retorcieron, alarmados.

–¡Basta! –dijo Martha.

–¡Somos de sangre fría! –protestó George–. ¡El fuego no es bueno!

–Eh, Caco–grité, intentando recobrar su atención–. Responde a nuestra pregunta. ¿Quién te dijo de robar el caduceo?

El gigante resopló.

–Estúpido semidiós. ¿Cuando venciste a Cronos, creíste que habías eliminado a todos los enemigos de los dioses? Sólo retrasaste la caída del Olimpo durante un tiempo. sin el caduceo, Hermes será incapaz de llevar sus mensajes. Con las líneas de comunicación olímpicas interrumpidas, podrá comenzar el caos que tienen mis amiguitos planeado.

–¿Tus amiguitos? –preguntó Annabeth.

Caco le quitó importancia.

–No importa. No viviréis lo suficiente, y yo estoy metido en ello solo por el dinero. ¡Con este bastón, ganaré millones! ¡Quizá incluso cientos! Ahora, quedáos ahí. Quizá pueda conseguir un buen precio en un par de estatuas de semidioses.

No me acababa de acostumbrar a amenazas como aquella. Ya había tenido bastante con, años atrás, la de Medusa. No tenía ganas de combatir contra aquel tipo, pero también sabía que no podía dejar a George y Martha a su merced. Además, el mundo ya tenía bastantes comerciantes. Nadie merecía abrir su puerta y encontrarse con aquél gigante escupecuegos con un bastón mágico y una colección de Rolexs falsos.

Miré a Annabeth.

–¿Hora de luchar?

Me lanzó una sonrisa dulce.

–Es la cosa más inteligente que has dicho en toda la mañana.

Probablemente estaréis pensando: Espera, ¿atacar sin tener un plan? Pero Annabeth y yo habíamos luchado durante años: conocíamos las habilidades del otro. Podíamos anticiparnos a los movimientos del otro. Quizá me sintiera un poco incómodo y nervioso al ser su novio, ¿pero luchar con ella? Eso me salía de dentro. Eh... bueno, eso ha sonado mal. Bueno, da igual.

Annabeth corrió hacia la izquierda del gigante. Yo atacé por la delantera. Aún estaba lejos del alcance de mi espada cuando Caco serró sus dientes y escupió fuego.

Mi nuevo descubrimiento asombroso: escupir fuego da calor. Me las arreglé para esquivarlo por un lado, pero sentí cómo mis brazos se calentaban y mi ropa comenzaba a arder. Hice la croqueta por el suelo para apagar las llamas y golpeé una percha llena de abrigo de mujer. El gigante rugió:

–¡Mira qué has hecho! ¡Todos esos Prada falsos genuinos!

Annabeth usó mi distracción para atacar. Atacó a Caco por detrás y le clavó su cuchillo por detrás de la rodilla, normalmente un punto débil de varios monstruos. Ella retrocedió mientras Caco zarandeaba el caduceo, esquivándolo a penas. La punta de plata chocó contra el bulldozer, y la máquina entera se convirtió en piedra.

–¡Te mataré! –rugió Caco, con icor dorado saliéndole de su rodilla herida. Escupió fuego hacia Annabeth, pero ella esquivó la llamarada. Levanté a Contracorriente y clavé mi espada en la otra pierna del gigante. ¿Creéis que eso debería haber bastado, verdad?

Pues no. Caco gritó de dolor. Se giró a una velocidad asombrosa, golpeándome con el reverso de una de sus manos y salí volando hasta chocar contra un montón de vacas de piedra rotas. Mi vista se volvió borrosa. Annabeth gritó:

–¡Percy! –pero su voz sonaba como si estuviera bajo el agua.

–¡MUÉVETE! –la voz de Martha me habló en la mente–. ¡Está a punto de atacar!

–Gira hacia la izquierda–dijo George, lo que fue una de las sugerencias más útiles que había hecho alguna vez. Giré hacia la izquierda mientras el caduceo chocaba contra el montón de piedras en el que había estado tumbado. Oí un CLANG y el gigante gritó:

–¡AAAAAGH!

Me puse de pie. Annabeth acababa de golpear su escudo contra la espalda del gigante. Ser un experto en ser expulsado de clase, después de haber sido sacado de varias academias militares donde creían que remar era bueno para tu alma, para darse cuenta de cómo se siente al ser golpeado con una gran superficie lisa, y mi estómago se revolvió en solidaridad.

Caco se giró, pero antes de Annabeth pudiera esquivarle de nuevo, le quitó el escudo con la mano. Doblegó el bronce celestial como si estuviera hecho de papel y lo lanzó por encima de su hombro. Demasiado para aquél objeto mágico.

–¡Suficiente! –Caco apuntó el caduceo hacia Annabeth.

Me seguía sintiendo mareado, mi columna parecía como si hubiera vuelto a aquella noche en el Palacio de Camas de Agua de Crusty, pero me tambaleé hacia adelante, centrado en ayudar a Annabeth. Antes de que pudiera alcanzarla, el caduceo cambió de forma. Se convirtió en un móvil y sonó la canción de la Macarena. George y Martha, ahora del tamaño de unos gusanitos, rodeaban la pantalla del móvil.

–Esta es buena–dijo George.

–Bailamos esto en nuestra boda–dijo Martha–, ¿te acuerdas, cariño?

–¡Estúpidas serpientes! –Caco zarandeó el móvil con violencia.

–¡AGH! –gritó Martha.

–¡Ayúdame! –la voz de George vaciló–. Debo obedecer... al albornoz... rojo...

El teléfono volvió a la forma de bastón.

–¡Ahora, comportaos! –les advirtió Caco a las serpientes–. U os convertiré en un bolso Gucci de imitación.

Annabeth corrió a mi lado. Ambos alcanzamos la escalerilla.

–Nuestra estrategia no está funcionando–advirtió. Respiraba fuertemente. La manga izquierda de su camiseta seguía humeando pero aún así, parecía estar bien–. ¿Alguna sugerencia?

Mis oídos pitaban. Su voz seguía sonando como si estuviera bajo el agua. Espera... bajo el agua. Miré hacia el túnel: todas aquellas tuberías rotas plagaban las paredes: tuberías de agua, conductos de desagüe. Al ser el hijo del dios del mar, algunas veces podía controlar el agua, me pregunté si...

–¡No me gustáis! –gritó Caco. Corrió hacia nosotros mientras el humo le salía de los agujeros de la nariz–. ¡Es hora de acabar con esto!

–¡Espera! –le dije a Annabeth. Agarré con mi mano libre su muñeca. Me concentré en encontrar agua a nuestro alrededor. No fue difícil. Sentí una peligrosa cantidad de presión por entre los circuitos de la ciudad y la convoqué hacia aquellas tuberías rotas. Caco se alzó ante nosotros, con su boca brillando como un horno crematorio.

–¿Últimas palabras, semidiosos?

–Mira hacia arriba–le dije. Y fue lo que hizo.

Nota mental: cuando provoques que todo el sistema de desagües de Manhattan explote, no estés tú debajo de él.

La caverna entera se derrumbó mientras cientos de tuberías de agua explotaban a nuestro alrededor. Y un agua no demasiado limpia golpeó a Caco en la cara. Aparté a Annabeth del camino y nos lancé contra el borde del torrente, llevando a Annabeth conmigo.

–¿Qué estás...?–hizo un sonido ahogado–. ¡AAAAH!

Nunca lo había intentado antes, pero me llevé a mí mismo hacia arriba como un salmón, saltando de corriente en corriente mientras el agua cubría la caverna. Si alguna vez has intentado correr por una pendiente mojada, era una experiencia parecida, excepto por un ángulo de noventa grados y que no había ninguna pendiente, sólo agua.

Por debajo de nosotros oí a Caco gritar mientras millones, incluso quizá cientos de toneladas de agua sucísima chocaba contra él. Mientras tanto Annabeth alternaba gritarme con golpearme mientras tenía arcadas o me llamaba cosas bonitas como:

–¡IDIOTA! ¡ESTÚPIDO! ¡MALDITO IMBÉCIL TARADO! – que finalizó con un –. ¡TE MATARÉ!



Finalmente salimos disparados de un géiser asqueroso y aterrizamos a salvo en la acera. Los viandantes y los policías retrocedieron, gritando alarmados en nuestra versión de desagüe del géiser Old Faithful. Los frenos chirriaron y los motores de los coches rugieron mientras los conductores se detenían a observar el caos. Me mantuve seco, un truco bastante útil, pero seguía oliendo bastante mal. Annabeth tenía algodones de botiquín en el pelo y el envoltorio de un caramelo pegado en la cara.

–Eso–dijo–, ha sido horrible.

–Míralo por el lado bueno–dije–, estamos vivos.

–¡Sin el caduceo!

Me quedé de piedra. Sí... un detalle sin importancia. Quizá el gigante se habría ahogado. Entonces se habría disuelto y habría vuelto al Tártaro igual que todos los monstruos vencidos, y entonces podríamos ir a recoger el caduceo. Aquello sonaba demasiado razonable.

El géiser se apagó, seguido por un horrendo sonido de agua yéndose por el túnel, como si alguien en el Olimpo hubiera tirado de la cadena del lavabo divino.

Entonces una voz grave distante me habló en la mente.

–Qué asco–dijo George–. Incluso para mí que como ratas, ha sido asqueroso.

–¡Allá vamos! –advirtió Martha–. ¡Oh, no! Creo que el gigante ha sabido cómo...

Una explosión golpeó la calle. Un rayo de luz azul salió del túnel, dando de pleno en el lado de un edificio de oficinas con las paredes de cristal, derritiendo las ventanas y vaporizando el pavimento. El gigante salió del hueco, con su albornoz humeando y su cara llena de limo.

No parecía demasiado contento. En sus manos, el caduceo se había convertido en un bazoka con serpientes alrededor del cuerpo principal con una luz azul brillante e inquietante.

–Vale–dijo Annabeth, sin ánimos–. ¿Eso qué es?

–Eso–supuse–, debe de ser el modo láser.

A todos aquellos a los que viváis en el Distrito Meatpacking, mis disculpas. Por todo el humo, los escombros y el caos, probablemente ahora lo llaméis el Distrito Packing [5], dado que lo dejamos tan destrozado que muchos os tuvisteis que mudar. Aún así, me sorprende que no hiciéramos más daños de los que hicimos. Annabeth y yo corrimos a escondernos mientras otro láser atravesaba la calle. Trozos de asfalto volaban por los aires como confeti.

Detrás de nosotros, Caco gritaba:

–¡Habéis destrozado mis Rólexs falsos! ¡No son a prueba de agua! ¡Moriréis por ello!

Seguimos corriendo. Esperaba alejar a aquel monstruo de los inocentes mortales, pero era difícil de hacerlo en el centro de Nueva York. El tráfico se arremolinaba en las calles. Los viandantes gritaban y corrían en todas direcciones. Los dos oficiales de policía que había visto antes no se veían por ninguna parte, quizá se habían largado con el géiser.

–¡El parque! –Annabeth señaló a las vías elevadas del High Line–. Si podemos sacarle del nivel de la calle...

¡BUM! El láser atravesó un carrito de comida ambulante cercano. El vendedor salió corriendo por la calle aún sujetando un kebab de shish en la mano.

Annabeth y yo corrimos hacia las escaleras del parque. Las alarmas sonaban a nuestro alrededor, pero no queríamos más policía envuelta en aquello. La ley mortal complicaría las cosas aún más y a pesar de la Niebla, la policía creería que Annabeth y yo seríamos el problema. Nunca puedes saberlo.

Subimos hasta el parque. Intenté orientarme. Bajo otras circunstancias, habríamos disfrutado de la vista del brillante río Hudson y de los tejados del barrio a nuestro alrededor. El tiempo era bueno y las matas de flores del parque brillaban con muchos colores.

El High Line estaba vacío, aún así (quizá sería porque era un día laborable o porque los visitantes habían sido listos y habían huido cuando habían oído las explosiones). En algún lugar por debajo de nosotros, Caco rugía, maldiciendo y ofreciendo a los aterrorizados mortales descuentos en unos Rolex un tanto destrozados. Supuse que teníamos escasos segundos antes de que nos encontrara. Observé el parque, esperando encontrar algo que nos ayudara. Todo lo que vi fueron bancos, paseos y muchas plantas. Deseé haber traído a un hijo de Deméter con nosotros. Quizá pudiera haber hecho crecer viñas de la nada o convertir flores en estrellas ninja. De hecho, nunca había visto a un hijo de Deméter hacer aquello, pero habría estado guay.

Miré a Annabeth.

–Es tu turno para tener una idea brillante.

–Estoy en ello–estaba preciosa cuando combatía. Sabía que era algo loco para decir en aquél momento, sobre todo después de haber subido por una cascada de aguas fecales, pero sus ojos grises brillaban cuando luchaba por su vida. Su cara brillaba como la de una diosa y creedme, he visto varias diosas. La forma en la que las cuentas del Campamento Mestizo rodeaban su cuello... Vale, perdón. Me he distraído un poco.

Annabeth señaló:

–¡¡Allí!!

A unos metros de nosotros, las viejas vías del tren se bifurcaban y formaban una Y. El lado más corto de la Y era un punto sin salida, una parte del parque que aún no había estado construida. Montones de estiércol para plantar y plantas por plantar descansaban cerca de las vías. Saliendo por encima del borde de la plataforma de las vías había el brazo de una grúa que debía de estar colocada en el nivel del suelo. Por encima de nosotros, una gran garra de metal colgaba del brazo de la grúa: probablemente había estado usada para cargar con todo aquel material de jardinería.

De repente entendí lo que estaba planeando Annabeth, y me sentí como si intentara tragar arena.

—No—dije—. Es demasiado peligroso.

Annabeth levantó una ceja.

—Percy, sabes que se me dan genial los juegos de agarrar cosas con las garras.

Aquello era cierto, la había llevado a los recreativos de Coney Island y habíamos vuelto con un montón de peluches de animalitos. Pero aquella grúa era gigantesca.

—No te preocupes—me prometió—. He supervisado material más grande en el Monte Olimpo.

Mi novia: estudiante de sobresaliente universitaria, semidiosa y ah, sí, arquitecta en cabeza que se encargaba de rediseñar el palacio de los dioses en el Monte Olimpo durante su tiempo libre.

—¿Pero podrás usarla? —pregunté.

—Será como gatear. Simplemente tienes que atraerlo hasta aquí. Mantenle ocupado mientras hasta que le agarre.

–¿Y entonces qué?

Sonrió de una manera que me hizo agradecer no ser el gigante.

–Ya verás. Si pudieras agarrar el caduceo mientras está distraído, sería genial.

–¿Nada más? –pregunté–. ¿No te gustaría unas patatas fritas y una bebida?

–Cállate, Percy.

–¡MUERTE! –Caco irrumpió en las escaleras y llegó al High Line. Nos vio y avanzó pesadamente hacia nosotros, con una sonrisa de fijación.

Annabeth corrió. Llegó a la grúa y escaló por el techo de ésta, bajando por el brazo como si fuera la rama de un árbol. Desapareció de mi vista.

Alcé mi espada y me enfrenté al gigante. Su albornoz de seda rojo estaba hecho jirones. Había perdido sus zapatillas. Su pelo pelirrojo estaba aplastado contra su cabeza como un gorro de ducha grasiento. Me apuntó con su bazoka refulgente.

–George, Martha–les llamé, esperando que me oyeran–. Por favor, salid del modo láser.

–¡Eso intentamos, cielo! –dijo Martha.

–Me duele la barriga–dijo George–. Creo que tengo la barriguita revuelta.

Retrocedí lentamente hacia las vías del tren, acercándome hacia la grúa. Caco me siguió. Ahora que me tenía atrapado, no parecía tener prisa por matarme. Se paró a unos metros

de mí, justo debajo de la sombra del gancho de la grúa. Intenté parecer arrinconado y asustado. No fue difícil.

–Así que...–gruñó Caco–. ¿Últimas palabras?

–Ayuda–dije–. ¡Retruécanos! Y eso. Dolor. ¿Cómo era? Ah, sí. Que Hermes es mucho mejor comerciante que tú.

–¡GAH! –Caco bajó su láser-caduceo.

La grúa no se movió. Aunque Annabeth pudiera encenderla, me preguntaba cómo podría apuntar desde debajo. Probablemente debería haber caído en aquello antes.

Caco pulsó el gatillo y de repente, el caduceo cambió de forma. El gigante intentó dispararme con una máquina que pasaba tarjetas de crédito, pero lo único que salió de ella fue un ticket de la compra.

–Oh, sí–gritó George–. ¡Punto para las serpientes!

–¡Maldito bastón! –Caco lanzó el caduceo, disgustado, lo que fue el momento que había estado esperando. Me lancé hacia él, agarré el caduceo y rodé por debajo de las piernas del gigante. Cuando me puse de pie, habíamos cambiado posiciones. Caco daba la espalda a la grúa. Su brazo estaba justo detrás de él y la garra perfectamente posicionada encima de su cabeza.

Por desgracia, la grúa seguía sin funcionar. Y Caco seguía queriéndome matar.

–Apagaste mi fuego con toda esa agua–gruñó–. ¡Ahora me robas el caduceo!

–Que tú robaste primero. –dije.

–No importa–Caco se incorporó–. Tú tampoco puedes usar el caduceo. Te mataré con mis manos desnudas.

La grúa se movió, lentamente y casi en silencio. Me di cuenta de que había espejos fijados por todo el lado del brazo, como retrovisores que guiaban al conductor. Y reflejados en uno de esos espejos, me miraban los ojos grises de Annabeth. La garra comenzó a abrirse y a bajar. Le sonreí al gigante.

–De hecho, Caco, tengo otra arma secreta.

Los ojos del gigante se encendieron.

–¿Otra arma? ¡La robaré! ¡La copiaré y venderé las imitaciones para sacar dinero! ¿Cuál es esa arma secreta?

–Se llama Annabeth–dijo–. Y es única en su especie.

La garra cayó, golpeando a Caco en la cabeza y noqueándole en el suelo. Mientras el gigante estaba atontado, la garra se cerró alrededor de su pecho y le levantó por los aires.

–¿Qué... qué es esto? –el gigante comenzó a recobrar el sentido a varios metros del suelo–. ¡BAJADME!

Se removió, inútilmente e intentó escupir fuego, pero sólo consiguió toser un poco de lodo.

Annabeth zarandeó el brazo de la grúa de un lado para otro, consiguiendo que el gigante maldijera y se quejara. Tuve miedo de que la grúa entera pudiera caerse, pero el control de Annabeth era perfecto. Zarandeó el brazo por última vez y abrió la garra cuando el gigante estaba a punto de tener una arcada.

–¡AAAAAAAAAAAAH! –el gigante salió volando por encima de los tejados, justo por encima del Chelsea Piers y cayó cerca del río Hudson.

–George, Martha–dije–. ¿Creéis que os podríais apañar para volveros en el modo láser una última vez, al menos por mí?

–Encantado–dijo George.

El caduceo se convirtió de nuevo en un inquietante bazooka de alta tecnología. Apunté hacia el gigante y grité:

–¡DISPAREN!

El caduceo tembló y expulsó una luz azul, y el gigante se desintegró en un bonito haz de luz azul.

–Eso–dijo George–, ha sido excelente. ¿Puedo tener ya una rata?

–Tengo que coincidir con George–dijo Martha–. Una rata sería genial.

–Os las habéis merecido–dije–. Pero primero tenemos que comprobar cómo está Annabeth.

Me encontré con ella en las escaleras del parque, sonriendo como una loca.

–¿No ha sido increíble? –me preguntó.



–Sí, lo ha sido–coincidió. Fue difícil besarnos de manera romántica estando cubiertos de aguas fecales, pero hicimos lo que pudimos. Cuando recobramos el aliento, dije:

–Ratas.

–¿Ratas? –preguntó.

–Para las serpientes–dije–. Y entonces...

–Oh, dioses–sacó su teléfono móvil para comprobar la hora–. Son casi las cinco.  
¡Tenemos que devolverle el caduceo a Hermes!

Las calles estaban llenas con vehículos de emergencias y accidentes de menor importancia, por lo que cogimos el metro. Además, el metro tenía ratas. Sin entrar en demasiados detalles, os puedo decir que George y Martha ayudaron con el problema de ratas en el metro. Mientras íbamos hacia el norte, rodearon el caduceo y dormitaron con el estómago lleno.

Encontramos a Hermes en la estatua de Atlas del Rockefeller Center (la estatua, por cierto, no se parece en nada al Atlas de verdad, pero eso es otra historia).

–¡Gracias al Destino! –gritó Hermes–. ¡Ya había perdido la esperanza!

Cogió el caduceo y dio golpecitos cariñosos en las cabezas de las serpientes.

–Ya está, ya está, amigos míos. Ya estáis en casa de nuevo.

–Zzzzz–roncó Martha.

–Delicioso–murmuró George en su sueño.

Hermes respiró aliviado.

–Gracias, Percy.

Annabeth se aclaró la garganta.

–Ah,sí–añadió el dios–, gracias a ti también, chica. ¡Me voy que tengo que repartir mis encargos! ¿Qué le ha pasado a Caco, por cierto?

Le contamos la historia. Cuando le conté que Caco había dicho algo de alguien dándole la idea de robar el caduceo, y sobre los otros enemigos de los dioses, la cara de Hermes se ensombreció.

–Caco quería cortar las comunicaciones de los dioses, ¿no? –murmuró Hermes–. Eso es irónico, teniendo en cuenta que Zeus ha estado amenazando con...

Su voz se quebró.

–¿Qué? –preguntó Annabeth–. ¿Zeus ha estado amenazando con hacer qué?

–Nada–dijo Hermes.

Era obviamente una mentira, pero había aprendido que era mejor no enfrentarse a los dioses cuando te mienten en la cara. Acababan convirtiéndote en pequeños y peludos mamíferos o plantas con hojas bonitas.

–Vale...–dije–. ¿Tienes alguna idea de lo que dijo Caco sobre otros enemigos, o quién querría robar tu caduceo?

Hermes se inquietó.

–Oh, podría ser un gran número de enemigos. Los dioses tenemos muchos.

–Difícil de creer–dijo Annabeth.

Hermes asintió. Aparentemente no cogió el sarcasmo, o tenía otras cosas en mente. Tuve la sensación de que las advertencias del gigante nos atacarían tarde o temprano, pero Hermes obviamente no iba a querer asustarnos entonces. El dios se las apañó para sonreír.

–De cualquier forma, bien hecho, vosotros dos. Ahora me tengo que ir. Tengo demasiadas paradas...

–Aún queda lo de mi recompensa–le recordé.

Annabeth frunció el ceño.

–¿Qué recompensa?

–Es nuestro primer mes juntos–dije–, espero que no te hayas olvidado de ello.

Abrió la boca y la volvió a cerrar. No la dejaba sin palabras demasiado a menudo. Tenía que disfrutar aquellos momentos tan raros.

–Ah, sí, tu recompensa–Hermes nos miró de arriba a abajo–. Creo que tendremos que comenzar por unas ropas nuevas. Los desagües de Manhattan no son algo que pegue muy bien con la gente. Entonces lo demás será fácil. El dios del viaje, a vuestro servicio.

–¿De qué está hablando? –preguntó Annabeth.

–Una pequeña sorpresa especial para cenar–dije–. Te lo prometí.

Hermes alzó sus manos.

–Decid adiós, George y Martha.

–Adiós, George y Martha. –dijo George, adormecido.

–Zzzzz–roncó Martha.

–Puede que no te vea durante un tiempo, Percy–advirtió Hermes–. Pero... bueno, disfruta de esta noche.

Sonó tan preocupado que me volví a preguntar de qué estaba hablando. Entonces hizo chasquear los dedos y el mundo se disolvió a nuestro alrededor.

La mesa estaba puesta. El maitre nos colocó en nuestros asientos en el exterior de la terraza de un restaurante con las vistas de las luces de París y los barcos del río Sena. La torre Eiffel brillaba en la lejanía.

Yo vestía un traje. Esperé que alguien hiciera una fotografía, porque yo no llevaba trajes demasiado a menudo. Gracias a los dioses, Hermes había hecho todo. De otra manera, no podría haberme atado la corbata. Por suerte yo estaba bien, porque Annabeth estaba despampanante. Vestía un vestido sin mangas de color verde oscuro que le resaltaba su pelo rubio y su atlética y delgada figura. Su collar del campamento había sido sustituido

por un colgante de perlas grises que hacían juego con sus ojos. El camarero nos trajo pan recién horneado y queso, una botella de agua con gas para Annabeth y una coca cola con hielo para mí (porque soy un bárbaro). Cenamos un montón de cosas que no supe pronunciar, pero todo estaba genial. Había pasado como media hora cuando Annabeth salió del estado de shock y habló:

–Esto es increíble.

–Sólo lo mejor para ti–dije–. Y tú creíste que me había olvidado.

–Lo hiciste, Sesos de Alga–pero su sonrisa me dijo que no estaba enfadada–. Aunque bien jugado, estoy impresionada.

–Tengo mis momentos.

–Pues sí–me agarró la mano a través de la mesa. Su cara se volvió seria–. ¿Tienes idea por lo que Hermes actuaba tan nervioso? Tengo la sensación de que algo pasa en el Olimpo.

Negué con la cabeza. “Quizá no te vea en una temporada” había dicho el dios, como si me estuviera advirtiéndome de algo que iba a venir.

–Disfrutemos de esta noche–dije–. Hermes nos teletransportará de nuevo a medianoche.

–Es hora de un paseo por el río–sugirió Annabeth–. Y Percy... siéntete libre de comenzar a planear nuestro segundo mes juntos.

–Oh, dioses– tuve miedo sólo de pensarlo, pero también me sentí aliviado. Había sobrevivido a un mes de novios con Annabeth, por lo que supuse que no lo haría tan mal. De hecho, nunca había estado tan feliz. Si ella veía un futuro juntos, si quería seguir conmigo el mes que viene, entonces era lo suficientemente bueno como para que me hiciera feliz.

–¿Qué hay de ese paseo? –saqué la tarjeta de crédito que Hermes me había dejado en el bolsillo, una tarjeta negra metálica Olimpo Express, y la dejé sobre la mesa–. Quiero explorar París con una chica preciosa

---

[1] *El Great Lawn de Central Park es una gran extensión de hierba. Su nombre significa “Gran Prado”*

[2] *Bato es un pastor de la mitología romana que supo que Hermes había robado el rebaño de Apolo y aunque le prometió que no contaría nada, lo acabó haciendo y Hermes le convirtió en piedra.*

[3] *Es un juego de palabras, pues Caco en inglés es Cacus que se parece al nombre de la población, Secaucus.*

[4] *Meatpacking District es un barrio de Nueva York. Meatpacking significa “Industria Cárnica”*

[5] *El juego de palabras recae en que meatpacking significa, como he dicho antes, industria cárnica, pero sólo packing significa mudanza.*

#### 4. Entrevista con George y Martha, las serpientes de Hermes

*Es un gran honor hablar con vosotras. Sois bastante famosas, ya lo sabéis.*

George: Tienes razón, colega. Somos VIS, *very important serpientes*. Sin nosotros, el bastón de Hermes no sería más que una vieja y aburrida rama.

Martha: Shhhhh... puede estar oyéndonos. Hermes, si nos escuchas, creemos que eres genial.

George: Sí, estamos muy orgullosos de que nos escogieras, Hermes. Por favor no dejes de darnos de comer.

*¿Cómo es trabajar para Hermes?*

Martha: Trabajamos con Hermes, cielo. No para él.

George: Sí, pues porque nos cogió e hizo parte del caduceo no significa que le pertenezcamos. Somos sus acompañantes constantes y además, se aburriría sin nosotros. Y también parecería un tanto tonto sin el caduceo, ¿verdad?

*Sí, ¿qué hacéis mientras Hermes está repartiendo paquetes, actuando como patrón de viajeros y ladrones, y siendo el mensajero de los dioses?*

George: Bueno, no es que seamos inútiles, ya sabes. ¿Qué pasa que crees que simplemente nos colgamos del bastón y nos tostamos al sol durante todo el día?

Martha: George, amor, estás siendo maleducado.

George: Pero él debería saber que somos indispensables.

Martha: Lo que quiere decir George es que hacemos mucho por Hermes. Primero de todo, le damos apoyo moral, y me gusta creer que nuestra presencia endulza y ayuda a los jóvenes semidioses cuando Hermes está repartiendo noticias no demasiado alegres.

George: Hacemos cosas más guays que esta. Hermes puede usar el caduceo como bastón de rebaños, láser, teléfono móvil y cuando hace esto último, un servidor es la antena.

Martha: Y cuando reparte paquetes y los clientes tienen que firmar sus tickets, yo...

George: Ella es el bolígrafo, yo soy el bloc de notas.

Martha: George, no me interrumpas.

George: ¡Todo lo que digo es que Hermes no podría hacer nuestro trabajo sin nosotros!

*Móvil, bloc de notas, bolígrafo... suena como si tuvierais un montón de formas.*

George: ¿Has dicho ratas?

Martha: No, no, ha dicho formas. Porque hacéis muchas cosas, tenemos muchas formas, quiere decir.

George: Me encantan las ratas.

Martha: FORMAS, NO RATAS.

George: Toda esta charla me ha entrado hambre, vamos a por algo de comer.



## 5. Leo Valdez y la búsqueda de Buford

LEO LE ECHÓ LA CULPA AL WINDEX[1]. Debería de haberlo sabido. Ahora todo su proyecto, dos meses de trabajo, podrían literalmente salir volando en sus narices. Daba vueltas, enfadado, por el Bunker 9, maldiciéndose a sí mismo por ser tan estúpido, mientras sus amigos intentaban calmarle.

–Ya está–dijo Jason–. Podemos ayudarte.

–Dinos qué ha pasado–apremió Piper.

Gracias a los dioses que habían respondido a su llamada de angustia tan rápidamente. Leo no podía confiar en nadie más. Tener a sus mejores amigos de su lado le hacía sentirse mejor, aunque no estaba seguro de que pudieran detener el desastre.

Jason parecía igual de guay y confiado que siempre, parecía el mismo surfista rubio de ojos azules claros como el cielo de siempre. La cicatriz de su boca y la espada a su lado le daban una apariencia dura, como si pudiera sobrellevar cualquier cosa. Piper estaba a su lado con sus tejanos y su camiseta naranja del campamento. Su largo pelo castaño estaba trenzado por un lado. Su daga Katroptis brillaba en su cinturón. A pesar del momento, sus ojos multicolores brillaban como si intentara reprimir una sonrisa. Ahora que Jason y ella estaban oficialmente juntos, Piper actuaba así a menudo.

Leo dio una profunda respiración.

–Vale, chicos. Esto es serio. Buford se ha ido. Si no le traemos de vuelta, todo este lugar va a explotar.

Los ojos de Piper perdieron parte de su brillo.

–¿Explotar? Eh... vale. Ahora relájate y dinos quién es Buford.

Quizá no lo hiciera a propósito, pero Piper tenía aquél poder de los hijos de Afrodita que llamaban “hechizar con palabras” y aquello le hacía difícil de ignorar. Leo sintió sus músculos relajarse. Su mente se aclaró un poco.

–Bien–dijo–. Venid aquí.

Les llevó a través del suelo del hangar, con cuidado de esquivar algunos proyectos bastante peligrosos. En dos meses en el Campamento Mestizo, Leo se había pasado la mayor parte de su tiempo en el Bunker 9. Después de todo, él había descubierto aquél taller secreto. Ahora era como una segunda casa para él. Pero sabía que sus amigos se seguían sintiendo incómodos allí.

No podía culparle. Construido en la falda de un acantilado liso, en lo más profundo del bosque, el bunker tenía parte de depósito de armas, parte de taller mecánico y parte de bunker subterráneo con un poco de Área 51, al estilo alocado que le encantaba. Las hileras de bancos de trabajo se extendían por la oscuridad. Había armarios, armarios de almacenamiento de herramientas, jaulas llenas de equipos de soldaduras y un montón de material de construcción que confeccionaba un laberinto de pasillos tan extenso, que Leo sólo había explorado un diez por ciento del total. Por encima de sus cabezas había un montón de pasarelas y tubos neumáticos para el transporte de los productos además de una iluminación de alta tecnología y un sistema de sonido que Leo estaba aprendiendo a usar.

Un gran cartel mágico colgaba en el centro del suelo del taller. Leo había descubierto hacía nada cómo cambiar las letras, como el Jumbotron de Times Square, por lo que ahora el cartel decía: “¡Feliz Navidad! ¡Todos los regalos pertenecen a Leo!”

Condujo a sus amigos hasta el área central de montaje. Hacía décadas, el amigo metálico de Leo, el dragón de bronce Festus había sido creado allí. Ahora, Leo ensamblaba lentamente su orgullo y joya de la corona: el Argo II.

En aquel momento, no era demasiado espectacular. La quilla estaba allí tirada, hecha de bronce celestial, medía doscientos metros de proa a popa y tenía la forma de un gran arco de flechas. Los tabloncillos más bajos habían estado puestos en su lugar, listos para

ser colocados. El mástil de proa con la cabeza del dragón, la antigua cabeza de Festus, estaba cerca, envuelta con cuidado en terciopelo, esperando a ser instalada en su lugar honorífico.

La mayor parte del tiempo de Leo, la había gastado en el centro de la nave, en la base del casco, donde se construía un motor que haría correr el buque bélico. Se subió al andamio y se metió en el casco. Jason y Piper le siguieron:

—¿Veis? —dijo Leo.

Fijados a la quilla, los aparatos del motor parecían una jungla de gimnasios de alta tecnología hecho con tuberías, pistones, engranajes de bronce, discos mágicos, ventiladores de vapor, cables eléctricos y millones de otras piezas mágicas y mecánicas. Leo se deslizó dentro y señaló a la cámara de combustión.

Lo bonito era una esfera de bronce del tamaño de una pelota de baloncesto y su superficie llena de púas de cristal por lo que parecía una estrella brillante mecánica. Unos cables de oro salían de los extremos de los cilindros, conectándose con distintas partes del motor. Cada cilindro estaba lleno de una distinta sustancia mágica y altamente peligrosa. La esfera central tenía un reloj digital que leía 66:21. El panel de mantenimiento estaba abierto. En su interior, el núcleo estaba vacío.

—Ese el problema—anunció Leo.

Jason se rascó la cabeza.

—Eh... ¿a qué estamos mirando?

Leo creyó que era bastante obvio, pero Piper también parecía confundida.

—Vale—suspiró Leo—, ¿queréis la versión larga o corta?

–Corta–dijeron Piper y Jason al unísono. Leo señaló el núcleo vacío.

–El sincopador va aquí. Es una válvula giratoria de múltiples accesos para regular los fluidos. ¿Las docenas de tubos de cristal en su exterior? Están llenos de cosas poderosas y peligrosas. El rojo brillante de ahí es fuego de Lemnos de las forjas de mi padre. ¿Eso de ahí tan turbio? Esa agua es del río Estigio. Lo de los tubos le va a dar poder al barco, ¿vale? Como si fuera gasolina radioactiva en un reactor nuclear. Pero la mezcla tiene que estar controlada y el contador está funcionando.

Leo toqueteó el reloj digital, que ahora decía 65:15.

–Eso significa que sin el sincopador, esas cosas van a mezclarse de golpe en la misma cámara, en sesenta y cinco minutos. Entonces, tendremos una reacción bastante problemática.

Jason y Piper le miraban. Leo se preguntó si había estado hablando en inglés. Algunas veces cuando se ponía nervioso cambiaba al español, como hacía su madre en el taller. Pero estaba seguro de que había usado inglés.

–Eh...–Piper se aclaró la garganta–. ¿Podrías acortar la versión corta?

Leo se dio un golpe con la palma abierta en la frente.

–Bien. Una hora. Los fluidos se mezclarán. El bunker explotará. Una milla a la redonda de bosque se convertirá en un cráter humeante.

–Oh–dijo Piper en voz baja–. ¿Y no puedes apagarlo y ya está?

–Vaya, no había pensado en ello–dijo Leo–. Déjame ver si está el interruptor en algún lug... No, Piper. No se puede apagar así como así. Es una pieza delicada de mecánica.

Todo ha sido ensamblado en un orden determinado en un determinado momento. Una vez la cámara de combustión esté encendida, como ahora, no puedes dejar todos estos tubos estén aquí. El motor tiene que ponerse en funcionamiento. El reloj de la cuenta atrás ha comenzado automáticamente y he tenido que instalar el sincopador antes de que el nivel de gasoil se quede en estado crítico. Lo que sería genial si no fuera porque... he perdido el sincopador.

Jason se encogió de hombros.

—Lo has perdido. ¿No tienes uno de repuesto? ¿No puedes sacar uno de tu cinturón de herramientas?

Leo negó con la cabeza. Su cinturón de herramientas mágico producía un montón de cosas geniales. Cualquier herramienta normal: martillos, destornilladores, cortapernos, cualquier cosa, Leo podía sacar de sus bolsillos casi cualquier cosa que pudiera pensar. Pero el cinturón no fabricaba aparatos complejos u objetos mágicos.

—El sincopador me llevó una semana para hacerlo—dijo—. Y sí, hice una copia. Siempre la hago. Pero también la he perdido. Estaban ambas en los cajones de Buford.

—¿Quién es Buford? —preguntó Piper—. ¿Y por qué guardas sincopadores en sus cajones?

Leo puso los ojos en blanco.

—Buford es una mesa.

—Una mesa—repitió Jason—. Llamada Buford.

—Sí, una mesa— Leo se preguntó si sus amigos estaban perdiendo el oído—. Una mesa mágica andante, con la base de caoba y bronce y tres piernas móviles. Le salvé de uno de los armarios de almacenes y le di un uso. Es igual que las mesas que usa mi padre en su taller. Un ayudante increíble que lleva todas las partes importantes de mis máquinas.

–¿Y qué le ha pasado? –preguntó Piper.

Leo sintió un nudo en la garganta. La culpa era demasiada.

–Yo... descuidé. Le pulí con Windex, y... salió corriendo.

Jason parecía estar intentando resolver una ecuación.

–Vamos a ver si lo entiendo. Tu mesa ha salido corriendo... porque le has pulido con Windex.

–Lo sé, lo sé, soy un idiota–gimió Leo–. Un idiota brillante pero aún así, idiota. Buford odia ser pulido con Windex. Tiene que ser Lemon Pledge con una fórmula extra-hidratante. Yo estaba distraído. Creía que quizá por una vez no lo notara. Entonces me giré un segundo para instalar tubos de combustión, y cuando volví a ver a Buford...

Leo señaló hacia las puertas gigantescas del bunker.

–Se había ido, dejando una pequeña estela de aceite y tornillos que llevaba. Puede estar en cualquier lugar por ahora, ¡y tiene ambos sincopadores!

Piper miró su reloj digital.

–Así que... tenemos exactamente una hora para encontrar tu mesa fugitiva, traer de vuelta tu sinco...lo que sea, e instalarlo en el motor o el Argo II explota, destruye el Bunker Nueve y una gran parte del bosque.

–Básicamente–dijo Leo.

Jason frunció el ceño.

–Deberíamos alertar a los demás campistas. Quizá deberíamos evacuarles.

–¡No! –le interrumpió Leo–. Mira, la explosión no destruirá todo el campamento. Sólo los bosques. Estoy muy seguro de ello. Como un sesenta y cinco por ciento seguro.

–Bueno, eso es un alivio–murmuró Piper.

–Además–dijo Leo–. No tenemos tiempo y no... podemos decírselo a los demás. Si descubren lo mal que lo está todo...

Jason y Piper se miraron el uno al otro. El reloj marcó a 59:00.

–Vale–dijo Jason–. Pero tenemos que darnos prisa.

Mientras caminaban por los bosques, el sol comenzó a ponerse. El tiempo del campamento estaba controlado por arte de magia, por lo que no hacía frío ni nevaba como en el resto de Long Island, pero aún así Leo podía decir que estaban a finales de diciembre. A la sombra de los robles, el aire era frío y húmedo. El suelo cubierto de musgo se aplastaba bajo sus pies.

Leo tuvo la tentación de convocar el fuego con su mano. Había mejorado desde que había llegado al campamento, pero sabía que los espíritus de la naturaleza de los bosques no les haría ninguna gracia el fuego. No quería ser gritado por ninguna otra dríade.

Era nochebuena. Leo no podía creerse que estuvieran ya en esa época del año. Había estado trabajando tanto tiempo en el Bunker 9, que apenas se había dado cuenta de que las semanas pasaban. En otras situaciones, durante las vacaciones se las habría pasado

haciendo el tonto, haciendo travesuras a sus amigos, vistiéndose como Taco Claus (de invención propia), y dejando tacos de carne asada en los calcetines de la gente y sacos de dormir, o dejando caer ponche de huevo encima de las camisetas de sus amigos o cambiando las letras de los villancicos por otras más inapropiadas. Este año, estaba serio y trabajador. Cualquiera profesor se habría reído si Leo se hubiera descrito a sí mismo de aquella manera.

La cosa era que, a Leo nunca le había importado ningún proyecto de aquella manera. El Argo II tenía que estar listo en junio si querían comenzar su misión a tiempo. y mientras junio parecía estar muy lejos, Leo sabía que llegarían a tiempo por los pelos para la fecha límite. Sería su obra maestra.

Además, él quería que su mascarón de proa fuera instalado. Echaba de menos a su viejo amigo Festus, quien había sido literalmente destrozado y quemado en su última misión. Aunque Festus nunca fuera el mismo, Leo esperaba poder reactivar su cerebro usando los motores del barco. Si Leo pudiera darle una segunda vida a Festus, no se sentiría tan mal.

Pero nada de aquello sucedería si la cámara de combustión explotaba. Se acabaría el juego. Sin barco, sin Festus y sin misión. Leo no tendría a nadie a quien culparle sino era sí mismo. Odiaba de verdad a Windex.

Jason se arrodilló a la orilla de un arroyo. Señaló unas huellas en el lodo.

—¿Se parecen a las patas de una mesa?

—O a las de un mapache. —sugirió Leo.

—¿Sin dedos en los pies? —Jason frunció el ceño.

—¿Piper? —preguntó Leo—. ¿Qué piensas?



Ella suspiró:

—Sólo porque sea nativa americana no significa que sepa seguir el rastro de los muebles a través de la maleza—ella puso la voz grave—. Sí, kemosabe. Una mesa de tres piernas pasar por aquí una hora atrás. Eh, que no, que no lo sé.

—Tranquila, diva—dijo Leo.

Piper era medio Cherokee, medio diosa griega. Algunos días era difícil saber qué lado tenía más sensible.

—Probablemente sea una mesa—decidió Jason—. Lo que significa que Buford ha pasado por este arroyo.

De repente el agua burbujeó. Una chica con un vestido azul brillante se alzó de la superficie. Tenía el pelo verde y fibroso, los labios azules y la piel pálida, por lo que parecía haber sido víctima de un ahogamiento. Tenía los ojos abiertos con una expresión de alarma.

—¿Podrías hablar más fuerte? —susurró—. ¡Os oirán!

Leo parpadeó. Nunca se acababa de acostumbrar a aquello: los espíritus de la naturaleza apareciendo de la nada de los árboles, arroyos y lo que fuera.

—¿Eres una náyade? —preguntó.

—¡SH! ¡Nos van a matar! ¡Están a nuestro alrededor! —señaló detrás de ella, hacia los árboles al otro lado del arroyo. Por desgracia, en la dirección en la que Buford parecía haber ido.

–Vale–dijo Piper, amablemente, arrodillándose cerca del agua–. Te agradecemos tu advertencia. ¿Cómo te llamas?

La náyade parecía querer resistirse, pero la voz de Piper era difícil de ignorar.

–Brooke–dijo la chica azul a regañadientes.

–¿El arroyo Brooke? –preguntó Jason.

Piper se puso en pie.

–De acuerdo, Brooke. Soy Piper. No dejaremos que nadie te haga daño. Dinos quién te da miedo.

La cara de la náyade se volvió aún más nerviosa. El agua hervía a su alrededor.

–Mis primas locas. No podéis detenerlos. Os van a destrozar. ¡Ninguno de nosotros está a salvo! Ahora iros. ¡Tengo que esconderme!

Brooke se fundió con el agua.

Piper se quedó parada:

–¿Primas locas? –frunció el ceño a Jason–. ¿Tenéis alguna idea de lo que estaba hablando?

Jason negó con la cabeza.

–Quizá debamos bajar la voz.

Leo miró el arroyo. Intentaba averiguar qué era lo horrible que podría llegar a destrozar un espíritu de un río. ¿Cómo destrozabas el agua? Fuera lo que fuera, no quería encontrarse con ello.

Sin embargo, podía ver las huellas de Buford yendo hacia el lado opuesto del arroyo, pequeñas huellas cuadradas en el lodo, yendo hacia la dirección en la que la náyade les había advertido que no fueran.

–Tenemos que seguir las huellas, ¿verdad? –dijo, intentando convencerse a sí mismo–. Me refiero a que... somos héroes y todo eso. Podemos manejar lo que sea, ¿verdad?

Jason sacó su espada, una gladius al estilo romano con la hoja de oro imperial.

–Claro, por supuesto.

Piper desenfundó su daga. Miró la hoja como si esperara que Katoptris le enseñara alguna visión útil. Algunas veces la daga hacía eso, pero si vio algo importante, no lo comentó.

–Primas locas–murmuró ella–. Allá amos.

No intercambiaron más palabras mientras seguían las huellas de las mesas en la profundidad del bosque. Los pájaros callaban, los monstruos no aullaban. Era como si todas las criaturas vivientes de los bosques habían sido lo suficientemente listas como para huir.

Finalmente llegaron a un claro del tamaño del aparcamiento de un centro comercial. El cielo por encima de ellos estaba nublado y era gris. La hierba era de un amarillo seco, y el suelo estaba marcado con hoyos y zanjas como si alguien se hubiera vuelto loco y

hubiera estado usando maquinarias de construcción. En el centro del claro se alzaba un montón de piedras de diez metros de altura.

–Oh–dijo Piper–. Esto no es nada bueno.

–¿Por qué? –preguntó Leo.

–Trae mala suerte estar aquí–dijo Jason–. Este es el campo de batalla.

Leo frunció el ceño.

–¿Qué batalla?

Piper levantó las cejas.

–¿Cómo puedes no saberlo? Los otros campistas hablan de este lugar todo el rato.

–He estado un poco atareado–dijo Leo.

Intentó no sentirse un poco marginado por ello, pero se había perdido un montón de cosas normales en el campamento: los combates en trirreme, las carreras de carros, coquetear con las chicas... y aquello último había sido lo peor. Leo había tenido una incursión con las chicas más guapas del campamento, ya que Piper era la jefa de la cabaña de Afrodita, y él había estado atareado haciendo el barco. Qué triste.

–La Batalla del Laberinto–Piper seguía susurrando, pero le explicó a Leo que las piedras antes las llamaban Puño de Zeus, cuando se parecían a algo, y un gran ejército de monstruos había llegado a invadir el campamento. Los campistas ganaron, obviamente, ya que el campamento seguía allí, pero había sido una batalla muy dura. Varios semidioses habían muerto. El claro estaba considerado maldito.

–Genial–murmuró Leo–. Buford ha tenido que irse hacia la parte más peligrosa del bosque, no podía irse, por ejemplo, a la playa o a una hamburguesería.

–Hablando de ello...–Jason estudió el suelo–. ¿Cómo vamos a seguirle la pista? No hay ningún rastro por aquí.

A pesar de que Leo habría preferido quedarse al cobijo de los árboles, siguió a sus amigos al claro. Buscaron huellas de mesa, pero mientras llegaban al montón de rocas no encontraron nada. Leo se sacó un reloj del cinturón de herramientas y lo puso alrededor de su muñeca. Quedaban a penas cuarenta minutos antes del gran bum.

–Si tuviéramos más tiempo–dijo–, haría un aparato de seguimiento, pero...

–¿Tiene Buford una base redonda? –le interrumpió Piper–. ¿Con pequeños sobresalientes a cada lado?

Leo se la quedó mirando.

–¿Cómo lo has sabido?

–Porque está ahí mismo–señaló.

Pues sí, Buford se paseaba en el lado más alejado del claro, con un vapor saliéndole de los respiraderos. Mientras le observaban, desapareció por entre los árboles.

–Ha sido demasiado fácil–Jason comenzó a seguirle, pero Leo le detuvo.

El pelo de la nuca de Leo se erizó. No estaba seguro de por qué. Entonces se dio cuenta de que podía oír voces que venían a su izquierda, desde el bosque.

–¡Alguien viene! –y empujó a sus amigos detrás de unos arbustos.

Jason susurró:

–Leo...

–¡Shhh!

Una docena de chicas descalzas se adentraron en el claro. Eran adolescentes vestidas con vestidos que parecían túnicas de seda morada y roja. Su pelo estaba enmarañado con hojas, y la mayoría vestían coronas de laurel. Algunas llevaban unos bastones extraños que parecían antorchas. Las chicas reían y se balanceaban entre ellas, rodando por la hierba y bailando como si estuvieran mareadas. Eran todas guapísimas, pero Leo no tuvo la tentación de ligar con ellas.

Piper suspiró:

–Son solo ninfas, Leo.

Leo le hizo señas rápidas para que se quedara donde estaba. Le susurró:

–¡Primas locas!

Los ojos de Piper se abrieron de par en par.

Las ninfas se acercaron y Leo comenzó a darse cuenta de cosas extrañas en ellas. Sus bastones no eran antorchas. Eran ramas entrelazadas, cada una con la punta de una gran piña y algunas estaban entrelazadas con serpientes vivas. Las coronas de laurel de las chicas tampoco eran coronas, sino que su pelo estaba trenzado con pequeñas víboras.

Las chicas sonreían y reían y cantaban en griego antiguo mientras tropezaban por el claro. Parecían estar pasando un gran rato, pero sus voces estaban bañadas con un tipo de ferocidad salvaje. Si los leopardos pudieran cantar, Leo creyó que sonarían como aquello.

–¿Están bebidas? –susurró Jason.

Leo frunció el ceño. Las chicas actuaban así, pero creyó que había algo más. Se sintió aliviado de que aún no les hubieran visto. Las cosas se complicaron. En los bosques a su derecha, algo rugió. Los árboles crujieron, y un dragón griego irrumpió en el claro, parecía adormecido e irritado, como si el canto de las ninfas le hubiera despertado.

Leo había visto un montón de monstruos en los bosques. El campamento los mantenía allí para desafiar a los campistas. Pero aquél era más grande y daba más miedo que los demás. El dragón era del tamaño de un vagón de metro. No tenía alas, pero su boca brillaba y sus dientes eran tan afilados como cuchillas. Unas llamas le salían de las aletas de la nariz. Las escamas plateadas cubrían su cuerpo como una cadena pulida. Cuando el dragón vio a las ninfas, les rugió y lanzó llamas al cielo.

Las chicas parecieron no darse cuenta de ello. Seguían haciendo volteretas y riéndose y empujándose juguetonas las unas con las otras.

–Tenemos que ayudarles–susurró Piper–. ¡Van a morir!

–Espera–dijo Leo.

–Leo–dijo Jason–. Somos héroes, no podemos dejar que unas chicas inocentes...

–¡Espera! –insistió Leo. Algo le molestaba sobre aquellas chicas, una historia que recordaba a medias. Como jefe de la cabaña de Hefesto, Leo había hecho su trabajo leyendo sobre objetos mágicos, sólo en caso de que necesitara construir las algún día. Estaba seguro de que había leído algo sobre bastones de piñas enrollados en serpientes.

–Mirad.

Finalmente una de las chicas vio al dragón. Su expresión cambió a dulzura, como si acabara de ver a un cachorrito mono. Se tambaleó hacia el monstruo y las otras chicas la siguieron, riendo y cantando, lo que pareció confundir al dragón. Probablemente no estaba acostumbrado a unas reacciones tan alegres. Una ninfa de vestido color rojo sangre hizo una voltereta y aterrizó justo delante del dragón.

–¿Eres Dioniso? –preguntó, esperanzada.

Parecía una pregunta estúpida. La verdad es que Leo nunca había conocido a Dioniso, pero estaba seguro de que el dios del vino no era un dragón escupefuegos. El monstruo escupió fuego a los pies de la chica. Ella lo esquivó bailando. El dragón atacó y cogió su brazo con su mandíbula. Leo se estremeció, estando seguro de que el miembro de la chica sería amputado justo delante de sus ojos, pero ella se las arregló para liberarse, junto con unos cuantos dientes rotos de dragón. Su brazo estaba en perfectas condiciones. El dragón emitió un sonido que parecía algo entre un gruñido y un quejido.

–¡Pillín! –gritó la chica. Ella se giró hacia sus alegres compañeras:–¡No es Dioniso! ¡Debe unirse a nuestra fiesta!

Una docena de ninfas chillaron de placer y rodearon al monstruo. Piper contuvo la respiración.

–¿Por qué están...? Oh, dioses. No.

Leo no solía sentirlo por los monstruos, pero lo que pasó a continuación fue verdaderamente aterrador. Las chicas se lanzaron contra el dragón. Su risa alegre se convirtió en unas risotadas crueles. Le atacaron con sus bastones de piñas, con sus uñas que se convirtieron en garras y con sus dientes alargados hasta el tamaño de los colmillos de un lobo. El monstruo escupía fuego y se removía, intentando alejarse, pero las adolescentes eran demasiado para él. Las ninfas atacaron y arañaron hasta que el dragón se deshizo en polvo lentamente, mientras su espíritu volvía al Tártaro.



Jason hizo un sonido de atragantado. Leo había visto a su amigo en distintas situaciones, pero nunca había visto a Jason tan pálido como entonces. Piper se cubría los ojos, murmurando:

–Dioses, dioses, dioses, dioses.

Leo intentó evitar que su propia voz temblara.

–He leído sobre esas ninfas. Son seguidoras de Dioniso, no sé cómo se llaman...

–Ménades–murmuró Piper–. He oído hablar de ellas. Creía que sólo existían en la antigüedad. Iban a las fiestas de Dioniso. Cuando se emocionaban demasiado...

Señaló hacia el claro, no necesitó decir nada más. La náyade Brooke les había advertido. Sus primas locas convertían a sus víctimas en pedazos.

–Tenemos que salir de aquí–dijo Jason.

–¡Pero están entre Buford y nosotros! – susurró Leo–. Y sólo tenemos...–miró su reloj–, treinta minutos para instalar el sincopador.

–Quizá pueda llevarnos por los aires hasta Buford–Jason cerró sus ojos.

Leo sabía que Jason había controlado el aire antes, uno de las ventajas de ser supermeguay hijo de Zeus, pero esta vez, no sucedió nada. Jason negó con la cabeza.

–No sé... el aire parece estar agitado. Quizá esas ninfas lo estén controlando. Incluso los espíritus del viento parecen querer no acercarse.

Leo miró por dónde habían venido.

–Tenemos que volver al bosque. Si podemos rodear las ménades...

–Chicos–Piper chilló, alarmante.

Leo levantó la mirada. No se había dado cuenta de que las ménades se estaban acercando, paseándose por el claro en un absoluto silencio más aterrador que su risa. Bajaron por las rocas, sonriendo ampliamente, con las uñas de las manos y sus dientes de nuevo con su forma original. Las víboras coleaban a través de su pelo.

–¡Hola! –la chica con el vestido rojo-sangre sonrió a Leo–. ¿Es usted Dioniso?

Sólo había una respuesta posible a aquello.

–¡Sí! –gritó Leo–. Por supuesto, soy Dioniso.

Se levantó e intentó devolverle la sonrisa a la chica. La ninfa aplaudió, complacida.

–¡Maravilloso! ¡Mi señor Dioniso! ¿De verdad?

Jason y Piper se levantaron, con las armas listas pero Leo deseó que no tuvieran que luchar. Había visto lo rápido que se movían las ninfas. Si decidían volverse en el modo caníbal, Leo dudó de si él y sus amigos tuvieran alguna oportunidad.

Las ménades rieron, bailaron y se empujaron las unas a las otras. Algunas cayeron de las rocas y aterrizaron en el suelo. No les parecía molestar. Ella simplemente seguían levantándose y dando vueltas.

Piper dio un codazo a Leo en las costillas.

–Eh... señor Dioniso, ¿qué estás haciendo?

–Todo está guay–Leo miró a sus amigos como diciendo “Bueno, la verdad que no” –. Las ménades son mis asistentes. Me encantan.

Las ménades corearon y danzaron a su alrededor. Algunas produjeron cálices del aire y comenzaron a beber... lo que fuera que hubiera en su interior. La chica de rojo miró inquieta a Jason y a Piper.

–Señor Dioniso, ¿estos dos son sacrificios para nuestra fiesta? ¿Les hacemos pedazos?

–No, no–dijo Leo–. Es una gran oferta, pero ya sabéis, quizá debiéramos comenzar por algo más sencillo, como las presentaciones y esas cosas.

La chica entrecerró los ojos.

–Seguro que se acuerda de mí, señor. Soy Babette.

–Ah, claro–dijo Leo–. ¡Babette! Por supuesto.

–Y estas son Buffy, Muffy, Bambi, Candy...–Babette nombró un montón más de nombres que parecían mezclarse los unos con los otros. Leo miró a Piper, suponiendo que aquello fuera algún tipo de broma de Afrodita. Las ninfas pegarían bastante en la cabaña de Piper. Pero Piper parecía intentar no gritar. Eso quizá fuera porque había dos ménades toqueteando a Jason.

Babette se acercó a Leo. Oía a agujas de pino. Su pelo rizado negro ondeó encima de sus hombros y unas pecas poblaban su nariz. Un puñado de serpientes de coral serpenteaban por su frente. Los espíritus de la naturaleza acostumbraban a tener ese

tinte verdoso en su piel por la clorofila, pero aquellas ménades parecían tener Kool-Aid de cereza en vez de sangre. Sus ojos incluso eran sanguinarios. Sus labios eran más rojos de lo normal y su piel estaba llena de vello brillante.

–Ha escogido una forma muy interesante, mi señor–Babette inspeccionaba la cara de Leo y su pelo–. Joven. Mono, supongo. Aún así... escuálido y bajito.

–¿Escuálido y bajito? –a Leo se le ocurrieron un par de respuestas posibles–. Bueno, ya sabes. Me decanté por ser mono, más que nada.

Las otras ménades rodearon a Leo, sonriendo y asintiendo. Bajo otras circunstancias, ser rodeado de chicas guapas habría sido genial para Leo, pero no entonces. No podía olvidar cómo los dientes y las uñas de las ménades habían destrozado al dragón en pedazos.

–Así que, mi señor–Babette recorrió el brazo de Leo con sus dedos–. ¿Dónde ha estado? ¡Le hemos buscado durante tanto tiempo!

–¿Que dónde he estado, dices? –Leo pensó rápidamente. Sabía que Dioniso era el director del Campamento Mestizo antes de que Leo llegara. Entonces el dios había sido llamado al monte Olimpo para ayudar a tratar con los gigantes. ¿Pero dónde iba de fiesta Dioniso por aquél tiempo? Leo no tenía ni idea–. Oh, ya sabes. He estado haciendo... cosas de vino. Sí. Vino rojo, vino blanco y todos los tipos de vino. Me encanta el vino, he estado trabajando mucho...

–¡Trabajo! –la ménade Muffy se encogió, apretando sus manos contra sus orejas.

–¡Trabajo! –Buffy se mordió la lengua como si acabara de decir una palabra terrible.

Las otras ménades dejaron caer sus cálices y salieron corriendo, gritando:

–¡Trabajo! ¡Sacrilégio! ¡Matar al trabajo! –algunas comenzaron a sacar las garras. Otras comenzaron a golpearse las cabezas contra las piedras, algo que parecía doler más a las piedras que a las cabezas.

–¡Quiere decir estar de fiesta! –gritó Piper–. ¡De fiesta! El señor Dioniso ha estado ocupado yendo de fiesta por todo el mundo.

Poco a poco, las ménades comenzaron a calmarse.

–¿Fiesta? –preguntó Bambi, cautelosamente.

–¡Fiesta! –Candy suspiró, aliviada.

–¡Sí! –Leo se limpió el sudor de la frente. Le lanzó a Piper una mirada agradecida.

–Jaja. De fiesta. Sí. He estado ocupado yendo de fiesta.

Babette seguía sonriendo, pero no de forma amistosa. Fijó su mirada en Piper.

–¿Quién es ella, mi señor? ¿Una recluta para las ménades, quizá?

–Oh–dijo Leo–. Ella es mi... mi agente para fiestas.

–¡Fiesta! –gritó otra ménade, quizá fuera Trixie.

–Vaya lástima–las garras de Babette comenzaron a crecer–. No podemos dejar que los mortales sean testigos de nuestros rituales secretos.

–¡Pero podría ser una recluta! –dijo Piper rápidamente–. ¿Tenéis una página web? ¿Una lista de requisitos? Eh... ¿tendría que estar bebida continuamente?

–¿Bebida? –gritó Babette–. No seas tonta. Somos ménades menores de edad. No nos hemos graduado en el vino de momento. ¿Qué pensarían nuestros padres?

–¿Tenéis padres? –Jason se deshizo de las ménades que se fregaban contra él.

–¡No estamos bebidas! –gritó Candy. Dio una vuelta, mareada, y se cayó, dejando caer un líquido blanquecino de su cáliz.

Jason se aclaró la garganta.

–Entonces... ¿qué estáis bebiendo, chicas, si no es vino?

Babette rió.

–¡El brebaje de la temporada! ¡Contemplad el poder del tirso dionisíaco!

Clavó su bastón con la punta de piña en el suelo y un géiser blanco comenzó a borbotear.

–¡Ponche de huevo!

Las ménades corrieron para rellenar sus cálices.

–¡Feliz navidad! –gritó una.

–¡Fiesta! –dijo otra.

–¡Matemos a todo el mundo! –dijo una tercera.

Piper dio un paso atrás.

–¿Estáis borrachas con ponche de huevo?

–¡WIIII! –Buffy eructó ponche de huevo y le dio a Leo una sonrisa espumosa–. ¡Matemos cosas! ¡Con una chispa de nuez moscada!

Leo decidió no volver a beber ponche de huevo nunca más.

–Pero basta de hablar, mi señor–dijo Babette–. ¡Ha sido travieso, manteniéndose escondido! Te cambiaste el correo electrónico y el teléfono de móvil. Una puede creer que el gran Dioniso estaba intentando evitar a sus ménades...

Jason se quitó de encima a otra ménade.

–No podría imaginarme por qué el gran Dioniso haría eso.

Babette miró de arriba a abajo a Jason.

–Este de aquí es un sacrificio, por supuesto. Deberíamos comenzar nuestras fiestas después de hacerle pedazos. La planificadora de fiestas puede probarse a sí misma ayudándonos.

–O–dijo Leo–, podríamos comenzar con algunos entrantes. Salchichitas con queso fundido, taquitos, quizá algunos nachos. Y... esperad, ¡ya sé! Necesitaremos una mesa sobre la que ponerlo todo!

La sonrisa de Babette desapareció. Las serpientes sisearon alrededor de su tirso.

—¿Una mesa?

—¿Taquitos? —añadió Trixie, esperanzada.

—¡Sí, una mesa! —Leo chasqueó sus dedos y señaló a través del claro—. ¿Sabéis qué? Creo que he visto una yendo hacia allí. ¿Por qué no nos esperáis aquí, bebéis un poco de ponche de huevo o lo que sea, y mis amigos y yo iremos a por la mesa? ¡Volveremos en un segundo!

Comenzaron a moverse, pero dos de las ménades les hicieron retroceder. El golpe no parecía divertido. Los ojos de Babette se volvieron aún más rojos.

—¿Por qué está mi señor Dioniso interesado en el mobiliario? ¿Dónde está su leopardo? ¿Y su copa de vino?

Leo tragó saliva.

—Sí, claro, copa de vino, qué tonto soy—metió la mano en su cinturón de herramientas. Rezó para que sacara una copa de vino para él, aunque no fuera exactamente una herramienta. Agarró algo, lo sacó y se encontró sujetando una llave de cruceta.

—Eh, mirad esto—dijo débilmente—. Aquí hay un poco de magia divina, ¿verdad? ¿Qué es una fiesta sin una llave de cruceta?

Las ménades se le quedaron mirando. Algunas frunció el ceño. Otras bizquearon por el ponche de huevo. Jason dio un paso a un lado.



–Eh... Dioniso... quizá debiéramos hablar. Ya sabes, en privado. Ya sabes, sobre cosas de fiesta y tal.

–¡Volveremos en un momento! –anunció Piper–. Esperadnos aquí, chicas, ¿vale?

Su voz sonaba como eléctrica con su capacidad de hechizo, pero las ménades no parecían afectadas.

–No, os quedaréis–los ojos de Babette se fijaron en los de Leo–. No actúas como Dioniso. Aquellos que fallan en honrar al dios, aquellos que osan trabajar en vez de ir de fiesta, deben de ser destrozados. Y cualquiera que se atreva a imitar al dios, debe morir aún de forma más dolorosa.

–¡Vino! –gritó Leo–. ¿He mencionado lo mucho que me gusta el vino?

Babette no parecía estar convencida.

–Si eres el dios de las fiestas, sabrás el orden de nuestros rituales. ¡Pruébalo! ¡Guíanos!

Leo se sintió atrapado. Había estado una vez atrapado en lo alto del Pikes Peak[2], rodeado de una manada de hombres lobo. En otra ocasión se había quedado atrapado en una fábrica abandonada con una familia de cíclopes malvados. Pero aquello... estar en un claro junto con una docena de chicas guapas, era incluso peor.

–¡Claro! –su voz quebró–. Rituales. Comencemos por el Hokey Pokey[3]...

Trixie soltó una risotada.

–No, mi señor. El Hokey Pokey va segundo.

–Claro–dijo Leo–. Primero es el concurso de limbo, después el Hokey Pokey. Entonces, ponerle la cola al burro...

–¡Mal! –los ojos de Babette se volvieron más rojos. El Kool-Aid se enrojeció bajos sus venas, formando una telaraña de líneas rojas como hiedra bajo su piel–. La última oportunidad, y te daremos una pista. Comenzamos con el cántico bacanaliano. ¿Te acuerdas, verdad?

La lengua de Leo se sintió como si fuera de arena.

Piper pasó su brazo por encima del hombro de Leo.

–Por supuesto que se acuerda. –sus ojos decían: Corre.

Los nudillos de Jason estaban rojos con la presión mientras apretaba la empuñadura de su espada.

Leo odiaba cantar. Se aclaró la garganta y comenzó a tararear lo primero que se le vino a la cabeza, algo que había oído mientras trabajaba en el Argo II. Después de unas notas, Candy siseó.

–¡Ese no es el cántico bacanaliano! ¡Ese es el tema principal de la película Psicosis!

–¡Matad a los herejes! –gritó Babette.

Leo entendía una orden de huida cuando la oía. Uso un truco bastante útil. Rebuscó entre su cinturón de herramientas, sacó un bote de aceite y salpicó en arco delante de él, salpicando a las ménades. No quería herir a nadie, pero se recordó a sí mismo que aquellas chicas no eran humanas. Eran espíritus de la naturaleza a los que les encantaba destrozr cosas. Hizo fuego con sus manos y les lanzó una pared de llamas que engulló a las ninfas. Jason y Piper giraron en redondo y corrieron. Leo iba detrás de ellos.

Esperó oír a las ménades gritar, pero en vez de eso, las oyó reírse. Miró hacia atrás y vio a las ménades bailar a través de las llamas con sus pies descalzos. Sus vestidos humeaban, pero no les parecía importar. Caminaron por las llamas como si estuvieran atravesando el chorro de un aspersor.

–¡Gracias, hereje! –rió Babette–. Nuestro frenesí nos hace ser inmunes al fuego, pero hace cosquillas. Trixie, envía a los herejes un regalo dando las gracias.

Trixie se agachó junto a un montón de pedruscos. Cogió una roca del tamaño de una nevera y la levantó por encima de su cabeza.

–¡CORRED! –gritó Piper.

–¡ESTAMOS CORRIENDO! –gritó Jason.

–¡CORRED MÁS AÚN! –gritó Leo.

Llegaron al final del claro cuando una sombra pasó por encima de sus cabezas.

–¡A LA IZQUIERDA! –gritó Leo.

Se metieron en los árboles justo cuando el pedrusco pasó rozando a Leo y se estalló contra lo que convirtió en un montón de astillas y hojas. Se deslizaron por un barranco hasta que Leo perdió su equilibrio. Se estrelló contra Jason y Piper y acabaron rodando cuesta abajo como una gran bola de nieve de semidioses. Se estrellaron contra el riachuelo de Brooke, se ayudaron los unos a los otros a levantarse y se tambalearon hacia el bosque de nuevo. Detrás de ellos, Leo escuchó a las ménades reírse y gritar, llamando a Leo para que volviera y le pudieran hacer pedazos.

Por alguna razón, Leo no tuvo la tentación de hacerlo.

Jason les empujó detrás de un gran roble macizo, donde aguardaron sin aliento. El codo de Piper estaba tan arañado que tenía muy mal aspecto. La pierna izquierda del pantalón de Jason estaba casi rajada del todo, por lo que parecía que su pierna vistiera una capa tejana. De alguna manera, habían conseguido bajar de la colina sin matarse a sí mismos con sus propias armas, lo que era un milagro.

–¿Cómo las combatimos? –pidió Jason–. Son inmunes al fuego, son súper-fuertes.

–No las podemos matar–dijo Piper.

–Tiene que haber alguna manera–dijo Leo.

–No, no podemos matarlas. –dijo Piper–. Aquél que mata a una ménade es maldecido por Dioniso. ¿No habéis leído los antiguos mitos? Todos aquellos que matan a sus seguidoras, enloquecen o son transformados en animales o... bueno, algo malo les pasa.

–¿Peor que dejar que las ménades mismas nos hagan pedacitos? –preguntó Jason.

Piper no respondió. Su rostro estaba tan sudado que Leo decidió no pedir más detalles.

–Esto es genial–dijo Jason–. Así que tenemos que detenerlas sin que matarlas. ¿Alguien tiene un pedazo gigantesco de papel atrapa-polillas?

–Nos superan en número cuatro a uno–dijo Piper–. Además...–agarró la muñeca de Leo y le miró el reloj–. Tenemos veinte minutos hasta que el Búnker Nueve explote.

–Es imposible–resumió Jason.

–Estamos muertos–coincidió Piper.

Pero la mente de Leo le daba vueltas a toda velocidad. Sacaba lo mejor de sí en situaciones límite. Detener a las ménades sin matarlas... Búnker 9.... Papel atrapa-polillas... Una idea le vino de golpe como uno de sus artilugios locos, todos los engranajes y los pistones encajando juntos.

–Lo tengo–dijo–. Jason, tendrás que encontrar a Buford. Sabes por dónde ha ido. Rodea el claro y encuéntrale, entonces tráelo al búnker, ¡rápido! Una vez estés lejos de las ménades, quizá puedas controlar el aire. Entonces podrás volar.

Jason frunció el ceño.

–¿Y vosotros dos?

–Vamos a llevar a las ménades fuera de tu camino–dijo Leo–, directas al búnker 9.

Piper tosió.

–Perdón, ¿pero el búnker nueve no está a punto de explotar?

–Sí, pero si podemos meter a las ménades dentro, puedo hallar la forma de encargarme de ellas.

Jason parecía escéptico.

–Aunque pudieras, aún tengo que encontrar a Buford y traer de vuelta al sincopador en menos de veinte minutos o tú, Piper y una docena de ninfas locas saldréis volando por los aires.

–Confía en mí–dijo Leo–. Ah, y ahora son diecinueve minutos.

–Me encanta este plan–Piper se inclinó y besó a Jason–. En caso de que explote. Date prisa, por favor.

Jason ni siquiera respondió. Salió corriendo a los bosques.

–Vamos–le dijo Leo a Piper–. Invitemos a las ménades a mi Kelly.

Leo había jugado en los bosques previamente, en gran parte a capturar la bandera, pero aún así, la versión del Campamento Mestizo en pleno combate no era ni de lejos tan peligroso como correr de unas ménades. Piper y él volvieron sobre sus pasos bajo la tenue luz del sol. Podían ver su aliento con el frío. De vez en cuando, Leo gritaba:

–¡LA FIESTA POR AQUÍ! –para que las ménades supieran dónde estaban. Fue difícil, porque Leo tuvo que mantenerse lo suficientemente lejos como para evitar ser capturado, pero lo bastante cerca como para que no perdieran el rastro.

De vez en cuando, oían gritos asustados mientras las ménades se encargaban de algún monstruo o dríade desafortunados que se cruzaran en su camino. En una ocasión un grito que heló la sangre rasgó el silencio del bosque, seguido por el sonido como de un ejército de ardillas salvajes destrozando un árbol. Leo estaba tan asustado que a duras penas podía hacer que sus pies siguieran moviéndose. Se imaginó que alguna pobre dríade había quedado reducida a pedazos. Leo sabía que los espíritus de la naturaleza se reencarnaba, pero aún así, aquél grito fue una de las peores cosas que escuchó en su vida.

–¡Herejes! –gritaba Babette a través de los árboles–. ¡Venid y celebradlo con nosotros!

Sonaba mucho más cerca. Los instintos de Leo le decían que siguiera corriendo. Olvídate del búnker 9. Tal vez él y Piper pudieran salir de la zona de la explosión. Y entonces qué... ¿dejar que Jason muriera? ¿Dejar que las ménades explotaran para que Leo sufriera la maldición de Dioniso? Leo no tenía ni idea. ¿Qué pasaba si las ménades sobrevivían y seguían buscando a Dioniso? Tarde o temprano llegarían al campamento y

se encontrarían con los campistas... No, aquello no era una opción. Leo tenía que salvar a sus amigos. Aún podía salvar al Argo II.

–¡Por aquí! –gritó–. ¡Fiesta en mi casa!

Agarró la muñeca de Piper y corrió hacia el búnker. Podía oír a las ménades acercarse: pies descalzos sobre la hierba, ramas rotas, cálices de ponche de huevo chocando contra rocas.

–Casi hemos llegado–Piper señaló hacia los árboles. A unos cientos de metros se alzaba el acantilado de piedra lisa que marcaba la entrada del búnker 9.

El corazón de Leo parecía una cámara de combustión en situación crítica, pero llegaron al acantilado. Colocó su mano contra la superficie del acantilado y unas líneas ardientes recorrieron la piedra, haciendo lentamente la forma de una gigantesca puerta.

–Vamos, vamos, vamos–instó Leo.

Cometió el error de mirar atrás. A un tiro de piedra, la primera ménade apareció de entre el bosque. Sus ojos eran puro rojo. Sonreía con una boca llena de colmillos, entonces golpeó sus garras contra el tronco del árbol más cercano y éste se partió por la mitad. Unos tornados de hojas la rodearon como si incluso el aire hubiera enloquecido.

–¡Vamos, semidiós! –le llamó–. ¡Únete a mí en la fiesta!

Leo sabía que era una locura, pero sus palabras resonaron en sus orejas. Parte de él quería correr hacia ella. “Eh, chico”, se dijo a sí mismo, “regla de oro para los semidioses: no bailarás el Hokey Pokey con psicópatas”. Sin embargo, dio un paso hacia la ménade.

–Para, Leo–el hechizo de la voz de Piper le salvó, congelándole en su sitio–. Es la locura de Dioniso que te está afectando. No quieres morir.

Respiró entrecortadamente.

–Sí. Se están volviendo poderosas. Tenemos que darnos prisa.

Finalmente las puertas del búnker se abrieron. La ménade gruñó. Sus amigas emergieron de los árboles y, juntas, atacaron.

–¡Daos la vuelta! – Piper les llamó con su voz más persuasiva–. ¡Estamos a unos cincuenta metros detrás de vosotras!

Era una sugerencia ridícula, pero el hechizo de su voz funcionó. Las ménades se giraron y corrieron por dónde habían venido, entonces frenaron, confusas.

Leo y Piper entraron en el búnker corriendo.

–¿Cerramos la puerta? –preguntó Piper.

–No–dijo Leo–. Las queremos dentro.

–¿Ah, sí? ¿Cuál es el plan?

–¿Plan? –Leo intentó apartar la confusión de su cerebro.

Tenían treinta segundos, como mínimo, antes de que las ménades entraran. El motor del Argo II explotaría en, (miró su reloj), oh, dioses, doce minutos.

–¿Qué puedo hacer? –preguntó Piper–. Vamos, Leo.



Su mente comenzó a aclararse. Aquél era su territorio. No podía dejar que las ménades ganaran. De la mesa de trabajo más cercana, Leo cogió un mando de bronce con un único botón rojo. Se lo pasó a Piper.

–Necesito dos minutos. Sube a las pasarelas. Distrae a las ménades como acabas de hacer ahí fuera, ¿vale? Cuando te dé la orden, estés dónde estés, pulsa el botón. Pero no antes de que yo lo diga.

–¿Qué hace? –preguntó Piper.

–De momento nada. Tengo que montar la trampa.

–Dos minutos–Piper asintió, sonriente–. Tú puedes.

Corrió hacia la escalerilla más cercana y comenzó a subir mientras Leo corrió hacia los pasillos, agarrando cosas de las estanterías y de las cajas. Agarró partes de máquinas y cables. Lanzaba interruptores y activaba sensores de tiempo en los paneles de control internos del búnker. No pensaba en lo que estaba haciendo de la misma manera que un pianista no piensa en qué tecla pulsa cuando toca. Él simplemente “volaba” por el búnker, juntando piezas. Oyó a las ménades entrar en el búnker. Durante un segundo, se detuvieron, asombradas, ovacionando la gigantesca cueva llena de material brillante.

–¿Dónde estáis? –llamó Babette–. ¡Mi falso señor Dioniso! ¡Venga a festejar con nosotras!

Leo intentó ignorar su voz. Entonces oyó a Piper, en algún lugar de las pasarelas, en algún lugar por encima de ellas, gritando:

–¿Qué tal un baile de salón? ¡Girad a la izquierda!

Las ménades gritaron, confusas.

–¡Agarrad una pareja! –gritó Piper–. ¡Dadle vueltas!

Hubo más gritos y chillidos y unos sonidos sordos como si las ménades giraran sobre objetos metálicos pesados.

–¡Deteneos! –gritó Babette–. ¡No agarréis una pareja! ¡Agarrad a esa semidiosa!

Piper gritó unas cuantas órdenes más, pero parecía estar perdiendo su toque. Leo oyó pisadas por las pasarelas.

–¡Leo! –gritó Piper–. ¿Ya han pasado dos minutos?

–¡Un segundo! –Leo encontró lo último que necesitaba: una tela dorada brillante del tamaño de un edredón. Puso la tela metálica en el gancho neumático más cercano y accionó la manivela. Hecho: asumiendo que el plan funcionara. Corrió hacia el centro del búnker, justo delante del Argo II y gritó:

–¡EH! ¡Aquí estoy!

Sacudió sus brazos y sonrió.

–¡Vamos! ¡Venid a festejar conmigo!

Echó un vistazo rápido al contador del motor del barco. Seis minutos y medio. Al instante, deseó no haber mirado.

Las ménades bajaron de las pasarelas y comenzaron a rodearle, cautelosas. Leo cantaba y bailaba canciones de series de televisión aleatoriamente, esperando que eso les hiciera vacilar. Necesitaba a todas las ménades juntas antes de que activara la trampa.

–¡A que esta no os la sabéis! –dijo.

Las ménades gruñeron. Sus ojos rojo-sangre parecían enfadados y molestos. Sus serpientes siseaban. Sus tirsos brillaban con fuego morado. Babette fue la última en unirse al grupo. Cuando vio a Leo solo, desarmado y bailando, se rió, deleitándose.

–Eres inteligente al aceptar tu destino–dijo–. El verdadero Dioniso estaría contento.

–Sí, sobre eso–dijo Leo–. Creo que hay una razón por la que se cambió de número. Vosotras, chicas, no sois seguidoras. Son unas locas acosadoras rabiosas. No le habéis encontrado porque él no quiere que lo hagáis.

–¡Mentiras! –dijo Babette–. ¡Somos espíritus del dios del vino! ¡Está orgulloso de nosotras!

–Claro–dijo Leo–. También tengo algunos parientes alocados. No culpo al señor D.

–¡Matadle! –gruñó Babette.

–¡Esperad! –Leo levantó la mano–. Podéis matarme, pero queréis que esto sea una fiesta de verdad, ¿no es cierto?

Como esperaba, las ménades vacilaron.

–¿Fiesta? –preguntó Candy.

–¿Fiesta? –preguntó Buffy.

–¡Oh, sí! –Leo levantó la cabeza y gritó hacia las pasarelas–. ¿Piper? ¡Es hora de hacer girar la balanza!

Durante tres increíbles segundos, nada sucedió. Leo estaba de pie sonriendo a una docena de ninfas enloquecidas que querían reducirle a carne de semidiós picada.

Entonces el búnker entero cobró vida. Alrededor de las ménades, unas tuberías se alzaron del suelo y escupieron vapor púrpura. El sistema de tubos metálicos comenzó a escupir pedazos de metal que parecían confeti. El estandarte mágico brillaba por encima de ellos y se leía: ¡BIENVENIDAS, NINFAS PSICÓPATAS!

La música salió del sistema de audio del búnker: los Rolling Stones, el grupo preferido de la madre de Leo. Le gustaba escucharlos mientras trabajaba, le recordaba a los viejos tiempos cuando merodeaba por el taller de su madre.

Entonces el sistema de ganchos se puso en su lugar, dejando caer una bola de espejos que comenzó a descender justo encima de la cabeza de Leo.

En la pasarela justo encima, Piper miraba el caos que acababa de activar con tan solo presionar un botón y su boca se abrió formando una O. Incluso las ménades parecían estar impresionadas por la fiesta instantánea de Leo.

Si hubiera tenido un par más de minutos, Leo habría hecho algo mejor: un espectáculo de luces, pirotecnia, quizá algunos entrantes y una máquina de bebidas. Pero para ser un trabajo de dos minutos, no estaba mal. Unas pocas ménades comenzaron a bailar en parejas. Una hacía el Hokey Pokey.

Sólo Babette parecía inmune.

–¿Qué truco es este? –gritó–. ¡No haces una fiesta en honor a Dioniso!

–¿Ah, no? –Leo miró hacia arriba. La bola de espejos casi llegaba a su destino–. Aún no has visto mi truco final.

La bola se abrió. Un gancho salió de ella y Leo saltó hacia él.

–¡Atrapadle! –gritó Babette–. ¡Ménades, atacad!

Gracias a los dioses, tuvo problemas para llamar su atención. Piper comenzó a gritar instrucciones de baile de nuevo, confundiéndolas con sus extrañas órdenes.

–Girad a la izquierda, a la derecha, golpeaos las cabezas, sentaos, levantaos, haced las muertas.

La polea alzó a Leo por el aire mientras las ménades bailaban debajo de él, formando un extraño grupo en movimiento. Babette se abalanzó sobre él. Sus garras esquivaron sus pies por unos milímetros.

–¡Ahora! –se murmuró a sí mismo, rezando para que su temporizador estuviera ajustado correctamente.

¡BLAM! El tubo neumático más cercano lanzó una cortina de malla de oro por encima de las ménades, cubriéndolas como si fuera un paracaídas. Un disparo perfecto.

Las ménades se revolieron dentro de la red. Intentaron sacársela de encima, cortando las cuerdas con sus dientes y sus garras, pero mientras golpeaban y pataleaban y se removían, la red cambió de forma a una jaula de oro brillante. Leo sonrió.

–Piper, ¡pulsa el botón de nuevo!

Lo hizo. La música se detuvo y la fiesta finalizó.

Leo aterrizó en la parte superior de su nueva jaula dorada recién hecha. Pisó el techo, sólo para asegurarse, pero parecía igual de duro que el titanio.

—¡Déjanos salir! —gritaba Babette—. ¿Qué tipo de magia malvada es esta?

Se lanzó contra los barrotes, pero incluso su superfuerza no era rival para el material dorado. Las otras ménades siseaban y gritaban y golpeaban la jaula con sus tirsos.

Leo saltó al suelo.

—Ahora esta es mi fiesta, señoritas. La jaula está hecha de red de Hefesto, una pequeña receta de cosecha propia de mi padre. Quizá hayáis oído la historia: cogió a su esposa Afrodita engañándole con Ares, por lo que Hefesto les lanzó una red dorada por encima de ellos para ponerles en evidencia. Quedaron atrapados hasta que mi padre decidió sacarles. ¿La red de aquí? Está hecha del mismo material. Si dos dioses no pudieron escapar, no tenéis oportunidad.

Leo esperó de veras que tuviera razón. Las ménades, furiosas, daban vueltas por la jaula, empujando juntas contra el tejido sin éxito alguno.

Piper bajó por la escalerilla más cercana y se le unió.

—Leo, eres increíble.

—Lo sé—miró hacia el contador digital del motor del barco. Su corazón le dio un vuelco—. Durante dos minutos. Entonces dejaré de serlo.

—Oh, no—la cara de Piper se ensombreció—. ¡Tenemos que salir de aquí

De repente, Leo escuchó un sonido familiar desde la entrada del búnker: vapor saliendo de tuberías, el crujido de unas tuercas y el clinc-clanc de unas patitas metálicas corriendo por el suelo.

–¡Buford! –gritó Leo. La mesa-autómata se acercó a él, zumbando y haciendo sonar sus cajones.

Jason entró detrás de Buford, sonriendo.

–¿Nos esperabais?

Leo abrazó la mesa de trabajo.

–Lo siento mucho, Buford. Prometo que nunca te volveré a tratar mal. Sólo Lemon Pledge con fórmula extra-hidratante, amigo mío. ¡Siempre que quieras!

Buford soltó vapor, contento.

–Eh... ¿Leo? –apremió Piper–. La explosión...

–¡Claro! –Leo abrió el cajón frontal de Buford y agarró el sincopador. Corrió hacia la cámara de combustión. Veintitrés segundos. Oh, dioses. Sin presión. Sólo tendría una oportunidad para hacer aquello bien. Leo encajó cuidadosamente el sincopador en su lugar. Cerró la cámara de combustión y contuvo el aliento. El motor comenzó a hacer ruido. Los cilindros de cristal brillaron de calor. Si Leo no hubiera sido inmune al fuego, estaba seguro de que hubiera salido bastante tostado de allí. Todo el casco del barco se estremeció, el búnker entero parecía moverse.

–¿Leo? –preguntó Jason, nervioso.

–Esperad–dijo Leo.

–¡Déjanos salir! –gritó Babette en la jaula–. ¡Si nos destruyes, Dioniso te hará sufrir!

–Quizá nos enviaría una tarjeta de agradecimiento–murmuró Piper–. Pero no importará. Vamos a morir todos.

La cámara de combustión abrió varias de sus cámaras con clics. Los líquidos superpeligrosos y los gases fluyeron hacia el sincopador. El motor se estremeció. Entonces el calor remitió, las sacudidas se convirtieron en un agradable cosquilleo.

Leo puso la mano en el motor, que ahora vibraba con energía mágica. Buford golpeó cariñosamente su pierna y expulsó vapor.

–Eso es, Buford–Leo se giró, orgulloso hacia sus amigos–. Este es el sonido de un motor que no explota.

Leo no se dio cuenta del estrés que había sufrido hasta que no hubo pasado todo. Cuando se despertó, estaba tumbado en una hamaca cerca del Argo II. La cabaña entera de Hefesto estaba allí. Habían estabilizado los niveles del motor y estaban todos expresando su asombro delante de la genialidad de Leo.

Cuando estuvo de pie, Jason y Piper le apartaron y le prometieron no contarle a nadie lo cerca que había estado el motor de explotar. Nadie sabría nunca el gran error que casi vaporizaba el bosque. Aún así, Leo no podía estar quieto. Casi lo había arruinado todo. Para tranquilizarse, buscó el Lemon Pledge y pulió cuidadosamente a Buford. Entonces cogió la copia del sincopador y la puso en un armario que no tenía patas. Sólo por si acaso. Buford era un tanto temperamental.

Una hora más tarde, Quirón y Argos llegaron de la Casa grande para encargarse de las ménades.



Argos, el jefe de seguridad, era un tipo grandullón y rubio con cientos de ojos por todo su cuerpo. Pareció avergonzado de encontrar una docena de ménades peligrosas que se habían infiltrado en su territorio sin ser vistas. Argos nunca hablaba, pero se enrojeció ligeramente y todos los ojos de su cuerpo miraron hacia el suelo.

Quirón, el director del campamento, parecía más molesto que preocupado. Miró hacia abajo, a las ménades (era algo que podía hacer ya que era un centauro). De cintura para abajo era un corcel blanco. De cintura para arriba, era un tipo de mediana edad con el pelo castaño y rizado, una barba y un carcaj y un arco atados a su espalda.

–Oh, ellas de nuevo–dijo Quirón–. Hola, Babette.

–¡Os destruiremos! –gritó Babette–. Bailaremos con vosotros, os daremos deliciosos entremeses, festejaremos con vosotros hasta el amanecer y os destrozaremos en mil pedazos.

–Ahá–Quirón no parecía demasiado impresionado. Se giró hacia Leo y sus amigos–. Vosotros tres, bien hecho. La última vez que estas chicas llegaron buscando a Dioniso causaron bastantes molestias. Dioniso estará encantado de que las hayáis capturado.

–¿Así que le molestan? –preguntó Leo.

–Por supuesto–dijo Quirón–. El señor D desprecia a su club de fan tanto como a los semidioses.

–¡No somos su club de fans! –gritó Babette–. ¡Somos sus seguidoras, sus escogidas, sus especiales!

–Ahá–dijo Quirón, de nuevo.

–Así que...–Piper se removió, intranquila–. ¿A Dioniso no le habría importado que las hubieras matado?

–Oh, no. Sí que le habría importado–dijo Quirón–. Siguen siendo sus seguidoras, aunque las odie. Si les hubierais hecho algo, Dioniso se habría visto forzado a volveros locos o mataros. Probablemente ambas. Así que bien hecho–miró a Argos–. ¿El mismo plan que la última vez?

Argos asintió. Llamó a un campista de Hefesto, que conducía un toro mecánico y cargó la jaula.

–¿Qué haréis con ellas? –preguntó Jason.

Quirón sonrió, amablemente.

–Las enviaremos a un lugar en el que se sientan como en casa. Las meteremos en un autobús a Atlantic City.

–Au–dijo Leo–, ¿ese lugar no tiene ya bastantes problemas?

–No os preocupéis–les prometió Quirón–. Las ménades se pondrán a festejar en seguida. Siempre acaban saliendo de Atlantic City y volviendo aquí el año siguiente. Siempre vuelven para vacaciones. Es bastante molesto.

Las ménades se fueron. Quirón y Argos volvieron a la Casa Grande, y los hermanastros de Leo le ayudaron con el Búnker 9 hasta el anochecer.

Normalmente Leo trabajaba hasta el alba, pero decidió que ya había hecho bastante durante una noche. Era Nochebuena, al fin y al cabo. Se había ganado un descanso.

El Campamento Mestizo no celebraba del todo las fiestas mortales, pero todo el mundo estaba de buen humor en la hoguera. Algunos chicos bebían ponche de huevo. Leo, Jason y Piper decidieron pasar de ello y beber chocolate caliente en cambio.

Escucharon canciones y vieron las chispas de la hoguera llegar hasta el cielo.

–Me habéis vuelto a salvar las espaldas, chicos–les dijo Leo a sus amigos–. gracias.

Jason sonrió.

–Haría cualquier cosa por ti, Valdez. ¿Estás seguro de que el Argo II estará seguro por ahora?

–¿Seguro? No. Pero al menos no está en peligro de explosión. Quizá.

Piper rió.

–Genial, ahora me siento mucho mejor.

Se sentaron en silencio, disfrutando de la compañía, pero Leo sabía que aquello era sólo un breve instante de paz. El Argo II tenía que estar acabado antes del solsticio de verano. Entonces zarparían hacia su gran aventura: primero encontrar el viejo hogar de Jason, el campamento romano. Después de eso... los gigantes esperaban. La madre tierra Gea, la más poderosa enemiga de los dioses, estaba reuniendo sus fuerzas para destruir el Olimpo. Para detenerla, Leo y sus amigos tenían que navegar hasta Grecia, el antiguo hogar de los dioses. En cualquier punto de su misión, Leo podría morir.

Por ahora, aún así, decidió disfrutar de aquello. Cuando tu vida es una marcha atrás hacia una inminente explosión, eso es todo lo que puedes hacer.

Levantó su copa de chocolate caliente:

–Por los amigos.

–Por los amigos–dijeron al unísono Jason y Piper.

Leo se quedó en la hoguera hasta que el jefe de canto de la cabaña de Apolo sugirió que todos hicieran el Hokey Pokey. Entonces decidió dar por finalizada la noche.

---

[1] Windex es una marca estadounidense de limpiador de cristal y superficies.

[2] Véase capítulo 38 de El Héroe Perdido

.( <http://beingravenclaw.tumblr.com/post/8835192516/capitulo-xxxviii-jason>)

[3] El Hokey Pokey es un baile participativo con una melodía característica. Es muy conocido en los países de habla inglesa.

## 6. El hijo de la magia - Haley Riordan

—Normalmente invito a la gente a hacerme preguntas cuando termino, pero esta vez me gustaría preguntarles a ustedes—dio un paso atrás, intentando mantener el contacto visual con cada uno de los cientos de miembros de la audiencia—. ¿Cuándo uno se muere, qué sucede? Esas preguntas parecen pueriles, ¿verdad? ¿Pero alguno de ustedes sabe la respuesta?

En respuesta, hubo silencio, tal y como se suponía... El doctor Claymore no esperaba que nadie respondiera su pregunta después de la charla que les había dado. No creyó que ni siquiera nadie se atreviera a intentarlo. Pero como siempre, alguien le destrozaba sus esperanzas. Esta vez fue el chico castaño con la cara llena de pecas en la parte delante del auditorio. Claymore le reconoció, era el mismo chico que se le había acercado corriendo en el aparcamiento, diciéndole que era un gran fan suyo y que había leído todos sus libros...

—¿Sí? —le preguntó el doctor Claymore—. ¿Crees saberlo? Entonces, por favor, nos morimos por oírte.

El chico que primero había parecido tan enérgico, ahora parecía que se le había comido la lengua el gato.

Claymore sabía que era cruel zafarse de un chico inocente, pero también sabía que era necesario.

Claymore era sólo un actor, representando sus patrones como todo hombre de espectáculos haría durante un show de magia. Y aquél chico se había presentado voluntario para su acto. En este punto, toda la audiencia estaba pendiente del chico. El hombre sentado a su lado, el padre del chico, supuso Claymore, se removía incómodo en su asiento.

Con tanta atención centrada en él, Claymore dudó siquiera de que pudiera tener valor para respirar. Parecía tan frágil, delgado y incómodo, probablemente era el objetivo de muchas bromas en el colegio.

Pero el chico aparentemente débil hizo algo sorprendente. Se levantó y encontró voz para hablar.

—No lo sabemos—dijo. Todo su cuerpo temblaba, pero encontró la mirada de Claymore—. Critica cada idea que la gente le da sobre la vida después de la muerte. Después de tanta investigación, ¿por qué nos pregunta? ¿No lo ha encontrado usted mismo?

Claymore no respondió de inmediato. Si el chico hubiera dicho “cielo” o “reencarnación”, se la habría devuelto como si de un látigo se tratara, pero aquellos comentarios eran distintos. Eso convertía su espectáculo en un alto en el camino. La audiencia giró su mirada hacia él con una mirada de reproche, como si encontraran más sencillo creer en las palabras tan simplistas del chico antes que en el trabajo que Claymore había hecho durante toda su vida. Pero como cualquier otro buen hombre de espectáculos, Claymore tenía un plan en respuesta. No dejó que pasaran más de cinco segundos. Un poco más de tiempo le habría hecho parecer estar nervioso. Un poco menos de tiempo y habría parecido que lo tenía memorizado. Después de la pausa correspondiente, dio su respuesta ya ensayada.

—Estoy preguntándoles porque sigo en la búsqueda de dicha respuesta—dijo, agarrándose al podio—. Y las verdades más complicadas a veces provienen de los lugares más simples. Cuando esté en mi lecho de muerte, me gustaría saber con firme certeza qué me espera después. Estoy seguro de que cada uno de ustedes se siente de la misma manera que yo.

La audiencia aplaudió. Claymore esperó a que los aplausos cesaran.

—Mi nuevo libro, Camino a la muerte, estará a la venta próximamente—concluyó—. Si quieren saber más, me honrarían si lo leyeran. Y ahora les deseo una muy buena noche. Espero que todos encuentren las respuestas que ansían encontrar.

Una sección del público le ovacionó. Claymore les dedicó una flamante sonrisa antes de desaparecer entre bambalinas. Pero tan pronto como estaba fuera del alcance de sus miradas, frunció el ceño. Aquello era en lo que se había convertido su vida: desfilarse de un

evento a otro como si fuera un animal de circo. Era un visionario, pero al mismo tiempo, una broma. Quizá una docena de personas en el público entendieran remotamente su trabajo. Sabía que incluso unos cuantos menos lo aceptarían. La pura ignorancia de sus fans le disgustaba.

—¡Señor Claymore! —su anfitriona bajó hasta el backstage, y Claymore cambió su expresión a una sonrisa. Ella era la que pagaba sus honorarios, al fin y al cabo.

—¡Ha sido un éxito, señor Claymore! —dijo, casi poniéndose de puntillas con sus tacones—. ¡Nunca habíamos tenido tanta multitud!

La mujer se puso delante de él, y Claymore se sorprendió de que sus tacones no se rompieran bajo su peso. Era probablemente un pensamiento maleducado, pero aquella mujer le igualaba en peso y eso que Claymore se consideraba alguien alto. La mejor forma de describirla sería como la típica abuela, la típica que hornea galletitas y teje jerséis. Aún así, era más corpulenta que la mayoría de las abuelas. Y su entusiasmo era feroz, como si fuera ansia. ¿Ansia por qué? se preguntó. Claymore supuso que serían por más galletitas.

—Gracias—dijo, sonriendo—. Pero de hecho, es doctor Claymore.

—¡Bueno, da igual, ha estado impresionante! —dijo, sonriendo de oreja a oreja—. ¡Es el primer conferenciante con el que hemos vendido todas las entradas!

Por supuesto que puedo llenar el auditorio de una pequeña ciudad como esta, pensó Claymore. Más de un crítico le había llamado la mente más brillante desde Stephen Hawking. Incluso de niño, usaba su elocuencia para parecer algo un poco menos grande que un dios para sus compañeros y sus profesores. Ahora era un referente para políticos y científicos.

—Yo predico la verdad y la gente anhela saber la verdad sobre la muerte—dijo, citando su nuevo libro.

La mujer parecía un tanto deslumbrada y no había duda de que hubiera seguido alabándole durante horas, pero había cumplido su propósito, por lo que Claymore tomó la oportunidad para hacer su salida de escena:

—Ahora necesito retirarme a mi casa, señora Lamia. Tenga usted una buena noche.

Con esas palabras, caminó fuera del edificio y se adentró en el frío y cortante aire de la noche. Nunca habría accedido a dar una charla en la periferia de Keeseville, Nueva York sino hubiera tenido una casa allí. el gigantesco auditorio sobresalía como un pulgar dolorido en aquella pintoresca ciudad dónde se había mudo para proseguir con su escritura en paz. Con la población llegando a duras penas a los dos cientos, Claymore supuso que la gran multitud provendría de todo el estado. Él era un evento especial, algo que ver una vez en la vida. Pero para Claymore era trabajo, algo que sus publicistas le pedían constantemente. Sólo un día más de oficina.

—¡Doctor Claymore, espere! —le llamó una voz detrás de él, pero la ignoró.

Si no era su patrocinadora, no tenía que responder. No tenía motivos: el evento había terminado. Pero entonces alguien le agarró por el brazo. Se giró con la mirada llena de odio. Era aquél chico, el mismo que había intentado dejarle como un estúpido.

—¡Doctor Claymore! —dijo el chico, jadeando—. Espere. Necesito preguntarle algo.

Claymore abrió la boca para reprender al chico, pero entonces se detuvo. El padre del chico estaba de pie detrás de él. Al menos, Claymore supuso que sería su padre. Tenían el mismo pelo castaño y la misma pose desgarbada. Pensó que el hombre debería castigar a su hijo por ser tan insolente, pero el padre simplemente observaba con la mirada perdida a Claymore.

—¿Qué? Ah, sí, hola—dijo Claymore, forzando una sonrisa hacia el padre—. ¿Es su hijo?

—Él tiene una pregunta breve para usted—dijo el padre, absorto en sus pensamientos.



Claymore miró a regañadientes al chico, quién, a diferencia de su padre, en sus ojos ardía la autodeterminación.

—Supongo que es culpa mía—dijo Claymore todo lo civilizadamente posible—. Debí de haberte permitido más tiempo para hablar al final de mi conferencia.

—Es algo importante—dijo el chico—. Así que por favor, tómeselo en serio aunque suene extraño, ¿vale?

Claymore se resistió a salir corriendo. No le gustaba ser borde con la gente, pero su cara pública era importante para sus ventas de libros. No podía tener al padre de aquél chico estúpido diciéndole al mundo que habían sido cruelmente ignorados.

—Dispara—dijo Claymore—. Soy todo oídos.

El chico se irguió. A pesar de ser delgado como una rama, era casi tan alto como Claymore.

—¿Qué sucede si alguien descubre una forma de detener a la muerte?

Claymore sintió su sangre hirviendo por el cambio de voz que había tenido el chico. Ya no sonaba nervioso, sino que sonaba dura y fría como la piedra.

—Eso sería imposible—dijo Claymore—. Todos los seres vivos se descomponen al fin y al cabo. Hay un punto exacto en el que nos convertimos en incapaces de funcionar. Ese es...

—No ha respondido a mi pregunta—le interrumpió el chico—. Por favor, deme su honesta opinión.

—No tengo ninguna—replicó Claymore—. No soy un escritor de ficción. No me meto en temas imposibles.

El chico frunció el ceño.

—Eso es malo. Papá, ¿el papel?

El hombre sacó un pedazo de papel de su bolsillo y se lo dio a Claymore.

—Es nuestra dirección—dijo el chico—. Si lo descubre, llámeme, ¿de acuerdo?

Claymore le miró, intentando no mostrar su confusión.

— Me entiendes, ¿verdad? No puedo responder a tu pregunta.

El chico le miró con ojos solemnes.

—Por favor, inténtelo, doctor Claymore. Porque si no lo hace, moriré.

Durante su viaje en coche hacia casa, Claymore no dejó de mirar su retrovisor. En serio, era patético. El chico había estado intentando ponerle nervioso. No podía dejar que se preocupara por algo como aquello. Cuando llegó al camino de entrada, se sintió como si lo hubiera superado. Pero todavía siguió pensando en aquello mientras desactivaba la alarma de su casa. Claymore vivía solo en su casa especialmente diseñada por él. Entre sus muchos talentos era arquitecto y quería que su casa le reflejara en todos los aspectos. Una casa sorprendentemente moderna, con líneas limpias y bien colocadas en proporción a la calle. Sus cámaras de seguridad y sus ventajas con rejas protegían su privacidad, pero en el interior, las habitaciones estaban vagamente amuebladas, silenciosas pero cómodas.

No había mujer, ni hijos, no había nadie en la casa que le pudiera molestar. Ni siquiera un gato, sobre todo un gato no. Era su oasis, su oasis personal. Estar allí siempre le calmaba los nervios crispados.

Sí, su hermosa casa ayudó para olvidarse del chico. Pero no tardó mucho en encontrarse a sí mismo sentado en el despacho, leyendo la tarjeta que el padre le había dado.

ALABASTER C. TORRINGTON

CALLEJÓN MORROW, 273

518-555-9530

El código de la zona 518 significaba que quizá vivieran en Keeseville. Y Claymore había pasado por un callejón Morrow a mitad de camino por la ciudad. ¿Quién era Alabaster Torrington? ¿El chico o el padre? Alabaster era un nombre bastante anticuado. No se oía demasiado, porque la mayoría de los padres tenían la decencia de no llamar a sus hijos como piedras[1].

Claymore zarandeó su cabeza. Debería tirar la tarjeta y olvidarse de ello. Escenas de la novela de Stephen King, Misery, se le vinieron a la mente. Pero para aquello estaban las alarmas de vigilancia, se dijo a sí mismo, para evitar que se acercaran fanáticos lunáticos. Si su puerta recibía cualquier golpe, la policía aparecería de inmediato.

Y Claymore no estaba indefenso. Tenía una respetable colección de armas de fuego escondida en distintos lugares de su casa. No se debía ser demasiado confiado. Suspiró, lanzando el trozo de papel sobre la mesa junto con otros papeles. No era extraño para él encontrarse con gente extraña en sus eventos. Después de todo, por cada semi-inteligente persona que compraba sus libros, habían al menos tres que creían que eran libros de salud.

Todo lo que importaba era el hecho de que Claymore no estaba solo en aquel callejón oscuro con aquella gente. Estaba seguro, estaba en casa, y no había ningún otro lugar mejor en el que estar. Se sonrió a sí mismo, dejándose caer en su silla con respaldo:

—Sí, eso es, no hay nada de qué preocuparse—se dijo a sí mismo—. Sólo otro día en la oficina.

Entonces sonó el teléfono y la sonrisa de Claymore desapareció.

¿Quién podría ser a aquellas horas? Eran casi las once. Cualquiera persona sensata estaría durmiendo o bostezando mientras leía un buen libro. Pensó en no responder, pero el teléfono no dejaba de sonar, era muy extraño, dado que el buzón de voz se activaba normalmente al tercer ring. Poco a poco la curiosidad ganó terreno.

Se levantó y fue hacia la sala de estar. Por mera simplicidad, sólo tenía una toma de teléfono en su casa. La llamada entrante rezaba: MARIAM LAMIA, 518-555-4164.

Lamia... esa era la mujer que había encargado el evento. Frunció el ceño y cogió el teléfono mientras se sentaba en un sillón.

—Sí, hola, Claymore al habla—no intentó ocultar la preocupación en su voz. Aquella era su casa y forzándole a responder una llamada de teléfono no era nada distinto a molestarle. Esperó que Lamia tuviera una buena razón.

—¡Señor Claymore! —dijo su nombre como si acabara de anunciar el ganador de la lotería—. Hola, hola, hola. ¿Cómo está?

—¿Se da cuenta de la hora que es, señora Lamia? —preguntó Claymore con el tono más severo que pudo poner—. ¿Tiene usted algo importante que contarme?

—Pues sí. De hecho, quería hablar con usted de inmediato.

Suspiró. Aquella persona le hizo sentir desde ligeramente molesto a simplemente enfurecido en un total de treinta segundos.

—Bueno, entonces no exclame cosas sin sentido—gruñó—. ¡Dispare! Soy un hombre ocupado y no me tomo amablemente ser molestado.

La línea se volvió silenciosa. Claymore estuvo convencido de que había asustado a la mujer. Pero finalmente, ella continuó con un tono mucho más frío.

—Muy bien, señor Claymore. Veo que no tenemos que seguir con cortesías, si es lo que desea.

Estuvo a punto de reír. Sonaba como si la mujer estuviera intentando intimidarle.

—Gracias—dijo Claymore—. ¿Qué quiere exactamente?

—Ha conocido a un chico esta noche, y él le dio algo—dijo Lamia—. Quiero que me dé lo que le ha dado.

Frunció el ceño. ¿Cómo sabía acerca del chico? ¿Le había estado observando?

—No aprecio que me siguiera, pero supongo que eso poco importa. Todo lo que me dio el chico fue un pedazo de papel con su dirección. No me siento cómodo dándoselo a usted, alguien a quién conocí ayer.

Hubo otra pausa. Justo cuando Claymore estuvo a punto de colgar, la mujer preguntó:

—¿Cree usted en Dios, señor Claymore?

Puso los ojos en blanco, disgustado con la mujer.

—¿No sabe cuando parar, verdad? No creo en nada que no haya visto o experimentado por mí mismo. Por lo que si me lo está preguntando desde un contexto religioso, mi respuesta es no.

—Es una lástima—dijo, casi con un suspiro—. Eso hace mi trabajo mucho más difícil.

Claymore dio un golpe cuando colgó. ¿Cuál era el problema de la mujer? Había comenzando la conversación casi diciendo: “Le he estado acosando” y ahora intentaba convertirle. El teléfono sonó de nuevo, con el nombre de Lamia en pantalla, pero Claymore no tenía ninguna intención de descolgar. Desenchufó su teléfono y aquello fue el final de todo. Al día siguiente, quizá, llenaría una orden de alejamiento. Estaba claro de que la señora Lamia estaba trastornada. ¿Por qué querría la dirección del chico? ¿Qué haría Lamia con él? Claymore tuvo un escalofrío. Sintió una imperiosa necesidad de alertar al chico. Pero no, no era su problema. Dejaría a los psicópatas resolver sus problemas entre ellos, si es lo que querían. No iba a meterse donde no le llamaban. Especialmente no aquella noche. Aquella noche, necesitaba dormir. Claymore sabía que la curiosidad y la emoción no podían remover los sueños de las personas. Pero aquello no explicaba aquél sueño.

Se encontró a sí mismo, en una gran sala, vieja y polvorienta. Parecía una iglesia que no había sido limpiada durante un siglo. No había luz a excepción de una tenue luz verde que venía del final de la habitación. La fuente de luz se veía interrumpida por un chico de pie en el altar, justo delante de él. A pesar de que Claymore no podía verle con claridad, estaba seguro de que era el mismo chico que el del auditorio. ¿Qué estaba haciendo en el sueño de Claymore?

Claymore era lo que la gente llamada soñador lúcido, alguien que sabe a ciencia cierta cuándo está soñando y podía despertarse cuando quisiera. Podría haberse despertado entonces si hubiera querido, pero decidió no hacerlo por el momento. Sentía curiosidad.

—Me ha vuelto a encontrar—dijo el chico. No se estaba dirigiendo a Claymore. Tenía su espalda girada y parecía estar hablando a la luz verde—. No sé si podré combatir contra ella de nuevo. Se está acercando a mi rastro.

Por un momento no hubo respuesta. Entonces, finalmente, una mujer habló del frente de la habitación. Su tono era estoico y sin humor, y hubo algo que le hizo recorrer un escalofrío por la columna a Claymore.

—Sabes que no puedo ayudarte, hijo mío—dijo—. Ella es mi hija. No puedo alzar la mano contra ninguno de vosotros dos.

El chico se tensó como si estuviera a punto de discutir, pero se detuvo a sí mismo:

—Lo... lo entiendo, Madre.

—Alabaster, sabes que te quiero—dijo la mujer—. Pero esta es una batalla que deberás librar tú solo. Aceptaste la bendición de Cronos. Luchaste en su ejército bajo mi nombre. No puedes ir a tus enemigos y pedirles clemencia. Nunca te ayudarán. Me las he apañado para mantenerte a salvo todo este tiempo, pero no puedo interferir en una lucha de ti contra ella.

Claymore frunció el ceño. El nombre de Cronos se refería al titán de la mitología griega, hijo de la tierra y de los cielos, pero el resto no tenía ningún sentido. Claymore esperó haber sacado algo claro de su sueño, pero ahora parecía todo basura: más mitología y leyendas. No era nada más que una ficción inútil. El chico, Alabaster, dio un paso hacia la luz verde.

—¡Cronos no tenía que perder! ¡Dijiste que el destino estaba a favor de que ganara el titán! ¡Me dijiste que el Campamento Mestizo sería destruido!

Cuando el chico se movió, Claymore pudo finalmente ver a la mujer con la que estaba hablando. Estaba de rodillas al final del altar, con la cara levantada como si estuviera rezándole a una ventana sucia de cristal sobre el altar. A pesar de la mugre y el polvo

sobre el que se arrodillaba, la mujer parecía impoluta. De hecho ella era el origen de la luz. La tenue luz verde la rodeaba como un aura. Hablaba sin siquiera mirar al chico:

—Alabaster, simplemente te dije lo que parecía ser más propicio. No te prometí que aquello fuera a ocurrir. Sólo quise que vieras las opciones, para que estuvieras preparado para lo que iba a venir después.

—De acuerdo—dijo finalmente Claymore—. He tenido suficiente. ¡Esta historia ridícula termina aquí!

Esperó que con eso despertara. Pero por alguna razón no lo hizo.

El chico se giró y le examinó, asombrado.

—¿Tú? —se giró hacia la mujer arrodillada—. ¿Por qué está él aquí? ¡No se les permite a los mortales de poner un pie en el hogar de los dioses!

—Está aquí porque yo le he invitado—dijo la mujer—. Pediste su ayuda, ¿no es cierto? Me hubiera gustado que él hubiera estado más dispuesto a entender tu...

—¡BASTA! —gritó Claymore—. ¡Esto es absurdo! ¡Esto no es real! Esto es simplemente un sueño y yo, como su creador, exijo despertar.

La mujer siguió sin mirarle, pero su voz sonó entretenida:

—Muy bien, doctor Claymore. Si eso es lo que desea, así se hará.

Claymore abrió sus ojos. La luz del sol se infiltraba por entre sus cortinas.



Qué extraño... normalmente cuando escogía finalizar un sueño, se despertaba de inmediato, durante el final de la noche. ¿Pero por qué ya era por la mañana? Bueno, de todas formas, aquél sueño había hecho que el chico de la noche anterior fuera mucho menos intimidante. ¿La bendición de Cronos? ¿El hogar de los dioses? Alabaster sonaba como si fuera el miembro de alguna secta adicta a los videojuegos más que un psicópata lunático. ¿Titanes? Claymore soltó una risotada. ¿Cuántos años tenía, cinco? Claymore se sintió aliviado y refrescado. Era hora de comenzar su rutina matutina.

Se quitó su pijama, se duchó, se puso su ropa habitual: el mismo estilo que había vestido en la conferencia de la otra noche (pantalones anchos, una camiseta y unos mocasines marrones pulidos). A Claymore no le gustaban las túnicas. Se enfundó su chaqueta de tweed[2] y comenzó a reunir sus pertenencias. ¿Portátil? Listo. ¿Billetero? Listo. ¿Llaves? Listas. Entonces vaciló. Había una cosa más que necesitaba. Era una precaución completamente innecesaria, pero le dejaría más tranquilo. Abrió el cajón de su escritorio, cogió su diminuta pistola, una nueve milímetros, y se la metió en el bolsillo de su chaqueta.

La última noche el chico Alabaster le había conmovido tanto que Claymore se había ido a la cama sin escribir nada, algo que no era que se pudiera permitir demasiado, dado que tenía una fecha límite a la vuelta de la esquina. No podía permitir que ningún fan alocado le afectara y le sacara de sus casillas. Si aquello significaba tener que llevar algo de seguridad extra, entonces es lo que haría. La cafetería Black. El nombre era un juego de palabras[3] de los peores, pero aún así Claymore iba allí cada día. Después de todo, era la mejor cafetería de Keeseville. Pero aún así, era la única cafetería en Keeseville...

Había acabado conociendo bastante al dueño del lugar. En cuanto entró, Burly Black fue el primero en saludarle:

—¡Howard! ¿Cómo va? ¿Lo de siempre?

Burly era... bueno, corpulento[4]. Su cara fornida, sus brazos tatuados y su permanente ceño fruncido le habrían permitido entrar en cualquier banda de motoristas. Su delantal de "Besa al cocinero" era lo único que le hacía parecer el que tenía que estar detrás del mostrador.

—Buenos días—replicó Claymore, sentándose en el mostrador y sacando su portátil—. Sí, lo normal estará bien.

En aquel punto estaba sólo en el capítulo cuarenta y seis, lo que hacía su trabajo todo mucho más fácil. No tendría que usar más suspense, si no habían llegado hasta aquel punto, acabarían leyéndoselo sí o sí. Un café y un pastelito de arándanos aparecieron delante de él, pero Claymore a penas los vio. Estaba en su propio mundo, con los dedos correteando por el teclado, las palabras y los pensamientos juntándose en un diseño aparentemente incomprensible, pero Claymore sabía que era genial.

El café se lo bebió a sorbos. El pastelito fue reducido a unas cuantas migajas. Otros clientes vinieron y se fueron, pero Claymore no miró a ninguno. Nada le importaba excepto su trabajo. Era aquello por lo que se desvivía. Pero entonces tu mundo privado se derrumbó cuando una mujer se sentó a su lado.

—¡Claymore, menuda sorpresa! ¡No esperaba verle aquí!

Un odio al rojo vivo brotó en su interior. Pulsó Control+S y cerró su portátil.

—Señora Lamia, si no fuera un hombre civilizado, la empujaría del asiento y la quitaría de ahí.

Ella hizo un mohín, poniéndole ojitos de cordero degollado, algo que no era demasiado convincente para una mujer de su edad.

—Eso no es muy educado, señor Claymore. Sólo estoy saludándole.

La miró fijamente.

—Es doctor Claymore.

—Lo lamento—dijo con poco entusiasmo—. Siempre me olvido... no soy muy buena con los nombres, ya ve.

—La única cosa que quiero de usted es perderla de vista—dijo—. Me niego a convertirme en cualquier tipo de culto al que pertenezca.

—Sólo quiero hablar—insistió—. No es sobre dioses. Es sobre el chico, Alabaster.

La observó con recelo. ¿Cómo sabía el nombre del chico? Claymore no lo había mencionado durante su conversación telefónica la última noche.

La señora Lamia sonrió.

—He estado buscando a Alabaster durante un tiempo. Yo soy su hermana.

Claymore rió.

—¿No puede inventarse una mentira mejor que esa? ¡Usted es más mayor que el padre del chico!

—Bueno, las apariencias pueden engañar—sus ojos parecían brillar de forma sobrenatural, de un verde luminoso, como la luz en el sueño de Claymore—. El chico se ha ocultado a sí mismo muy bien—siguió—. Debo admitir que ha mejorado con su magia occultandi[5]. Esperaba que su charla le hiciera mostrarse, y así fue. Pero antes de que pudiera capturarlo, se las arregló para escapar. Deme su dirección, y le dejaré en paz.

Claymore intentó mantenerse en calma. Ella era simplemente una anciana chiflada, soltando cosas sin sentido. Aunque eso de “magia occultandi”. Claymore sabía que era latín. Significaba “hechizo de escondite”. ¿Qué demonios era aquella mujer y por qué quería al chico? Estaba claro que quería hacer daño a Alabaster. Mientras Claymore la observaba, se dio cuenta de algo más: la señora Lamia no parpadeaba. ¿Acaso la había visto parpadear alguna vez?

—¿Sabe qué? Estoy muy cansado de todo esto—la voz de Claymore tembló a pesar de que no fue su intención—. Black, ¿ha estado usted escuchando?

Miró por el aparador buscando a Burly. Por alguna razón, éste no respondió. Seguía limpiando tazas de café.

—Oh, no puede oírle—la voz de Lamia se convirtió en aquél extraño susurro que había escuchado anoche al teléfono—. Podemos controlar la Niebla a nuestra voluntad. No tiene ni idea siquiera de que estoy aquí.

—¿Niebla? —preguntó Claymore—. ¿De qué demonios está usted hablando? ¡Usted está rematadamente chiflada!

Se puso de pie, retrocediendo instintivamente, poniendo su mano en el bolsillo de su abrigo.

—¡Burly, por favor eche a esta mujer antes de que me arruine por completo la mañana!

Burly seguía sin responder. El grandullón miraba a través de él como si Claymore no estuviera allí.

Lamia le lanzó una sonrisa socarrona.

—¿Sabe, señor Claymore? Creo que nunca me he topado con un mortal tan arrogante como usted. Quizá necesite una demostración.

—¿No lo entiende, señora Lamia? ¡No tengo tiempo para esto! Creo que me voy a ir yendo ya...

No tuvo tiempo para terminar. Lamia se puso de pie y su silueta comenzó a cambiar. Sus ojos fueron lo primero que cambió. Sus iris se expandieron, brillando con un color verde oscuro. Sus pupilas se estrecharon hasta convertirse en unos ojos reptiloides. Levantó una mano y de inmediato sus dedos se arrugaron y se endurecieron y sus uñas se convirtieron en garras como las de un lagarto.

—Puedo matarle ahora mismo, señor Claymore—susurró.

No, no había sido un susurro. Sonaba más como un siseo. Claymore sacó la pistola de su chaqueta y la apuntó contra la frente de Lamia. No entendía lo que estaba sucediendo, algún tipo de alucinógeno en su café, quizá. Pero no podía dejar que aquella mujer, o criatura, le afectara.

Aquellas garras podrían ser una ilusión, pero aún así ella estaba preparándose para atacarle.

—¿De verdad cree que actuaría de forma tan chulesca delante de una lunática si no estuviera preparado para defenderme? —preguntó él. Ella soltó un gruñido y avanzó, levantando sus garras.

Claymore nunca había disparado antes, pero sus instintos le controlaron. Pulsó el gatillo y Lamia se tambaleó, siseando.

—La vida es algo delicado—dijo—. Quizá debería haber leído mis libros. Simplemente estoy actuando en defensa propia.

Ella embistió de nuevo. Claymore disparó dos veces más en la cabeza de la mujer, y ella se derrumbó en el suelo. Esperó haber encontrado más sangre... pero no importaba.

—¿Has visto eso, Burly, verdad? —preguntó—. ¡No he podido evitarlo!

Se giró hacia Black y entonces frunció el ceño. Burly seguía limpiando tazas de café. No había forma humana de que Burly no hubiera oído los tiros. ¿Cómo era posible? ¿Cómo? Y entonces otra imposibilidad sucedió. El cadáver delante de él comenzó a moverse.

—Espero que lo entienda ahora, señor Claymore.—Lamia se levantó y le miró con el único ojo de serpiente que le quedaba. El lado izquierdo de su cara había salido volando, pero dónde la sangre y el hueso deberían haber estado había una gruesa capa de arena negra. Parecía como si Claymore hubiera destrozado un castillo de arena y aún así, una parte estaba lentamente reagrupándose.

—¡Por asaltarme con tu arma mortal—siseó—, acaba de declarar la guerra a los hijos de Hécate! ¡Y yo no me tomo la guerra a la ligera!

Aquello... aquello no era un sueño, ni una alucinación por alguna droga o cualquier otra cosa. Era imposible. ¿Cómo podía ser real? ¿Cómo podía seguir viva? “¡Céntrate!” se dijo Claymore a sí mismo. “Obviamente es real, ya que acaba de pasar”. Y por lo tanto, siendo un hombre lógico, Claymore hizo lo lógico. Cogió su arma y salió corriendo.

La última vez que había visto un cepo en un coche había sido años atrás, en un coche de alquiler que había aparcado ilegalmente en Manhattan, pero entonces, por supuesto, la mañana de todas las mañanas, había uno en la rueda de su coche. Huir conduciendo no era una opción.

Lamia se acercaba. Se arrastró fuera de la cafetería, con su ojo izquierdo regenerándose lentamente formando una mirada furiosa. Un coche pasó y Claymore le hizo señas para que parara, pero igual que había sucedido con Black, el conductor no pareció darse cuenta de que existía.

—¿No lo entiendes? —siseó Lamia—. ¡Tus congéneres humanos no pueden verte! ¡Estás en mi mundo!

Claymore no discutió. Aceptó su explicación. Se tambaleó hacia él, tomándose su tiempo. Se parecía menos a una serpiente y más a un gato jugando con su presa. Tampoco no había forma con la que pudiera atacarla. Sólo tenía cinco balas más. Si tres balas en su cabeza no la habían detenido, dudó de que cualquier otro tipo de granada más fuerte

podiera. Tenía una ventaja. Él no era tampoco un atleta ni por asomo, pero Lamia parecía ser de las que tenían dificultades con ir del sofá a la nevera. Él podría correr y dejarla atrás, sin importar qué tipo de monstruo era.

Ella estaba a unos tres metros de él. Claymore le lanzó una sonrisita desafiante, entonces se giró y corrió por la calle principal. Sólo había una docena de tiendas en el centro de la ciudad, y la calle era muy amplia. Giraría hacia la segunda Avenida y entonces la podría perder en una de las calles perpendiculares. Entonces volvería a casa, activaría sus sistemas de seguridad y llamaría a la policía. Una vez estuviera allí, él...

—¡Incantare: Gelu Semita[6]! —gritó Lamia detrás de él.

Eso era un... hechizo en latín. Estaba recitando algún tipo de encantamiento. No había acabado de traducir la frase cuando el aire pareció caer unos veinte grados de golpe. Aunque no había una sola nube en el cielo, comenzó a granizar. Se giró, pero Lamia se había ido.

—Encantamiento: senda helada—tradujo en voz alta, con su aliento humeando—. ¿En serio? ¿Está usando magia? ¡Esto es ridículo!

Entonces su voz sonó detrás de él.

—Usted es un hombre muy inteligente, señor Claymore. Ahora entiendo por qué mi hermano le busca.

Se giró hacia su voz, pero de nuevo ella no estaba allí. Jugaba con él. De acuerdo. Tendría que hacer algo más que salir corriendo. No era humana, pero se acercaría a ella como a cualquier otro adversario. Tendría que estudiar a su oponente, aprender sus debilidades. Y entonces podría escapar. Levantó su mano hacia el granizo.

—Puede que no hubiera podido creer que esto fuera posible hace diez minutos, pero entiendo algo: si este es todo tu poder, no me extraña de no haya visto más monstruos como tú—sonrió—. ¡Tenemos que haberlos matado a todos!

Siseó, furiosa. El granizo comenzó a caer en más abundancia, llenando el aire con una niebla helada. Sacó su pistola, listo para verla aparecer desde cualquier ángulo. Aunque no le importara la ficción, se había pasado su vida profesional investigando antiguas creencias. Los hechizos eran un simple concepto: si dices algo con el suficiente poder detrás, puede hacerse realidad. Aquél hechizo debía ser algún tipo de encantamiento translocacional. De otra manera no habría usado la palabra “semita”. Estaba haciéndose una senda, abriéndose camino, y aquél hielo era el método de viaje, ocultando su escondite y dificultándole el movimiento a Claymore o que pudiera anticiparse a su próximo ataque.

El objetivo del ataque era confundirle, pero Claymore se forzó a centrarse. El suelo a su alrededor estaba cubierto de hielo. Se quedó quieto y escuchó. Sabía que usaría aquella oportunidad para atacar. Podría estar jugando con él, pero Claymore no tenía ninguna intención de morir a manos de una idiota como aquella, especialmente si se tomaba en serio sus burlas tan fácilmente... Claymore escuchó el sonido acusador de sus tacones aplastando el hielo. Se giró de inmediato, haciéndose a un lado mientras ella clavaba sus garras en el punto exacto en el que había estado él hacía unos segundos. Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, él disparó.

Su rodilla izquierda explotó convirtiéndose polvo oscuro, y el granizo cesó. Lamia se tropezó, aunque por la expresión de su cara, la herida ni le dolió. La parte baja de su pierna se había desintegrado, pero ya comenzaba a formarse de nuevo. Él no había esperado matarla en aquella ocasión. Observó cautelosamente cómo se curaba, cronometrando su regeneración. Con una bala, calculó tener un minuto de tiempo.

—¡No lo entiendes, mortal! —dijo—. ¡Esas armas no pueden matarme! ¡Sólo pueden ralentizarme!

Claymore la observó y se rió.

—Si crees que estoy intentando matarte, tienes que ser muy tonta. Obviamente, sé que eres inmortal, ¿por lo que por qué querría intentarlo? No, no puedo matarte. Pero he deducido un par de cositas durante nuestro rato juntos—apuntó con su pistola—. Tú tampoco quieres matarme. Al menos, no por ahora. De otra forma no habrías gastado tu tiempo apedreándome con cubitos de hielo. Quieres asustarme, esperando que te lleve



hasta el chico. ¿Es una amenaza para ti, verdad? Todo lo que tengo que hacer es encontrarle para que pueda liquidarte adecuadamente. ¡Y sé exactamente dónde está!

Ella siseó mientras su pierna se ajuntaba de nuevo, pero él disparó a su otra pierna.

—Si tuviera suficientes balas podría sentarme aquí todo el día—se mofó Claymore—. ¡Estás indefensa! Quizá debería traer una aspiradora y acabar contigo.

Pensó que la bestia podría darse cuenta de que estaba a su merced, pero por alguna razón, ella seguía sonriendo. El granizo había dejado de caer por completo. Lo que había en el suelo ya se había fundido del todo, por lo que sabía que el hechizo que hubiera estado utilizando había terminado. ¿Cómo podría tener el valor de sonreír?

—Tú eres realmente el mortal más arrogante que he visto jamás. ¡De acuerdo! Si no me llevas hasta el chico, me tomaré el placer de destruirte—chasqueó una lengua que parecía la de una serpiente—. ¡Incantare: Templum Incendere[7]!

—Templo de fuego—tradujo Claymore.

Probablemente era un hechizo ofensivo, estaba a punto de ser atacado con fuego de alguna manera. Disparó a su pierna recién recuperada y salió corriendo. El hechizo obviamente no funcionaba de inmediato, pero no tenía ninguna intención de quedarse a ver qué era. Estaba a punto de tomar la ventaja de que ningún otro mortal le podía ver. Hizo una carrera rápida hasta la cafetería Black y empujó la puerta de entrada. Black debía de pasar un buen rato limpiando tazas, porque aún seguía haciéndolo. A Claymore no le importó. Metió la mano en el bolsillo de Black y sacó las llaves de su camión, y Black ni siquiera lo notó. Justo cuando Claymore creía estar a salvo, oyó la voz rasposa de Lamia:

—¿Me tomas por idiota, verdad?

Estaba justo detrás de él, ¿pero cómo era eso posible? Había calculado que su regeneración tardaría uno o dos minutos. No había forma que hubiera sido capaz de seguirle tan rápidamente.

No tuvo tiempo para reaccionar. En cuanto se giró, clavó sus garras de lagarto alrededor de su cuello y su pistola cayó al suelo.

—¡Me he paseado por este mundo durante siglos! —siseó, con sus profundos ojos verdes mirándole—. ¡Eres un mortal! ¡Ciego! Yo fui una vez como tú. ¡Creía que estaba por encima de los dioses! Era la hija de Hécate, diosa de la magia. ¡Zeus mismo estuvo enamorado de mí! Me consideré su igual. ¿Pero entonces qué hicieron los dioses conmigo? —su mano apretó su garganta, y Claymore tosió en busca de aire—. ¡Hera mató salvajemente a mis hijos justo delante de mí! ¡Ella...! ¡Esa mujer...![12]

Una lágrima cayó por su cara escamosa, pero a Claymore no le importaba lo más mínimo la triste historia de aquella criatura. Apretó su rodilla contra su pecho con toda la fuerza que pudo reunir y escuchó el crujido satisfactorio de sus costillas rompiéndose.

Lamia se cayó hacia atrás. Con suerte, sus costillas tardarían en regenerarse. Se encorvó, respirando con dificultad, como si fuera doloroso estar de pie.

—Ya he invocado el Templo de Fuego—dijo—. Es un encantamiento que destruye tu santuario, el lugar en el que tienes más fe. Quizá no pueda hacerte sentir mi dolor, pero aún puedo quitarte todo lo que aprecias. ¡Puedo quitártelo todo con un movimiento de mi mano!

De repente la temperatura en la cafetería se disparó. Parecía una sauna en la que el calor tomaba forma. Las mesas fueron las primeras cosas en prender, luego las sillas, y entonces... Claymore se lanzó hacia Black, que seguía felizmente limpiando tazas de café.

—¡Incantare: Stulti Carcer[8]!—chilló Lamia.

De repente las piernas de Claymore parecieron ser de plomo. Intentó moverse, pero no podía. Estaba pegado en el sitio. Las llamas comenzaron a subir por el delantal de Black. Al instante, todo su cuerpo estaba en llamas. Lo peor de todo era que ni siquiera se dio cuenta de lo que le sucedía. Claymore le llamó, pero fue inútil. Tuvo que ver cómo su único amigo de verdad en Keeseville era consumido por las llamas delante de sus ojos.

—¡Los dioses pueden hacer esto! —gritó Lamia—. Pueden borrar todo lo que aprecias en un segundo, y yo también! —se giró hacia su portátil—. También destruiré eso, ¡tú último trabajo!

Ella señaló hacia su portátil mientras las ramas cruzaban el mostrador. La cubierta de plástico comenzó a fundirse.

—¡Intenta salvarlo, Claymore! —se rió—. Si vas y apagas las llamas ahora, puede que no sea demasiado tarde.

Relajó su mano y Claymore pudo sentir de golpe sus pies.

—Ve, humano—siseó—. Salva lo que es máspreciado para ti. ¡Fallarás! ¡Igual que yo...!

Lamia no tuvo tiempo de terminar la frase antes de que el puño de Claymore chocara contra su cara. Se derrumbó contra una mesa. Claymore se agachó hacia ella y le asestó otro puñetazo, con la mano llena de arena negra.

—¿Cómo puedes estar ahí de pie y hablar así después de haberle quitado la vida a un hombre? —le gritó.

Le agarró con sus manos con garras, pero Claymore las apartó de un golpe. Empujó la mesa y ella se cayó al suelo.

—¡Le has matado! —le gritó—. ¡Burly no tenía nada que ver con todo esto y le has matado! ¡No me importa qué tipo de monstruo seas! ¡En cuanto haya terminado contigo desearás que Hera te hubiera matado a ti también!

Ella abrió su boca.

—¡Incantare: Stu...!

Claymore le pegó una patada en la mandíbula, y la parte inferior de su boca se disolvió en arena. Las llamas se estaban volviendo más violentas. El humo amargo quemaba los pulmones de Claymore, pero no le importaba. Daba patadas y puñetazos a Lamia que era un montón de arena mientras intentaba regenerarse, una y otra vez.

Aún así... él sabía que no duraría mucho. No podía permitir que su furia fuera la provocante de su fin. Eso es lo que quería Lamia. Ella estaría bien a pesar de todo lo que le hacía, pero él no era invulnerable... el humo mismo le dificultaba la respiración. Tenía que salir de allí. Si no, la del montón de arena a sus pies se reiría la última. Tardaría un minuto en regenerarse por completo, supuso, lo suficiente para que él desapareciera. Miró hacia el remolino de polvo, esperando que le escuchara:

—La próxima vez que te vea, sabré cómo matarte. Tu muerte es inevitable. Una vez te vuelvan a crecer las piernas, te sugiero que huyas.

Cogió su pistola del suelo y disparó hacia el montón de arena, un último tiro por Burly Black. Seguía sin ser suficiente. Tenía que tomar justicia, y si su presentimiento estaba en lo cierto, sabía la persona exacta que podría hacerlo.

Cuando la policía descubriera que se había llevado el camión de Black, ¿le culparían por el incendio? ¿Le acusarían del asesinato de Black? Un monstruo de verdad, estaba detrás de él, pero Claymore podría ser considerado como enemigo de la ley. Si la

situación fuera distinta lo habría encontrado irónicamente divertido, pero no entonces, no cuando Black estaba muerto.

Seguramente Black habría aprobado que Claymore cogiera su camión... Claymore pisaba a fondo, conduciendo tan rápido como podía sin tener un accidente. Lamia tenía un despliegue de hechizos a su disposición. Todo lo que Claymore tenía era un minuto.

No le gustaban aquellas cartas, pero Claymore tenía experiencia en hacer que las cartas se giraran a su favor. No tenía ventajas en la vida, pero se las había arreglado para tener un doctorado y convertirse en un autor de éxito. Con su brillantez se había conseguido un renombre. Aunque hubiera sido arrastrado a un extraño mundo dónde los monstruos y los dioses existían, no había forma que pudiera permitirse perder. Ni con Lamia, ni con Hécate, ni con nadie. Aparcó delante de su casa y corrió hacia el interior, conectando la alarma mientras cerraba la puerta detrás de él. No había planeado estar allí más de un minuto, pero la alarma le daría algún tipo de ventaja en caso de que Lamia llegara más rápido de lo que esperaba. Intentó reunir sus pensamientos. El chico Alabaster debía saber sobre Lamia. En el sueño de Claymore, Alabaster le había dicho a la mujer de blanco que estaba siendo perseguido. La mujer había advertido a Alabaster que no podría interferir en una disputa entre sus hijos. Lo que significaba que la mujer de blanco era Hécate, y Lamia y Alabaster eran ambos hijos suyos, atrapados en algún tipo de rencilla letal.

“¿Qué pasaría si alguien sabe cómo detener la muerte?” le había preguntado el chico en el exterior del auditorio. Alabaster necesitaba una forma de enfrentarse a Lamia, que no podía morir. De otra forma, Lamia le mataría. Por lo que había acudido al más famoso experto sobre muerte, el doctor Howard Claymore.

Cogió la tarjeta de su escritorio y marcó el número en su móvil. Pero la respuesta que recibió no era exactamente un grito pidiendo ayuda.

—¿Qué quieres? —preguntó el chico en un tono frío como el acero—. Sé que tu respuesta fue un No. ¿Qué pasa? ¿Quieres decirme que tu sueño de anoche no era real?

—No soy estúpido—le reprochó Claymore, desconectando la alarma mientras salía—. Ahora sé que era real, y también sé que tu hermana intenta matarme. He sido atacado en el centro, más que nada porque me has pedido ayuda.

El chico parecía demasiado aturdido como para hablar. Finalmente, mientras Claymore volvía al camión de Black, Alabaster preguntó:

—Si ella te ha atacado, ¿por qué sigues con vida?

—Como he dicho, no soy estúpido—dijo Claymore—, pero por tu culpa de haberme arrastrado a esto, ha muerto mi amigo.

Le explicó brevemente lo que había pasado en la cafetería de Black. Hubo otro momento de silencio. Claymore arrancó el camión.

—¿Y bien?

—Tenemos que dejar de hablar—dijo Alabaster—. Los monstruos pueden rastrear las llamadas telefónicas. Ven a mi dirección y te explicaré qué tienes que hacer. Date prisa.

Claymore lanzó su teléfono en el asiento de al lado y apretó su pie en el acelerador.

La calle de Alabaster era un callejón sin salida, un punto sin retorno con nada más que unos acantilados que caían al río Hudson. Aquello significaba que no podrían ser atacados por detrás, pero que también no había forma de huir. No era por azar que Alabaster hubiera escogido vivir allí, supuso Claymore. Alabaster quería que aquel lugar fuera un sitio fácil de defender, aunque hubiera perdido la opción de retirarse. Un lugar perfecto para morir. De hecho, el número 273 estaba en el final del callejón sin salida. No era nada lujoso, nada en especial. La hierba necesitaba ser cortada y las paredes necesitaban una nueva capa de pintura. No era la casa más bonita del mundo, pero era lo suficientemente buena como para que una familia normal lo llamara hogar.

Claymore caminó hacia la entrada y llamó a la puerta. No tardaron en abrirle. Era el hombre del día anterior, el padre de Alabaster. Sus ojos perdidos escanearon a Claymore, y sonrió:

—¡Hola, amigo! Entre. He hecho té para usted.

Claymore frunció el ceño.

—Honestamente, no me importa llegados a esto. Tráigame a su hijo.

Aún sonrió, el hombre acompañó a Claymore al interior. A diferencia del exterior, la sala de estar era detallista. Todo estaba perfectamente limpio, correctamente puesto y sin polvo. Parecía como si todo el mobiliario acabara de salir del embalaje. Un fuego rugía en la chimenea, y como había prometido, el té estaba en la mesita central.

Claymore lo ignoró. Se sentó en el sofá.

—¿Señor Torrington, verdad? ¿Entiende usted en la situación en la que me encuentro? Vengo en busca de respuestas.

—El té se va a enfriar—le respondió el hombre, sonriendo alegremente—. ¡Beba!

Claymore le miró a los ojos. ¿Era su arma secreta?

—¿Es usted estúpido?

El hombre no pudo responder antes de que una puerta se abriera y el chico entró. Las mismas pecas y el mismo pelo marrón que el día anterior, pero su vestimenta era francamente extraña. Vestía un chaleco antibalas por encima de una camisa de manga larga y de color gris oscuro. Sus pantalones eran igual de grises, pero lo más extraño en sus ropas eran los símbolos. Marcas sin sentido estaban escritas por todas partes en su camisa y sus pantalones. Parecía como si algún niño de cinco años se hubiera vuelto loco con una cera verde.

—Doctor Claymore—dijo—, no se moleste hablando con mi compañero. No le dirá nada interesante.

Todo el nerviosismo y la ansiedad parecieron haberse ido del chico. Estaba de pie sombría y decididamente, como el momento en el que intentó burlarse de Claymore en el auditorio. Claymore miró al hombre y luego a Alabaster.

—¿Por qué no? ¿No es tu padre?

Alabaster rió.

—No—se dejó caer en el sofá y agarró una taza de té—. Es un nebuliforme. Le he creado para servirme como mi guardián para que la gente no haga preguntas.

Los ojos de Claymore se abrieron de par en par. Miró al hombre, que parecía completamente absorto de la conversación.

—¿Creado? ¿Te refieres con magia?

Alabaster asintió, metiendo su mano en el bolsillo y sacando una tarjeta blanca. La colocó encima de la mesa y le dio dos golpecitos. El hombre, el nebuliforme, se desintegró justo delante de los ojos de Claymore, fundiéndose en vapor mientras era absorbido por la tarjeta. Una vez el nebuliforme se hubo ido, Alabaster recogió la tarjeta y Claymore pudo ver que había la silueta de un hombre verde dibujado en ella.

—Aquí, eso está mejor—Alabaster sonrió—. A veces se vuelve muy molesto. Ya sé que debe ser mucho para asimilar para un mortal.

—Me las apaño—dijo Claymore, desestimándole—. Estoy más interesado en aprender cosas sobre Lamia, particularmente una forma de matarla.



Alabaster suspiró.

—Ya se lo he dicho de hecho, no lo sé. Es por eso por lo que le pregunté en el aparcamiento. ¿No recuerda lo que le pregunté?

—¿Qué pasaría si alguien encontrara la forma de detener a la muerte? —repitió Claymore—. ¿Por qué es importante? ¿Tiene algo que ver con la regeneración de Lamia?

—No, todos los monstruos lo hacen. Sólo hay dos maneras de matar a un monstruo: una es con algún tipo de metal divino. La otra es con algún tipo de magia que evita que se regeneren en este mundo. Pero matarla no es un problema, ya lo he hecho. El problema es que no morirá.

Claymore levantó una ceja.

—¿A qué te refieres con que no morirá?

—Como lo oye—dijo Alabaster—. Si la mato, no se queda muerta, no importa lo que intente. Cuando los monstruos se desintegran, sus espíritus vuelven al Tártaro y tardan años, quizá siglos antes de que se puedan regenerar. Pero Lamia vuelve de inmediato. Es por eso por lo que he llegado a usted. Sé que ha estado investigando los aspectos espirituales de la muerte, probablemente más que nadie en este mundo. Esperaba que usted pudiera encontrar una manera de mantener a algo muerto.

Claymore lo pensó durante un segundo, entonces negó con la cabeza.

—No quiero nada más que destruir a esa criatura, pero esto me sobrepasa. Necesito entender tu mundo mejor, ¿cómo funcionan los monstruos y los dioses y las reglas de vuestra magia? Necesito información.

Alabaster frunció el ceño y sorbió el té.

—Le diré lo que pueda, pero me temo que no tenemos demasiado tiempo. Lamia mejora cada vez más viendo a través de mis hechizos de protección.

Claymore se reclinó.

—En mi sueño, Hécate dijo que tú eras miembro del ejército de Cronos. Seguramente habría otros miembros en tu ejército. ¿Por qué no les pides ayuda a ellos?

Alabaster negó con la cabeza.

—La mayor parte están muertos. Hubo una guerra entre los titanes y los dioses el último verano y muchos mestizos, semidioses como yo, lucharon a favor de los Olímpicos. Yo luché por Cronos—el chico respiró profundamente antes de seguir—. Nuestro principal barco de transporte, el Princesa Andrómeda, fue arrasado por una facción enemiga de mestizos. Estábamos navegando en dirección a invadir Manhattan, donde los dioses tienen su base. Yo estaba en nuestro barco cuando los semidioses enemigos lo hicieron volar por los aires. Yo sólo sobreviví porque fui capaz de poner a mi alrededor un hechizo de protección. Después de eso, bueno, la guerra no fue a nuestro favor. Luché en el campo de batalla contra el enemigo, pero muchos de nuestros aliados huyeron. El mismo Cronos fue hasta el Olimpo, sólo para ser asesinado por un hijo de Poseidón. Después de la muerte de Cronos, los Olímpicos redujeron cualquier tipo de resistencia. Fue una masacre. Si recuerdo bien, mi madre me dijo que el Campamento Mestizo y sus aliados tuvieron dieciséis víctimas en total. Nosotros tuvimos cientos.

Claymore observó a Alabaster. Aunque Claymore no podía considerarse demasiado empático, no pudo evitar lamentarlo por aquel chico, habiendo pasado por tanto siendo tan joven.

—Si vuestras fuerzas fueron completamente destruidas, ¿cómo escapaste?

—No fuimos destruidos por completo—dijo Alabaster—. La mayor parte de los semidioses restantes huyeron o fueron capturados. Estaban tan desmoralizados que se unieron al enemigo. Hubo una amnistía general, digámoslo así, un trato negociado por el mismo

chico que mató a Cronos. Ese chico convenció al Olimpo de que aceptara a los dioses menores que habían apoyado a Cronos.

—Como tu madre, Hécate—dijo Claymore.

—Sí—dijo Alabaster, amargamente—. El campamento Mestizo decidió que aceptarían a cualquier hijo de los dioses menores. Construirían cabañas para nosotros en el campamento y harían como que no nos habían masacrado por rebelarnos. La mayoría de los dioses menores aceptaron el tratado de paz en cuanto los Olímpicos se lo propusieron, pero mi madre no. Yo no era el único hijo de Hécate luchando a favor de Cronos. Hécate nunca ha tenido demasiados hijos, pero yo era el más fuerte, por lo que mis hermanos me siguieron. Les convencí a la mayoría para que lucharan... pero fui el único que sobrevivió. Hécate perdió más hijos en aquella guerra que cualquier otro dios.

—¿Es por eso por lo que rechazó la oferta? —supuso Claymore.

Alabaster volvió a sorber el té.

—Sí. Al menos, la rechazó al principio. La apremié para que siguiera luchando. Pero los dioses decidieron que no querían una diosa rebelde que les fastidiara la victoria, por lo que hicieron un trato con ella. Me exiliarían para siempre de su favor y de su campamento, ese era mi castigo por mi comportamiento, pero me perdonarían la vida si Hécate se unía a ellos de nuevo. Que es otra forma de decir que si no se les unía, se asegurarían de que yo moriría.

Claymore frunció el ceño.

—Así que los dioses no son tan superiores y todopoderosos como para poder ignorar el chantaje.

Alabaster observó la acogedora chimenea con una mirada de disgusto.

—Es mejor no imaginárselos como dioses. Prefiero pensar en ellos como una mafia divina. Usaron sus amenazas para obligar a mi madre a aceptar el trato. Y de paso, me exiliaron del campamento para que no pudiera corromper a mis hermanos y hermanas— se acabó el té—. Pero nunca me arrodillaré ante los dioses Olímpicos después de todas las atrocidades que han cometido. Sus seguidores están ciegos. Nunca pondré un pie en ese campamento, y si lo hiciera, sería para darle a ese hijo de Poseidón lo que se merece.

—Así que no tienes ayuda—dijo Claymore—. Y este monstruo, Lamia, va detrás de ti, ¿por qué?

—Ojalá lo supiera—Alabaster dejó su taza vacía—. Desde que me exiliaron, he luchado y he matado a un montón de monstruos que han venido detrás de mí. Ellos pueden percibir por instinto a los semidioses. Como un semidiós solitario, soy presa fácil. Pero Lamia es distinta. También es hija de Hécate, pero lo fue durante la Antigüedad. Parece tener una venganza personal en contra de mí. No importa las veces que la mate, ella simplemente no permanece muerta. Me ha estado desgastando, obligando a ir de ciudad en ciudad. Mis encantamientos protectores han sido apretados hasta el último esfuerzo. Ahora ni siquiera puedo dormir sin que ella intente romper mis barreras.

Claymore estudió al chico más de cerca y se dio cuenta de unos oscuros círculos bajos sus ojos. Alabaster probablemente no había dormido en días.

—¿Hace cuánto que estás solo? —preguntó Claymore—. ¿Cuándo fue tu destierro?

Alabaster se encogió de hombros como si lo hubiera olvidado.

—Hace siete u ocho meses, pero parece mucho más. El tiempo es distinto para los semidioses. No tenemos las mismas vidas simples de los mortales. La mayoría de nosotros no pasamos de los veinte.

Claymore no respondió. Incluso para él, todo aquello fue difícil de asimilar. El niño era un semidiós de hoy en día, el hijo de un humano y la diosa Hécate. No tenía ni idea de qué tipo de procreación era, pero de hecho, había tenido lugar, porque el chico estaba allí y claramente no era un mortal normal. Claymore se preguntó si Alabaster compartiría la

capacidad de regeneración de Lamia. Lo dudó. Hermanos o no, Alabaster se refería constantemente a Lamia como un monstruo. Ese no era el tipo de palabra que utilizas para tu propia raza. El chico estaba verdaderamente solo. Los dioses le habían exiliado. Los monstruos querían matarle, incluyendo aquella que era su propia hermana. Su única compañía era un hombre hecho con Niebla que salía de un papel de cuartilla. Y aún así, de alguna manera, el chico había sobrevivido. Claymore no podía evitar sentirse impresionado.

Alabaster comenzó a servirse otra taza de té, pero entonces se quedó congelado. Uno de los símbolos garabateados en su manga derecha comenzó a brillar con un color verde.

—Lamia está aquí—murmuró—. Tengo el suficiente poder como para detenerla durante un rato, pero...

Hubo un sonido quebradizo, como el de una bombilla estallando, y el símbolo de su manga se hizo añicos como el cristal, expulsando fragmentos de luz verde.

Alabaster dejó caer su taza.

—¡Es imposible! ¡No hay forma de que haya roto mi barrera con su magia a no ser que...!—se quedó mirando a Claymore—. Dioses. ¡Claymore, le está usando a usted!

Claymore se tensó.

—¿Usándome? ¿De qué estás hablando?

Antes de que Alabaster pudiera responder, otra runa en su camiseta explotó.

—¡Levántese! ¡Tenemos que marcharnos ya! ¡Acaba de romper mi segunda barrera!

Claymore se puso de pie.

—¡Espera! ¡Dímelo! ¿Cómo me está usando?

—¡No ha escapado de ella, ella le ha dejado ir! —Alabaster se le quedó mirando—. ¡Tiene un encantamiento que interrumpe mis símbolos de encantamientos! ¡Dioses, ¿cómo he podido ser tan estúpido?!

Claymore apretó los puños. Había sido utilizado. Había estado tan ocupado entendiendo las normas de aquél mundo y haciendo una estrategia que no había esperado que Lamia hubiera usado una estrategia ella misma. Ahora sus errores la habían llevado directa a su objetivo. Alabaster tocó a Claymore suavemente en el pecho:

—¡Incantare: Aufero Sarcina[9]!

Hubo otra explosión. Esta vez unos añicos verdes volaron de la camisa de Claymore y éste retrocedió.

—¿Qué has...?

—Le he quitado el hechizo de Lamia—le explicó Alabaster—. Y ahora...

Alabaster tocó unas cuantas runas más en su camiseta y éstas se rompieron. Como si fuera una respuesta, un símbolo en sus pantalones comenzó a brillar con una luz verde.

—He reforzado las paredes interiores, pero no hay forma de mantenerla a raya durante mucho tiempo. Sé que quiere entenderlo, sé que quiere preguntarme más cosas, pero ahora no. No pienso dejarle morir. ¡Sígame, y dese prisa!

En un solo día, había estado confundido, alarmado, asustado y agravado más allá de la comprensión humana. Pero ahora experimentaba una emoción que no había sentido en años. El genial y confiado doctor Claymore comenzaba a entrar en pánico.

Todo era una trampa. Lamia no había sido vencida tan fácilmente. Era un truco para que pudiera llevarla a través de las defensas de Alabaster. Y todo era culpa suya. Alabaster corrió hacia el exterior y Claymore le siguió, murmurando todas las maldiciones que conocía, y conocía bastantes.

No lo había visto antes, pero una cúpula verde cubría la casa entera y se extendía hacia la mitad del edificio. El brillo de color verde parecía estar debilitándose, igual que la runa de la pierna de Alabaster.

Aunque había sido un día claro y soleado hacía unos momentos, unas nubes de tormenta comenzaban a ajuntarse por encima de ellos, atacando la barrera con relámpagos. Lamia estaba allí fuera, y esta vez no jugaba a juegos. Estaba allí para matarles. Claymore murmuró otra maldición. Alabaster se detuvo cuando llegó a la calle y miró al cielo.

—No podemos escapar. Nos ha encerrado. La tormenta es un encantamiento de clausura. No puedo dispersarla mientras la barrera esté levantada. Huir no es una opción, tenemos que luchar.

Claymore le miró, incrédulo.

—El camión de Black está ahí fuera. Podemos coger el camión y...

—¿Y entonces qué? —Alabaster miró hacia atrás, congelando a Claymore en el sitio—. No importa lo rápido que conduzcamos. Todo lo que vamos a darle es un mayor objetivo que atacar. Además, eso es exactamente lo que espera que un mortal como tú haga. Sólo mantente al margen, ¡te estoy intentando salvar la vida!

Claymore le miró, con la sangre hirviendo. Había ido para ayudar a aquel chico, no para mantenerse al margen, sin hacer nada. Estaba a punto de discutirlo cuando la runa brillante en la pierna de Alabaster ardió. El chico chilló, cayendo de rodillas. Por encima de ellos, la cúpula verde se rompió con un sonido de un millón de ventanas rompiéndose.

—¡Hermano! —les gritó Lamia por encima del sonido—. ¡Estoy aquí!

A su alrededor cayeron miles de relámpagos, destrozando los postes de electricidad y partiendo árboles.

El resto del mundo parecía no darse cuenta de aquello. A unas casas de allí, un hombre estaba regando su jardín. Al otro lado de la calle, una mujer salió de su deportivo, hablando por su teléfono móvil, ignorando que el arce de su jardín estaba ardiendo. El mismo tipo de llamas que habían hecho morir a Burlly... Aparentemente para los semidioses y los monstruos, el mundo mortal era sólo un daño colateral.

Alabaster se levantó, sacando una tarjeta de su bolsillo. En vez de un hombre, aquella tarjeta tenía la inscripción del garabato de una espada dibujada en ella. Cuando Alabaster tocó el dibujo, comenzó a brillar, y de repente apareció una espada.

Una espada de oro sólido había salido de la tarjeta, apareciendo en la mano de Alabaster. La espada estaba grabada con runas verdes brillantes, como las de las ropas de Alabaster. Y aunque el objeto parecía pesar varias docenas de kilos, Alabaster la sujetaba con facilidad con una mano.

—Ponte detrás de mí y no te muevas—le dijo, plantando los pies firmemente en el suelo.

Por primera vez en su vida, Claymore ni intentó discutir.

—¡Lamia—gritó Alabaster hacia el cielo—, antigua reina de Libia e hija de Hécate! Eres mi objetivo, y mi hoja te encontrará. ¡Incantare: Persequor Vestigium[10]!

Los símbolos de la espada de Alabaster comenzaron a brillar con más fuerza, y cada runa en su ropa brillaba como estrellas en miniatura. Un conjunto de hechizos mágicos le rodeó, y todo su cuerpo parecía irradiar poder.



Se giró hacia Claymore, quién retrocedió hacia atrás. Ambos ojos de Alabaster brillaban con un tono verde, igual de los de Lamia. El chico sonrió.

—Vamos a salir de esta, Claymore. Los héroes nunca mueren, ¿verdad?

Claymore quería discutirle aquello, ya que los héroes siempre parecían morir en los mitos griegos. Pero antes de que pudiera articular una palabra, un trueno retumbó y el monstruo Lamia apareció en el borde del jardín. Alabaster atacó.

Mientras Alabaster levantaba la espada, sintió algo que no había sentido desde que había invadido Manhattan con el ejército de Crono, la voluntad de poder dar su vida por una causa. Había metido a Claymore en aquello. No podía dejar que otro mortal muriera por culpa de aquél monstruo. Su primer movimiento fue un ataque y el brazo derecho de Lamia se deshizo en arena. Para un monstruo normal, una herida como aquella hecha por una espada de oro imperial sería una sentencia de muerte, pero todo lo que hizo Lamia fue reírse.

—Hermano, ¿sigues con las mismas? Sólo he venido para hablar...

—¡Mientes! —Alabaster atacó, arrancando de cuajo su brazo izquierdo—. ¡Eres una desgracia para el nombre de nuestra madre! ¿Por qué no mueres?

Lamia le lanzó una sonrisa con los dientes de un cocodrilo.

—¡No muero porque mi ama me asiste!

—¿Tu ama? —Alabaster frunció el ceño. Tenía la sensación de que no estaba hablando de Hécate.

—Oh, sí—Lamia esquivó el siguiente ataque. Sus brazos ya estaban del todo rehechos—. Cronos cayó, pero ahora mi nueva ama se ha alzado. Es más poderosa que cualquier titán o dios. Destruirá el Olimpo y llevará a los hijos de Hécate de nuevo a la Edad Dorada. Por fortuna, mi ama no confía en ti. No quiere que estés vivo para interferir.

—¡Tú y tu ama os podéis ir al Tártaro! —rugió Alabaster, partiendo por la mitad la cabeza de Lamia—. ¿Estás a favor de los dioses? ¿Te ha enviado Hera para matarme?

Las dos mitades de la boca de Lamia gritaron.

—¡No menciones ese nombre en mi presencia! ¡Esa bruja destruyó mi familia! ¿No lo entiendes, hermano? ¿No has leído mi historia?

Alabaster adoptó una expresión desdeñosa.

—¡No me molesto en leer cosas sobre monstruos sin importancia como tú!

—¿Monstruo? —chilló mientras su cabeza se juntaba de nuevo—. ¡Hera es el monstruo! ¡Destruye a todas las mujeres que son amadas por su marido! ¡Vierte todos sus celos y envidia en cazarnos! ¡Ella mató a mis hijos! ¡Mis hijos!

El brazo derecho de Lamia se había re-hecho, y lo inclinó hacia delante, temblando de furia.

—Aún puedo ver sus cuerpos sin vida delante de mí. Altea quería ser una artista. Recuerdo los días cuando aprendía bajo la tutela de los mejores escultores de mi reino. Era una niña prodigio. Sus habilidades rivalizaban las de Atenea. Demetrio tenía nueve años, a cinco días de su décimo cumpleaños. Era un chico maravilloso y fuerte, siempre intentando hacer sentir orgullosa a su madre. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para prepararse para el día que tomara el trono de Libia. Ambos trabajaban tan duramente, ambos tenían un futuro tan maravilloso por delante. ¿Pero qué hizo Hera entonces? ¡Ella les asesinó brutalmente simplemente para castigarme por haber aceptado los cortejos de Zeus! ¡Ella es la que se merece hundirse en el Tártaro!

Alabaster atacó de nuevo. Aquella vez Lamia hizo algo imposible: detuvo la hoja, atrapando la hoja de oro imperial con su garra. Alabaster intentó liberar su espada, pero Lamia la agarró más fuertemente. Acercó su cara a la del chico.

—¿Sabes qué hice después, hermano? —le susurró. Su aliento olía a sangre recién extraída—. Mi vida como reina había acabado, pero mi reino de odio acababa de comenzar. Usando el poder de Madre ideé un encantamiento muy especial, uno que permitiera que todos los monstruos del mundo pudieran percibir a los semidioses...— sonrió—. ¡Quizá después de unos cuantos cientos semidioses muertos, Hera, la diosa de la familia, entendería finalmente mi dolor!

Alabaster contuvo el aliento.

—¿Qué acabas de decir?

—¡Sí, lo que has oído! ¡Yo soy la responsable de hacerlos la vida imposible! ¡Yo les di a los monstruos la habilidad de perseguir a los semidioses! ¡Soy Lamia, la carnicera de los deshonrados! Y una vez que estés muerto, nuestros demás hermanos me seguirán como su reina. ¡Se unirán a mí o morirán! Mi ama, la madre Tierra misma, ha prometido que me devolverá a mis hijos—Lamia se rió con placer—. ¡Vivirán de nuevo, y todo lo que tengo que hacer es matarte!

Alabaster se las arregló para sacar su espada de su garra, pero Lamia estaba demasiado cerca. Enseñó los colmillos como si fuera a usarlos para sacarle el corazón. Entonces hubo una explosión y Lamia retrocedió, con un agujero de bala en su pecho. Alabaster giró su hoja, partiendo por la cintura a Lamia, y ésta se derrumbó en un montón de arena. Alabaster miró hacia atrás a Claymore, que estaba a unos metros a su derecha, sujetando una pistola.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡Podría haberte matado!

Claymore sonrió.

—Vi que estabas haciendo un trabajo tan lamentable como el mío, por lo que pensé en echarte una mano. Tenía que hacer algo con mi última bala.

Alabaster le observó, sorprendido.

—Dioses, eres demasiado arrogante.

—He oído bastante eso últimamente. Voy a tener que tomármelo como un cumplido— Claymore miró hacia el cuerpo de Lamia, que ya se estaba rehaciendo—. Una Swiffer[11] habría sido de más ayuda ahora mismo. Volverá en cualquier minuto.

Alabaster intentó pensar, pero estaba exhausto. La mayoría de sus encantamientos habían desaparecido. Sus defensas estaban destruidas.

—Tenemos que salir de aquí.

Claymore negó con la cabeza.

—Huir no nos ha ayudado antes. Necesitamos una forma de enfrentarnos a ella. Dijo que su vida era mantenida por un ama...

—La madre Tierra. —dijo Alabaster—. Gea. Ella intentó derrocar a los dioses durante la Antigüedad. ¿Pero eso cómo nos ayuda?

Claymore cogió un puñado de arena negra y lo observó arremolinarse, intentando rehacerse.

—Tierra—murmuró—. Si enviar a Lamia al Tártaro no funciona, si no se queda muerta, ¿no hay forma de encarcelarla con esta forma?

Alabaster frunció el ceño. Entonces se le encendió la bombilla.

Había esperado que aquél hombre, aquel genio, le hubiera dado una respuesta más complicada. Alabaster esperaba que si le hablaba a Claymore sobre el Inframundo y lo que causaba la muerte a los monstruos, la mejor mente del siglo le pudiera decir cómo matar a Lamia de forma permanente. Pero la respuesta era mucho más sencilla que todo aquello. Claymore le había dado involuntariamente la respuesta. No podían matar a Lamia. La diosa de la tierra Gea la traería de vuelta al mundo mortal una y otra vez. ¿Pero qué pasaba si no la enviaban al Tártaro? ¿Qué pasa si la tierra misma se convertía en una cárcel para Lamia?

Alabaster le miró a los ojos.

—¡Tenemos que volver a mi casa! Conozco una forma de detenerla.

—¿Estás seguro? —le preguntó Claymore—. ¿Cómo?

Alabaster negó con la cabeza.

—¡No hay tiempo! Tengo que mirar en el libro de mi mesita de noche. Si lo conseguimos, la podremos detener. ¡Vamos!

Claymore asintió, y entonces corrieron hacia la puerta principal.

Alabaster había tenido el poder de detenerla durante todo el tiempo y ni siquiera lo había sabido. Pero ahora tenía la respuesta. Y no había monstruo en el mundo que pudiera parar aquello.

Claymore estaba cansado de correr. Su joven amigo Alabaster parecía como si pudiera correr tres kilómetros más a pesar de llevar la espada de veinte kilos. Y eso que

Alabaster había estado aguantando los ataques de Lamia durante semanas. Claymore era algo distinto. Había estado evitando a Lamia durante unas horas, pero estaba a punto de desmayarse. Los mestizos debían estar hechos de otra pasta que los humanos. Alabaster corrió por la sala de estar. Miró hacia atrás, sonriendo de oreja a oreja, apremiando a Claymore.

—¡Ha estado aquí todo el tiempo! ¡Dioses, ojalá lo hubiera sabido!

Un trueno resonó en el exterior, y Claymore frunció el ceño.

—Puedes ahorrarte las palabras para cuando ganemos. Esperemos que tu truco mágico funcione.

Mirando la expresión de Alabaster, Claymore casi sonrió. Aquél era el chico feliz que se suponía que tenía que ser, no un guerrero mestizo que esperaba morir antes de los veinte. Parecía un chico de dieciséis años con toda la vida por delante... Quizá cuando Lamia estuviera muerta, Alabaster podría tener aquella vida. Quizá, si los dioses se la dejaban tener...

¿Pero qué iba a hacer Claymore? Toda su vida se la había pasado buscando una respuesta a la muerte, pero en el pasado había descubierto que todo en lo que había comenzado a creer era una mentira. Y ahora había descubierto que todas las mentiras que había encontrado en su vida, eran ciertas. ¿Cómo se suponía que Claymore podría diferenciar las cosas a partir de ahora? ¿Cómo podría un hombre de media edad sin poderes especiales ser afectado por un mundo de monstruos y dioses? Su antigua vida parecía no tener sentido, sus fechas de entrega, sus firmas de libros. Aquella vida se había fundido junto a su portátil en la cafetería de Black. ¿Tendría aquél nuevo mundo un lugar para un mortal como él? Alabaster le llevó por las escaleras hasta una pequeña habitación. Las paredes estaban cubiertas con las mismas runas verdes que la ropa de Alabaster. Todas ellas brillaban cuando entraron y Alabaster cogió el libro de su mesita de noche.

—Esto es un encantamiento ocultador—explicó—. Estoy seguro de que funcionará, ¡tiene que funcionar!

El chico se giró hacia Claymore, que esperaba en la puerta. La sonrisa de Alabaster desapareció. Su expresión cambió a terror. Un segundo más tarde Claymore se dio cuenta de por qué. Unas frías garras le rodearon el cuello. La voz de Lamia susurró cerca de su oreja.

—Si dices una sola palabra de ese hechizo, le mataré—le amenazó Lamia—. Suelta el libro y quizá le dejé ir con vida.

Claymore miró al chico, esperando que leyera el encantamiento de todas formas, pero como un idiota, soltó el libro.

—¿Qué estás haciendo? —le gritó Claymore—. ¡Lee el hechizo!

Alabaster estaba congelado, como si hubiera cientos de personas mirándole.

—No... no puedo. Ella...

—¡No te preocupes por mí! —gritó Claymore, mientras Lamia clavaba más hondo sus garras alrededor de su cuello. Entonces le susurró al oído:

—Incantare: Templum Incendere.

El libro a los pies de Alabaster prendió fuego.

—¿Qué estás haciendo, idiota? —le gritó al chico—. Eres más listo que todo esto, Alabaster. ¡Si no lees el hechizo, tú también morirás!

Una lágrima cayó por la mejilla de Alabaster.

—¿No lo entiendes? No quiero que nadie más muera por mi culpa. ¡Yo guié a mis hermanos a sus muertes!

Claymore frunció el ceño. ¿Cómo no podía ver el chico el libro ardiendo?

Lamia se rió socarronamente mientras las tapas del libro se reducían a ceniza. Las páginas no durarían mucho más. No había tiempo para convencer a aquel chico cabezota. Claymore tendría que obligarle a pasar a la acción.

—Alabaster... ¿cuando uno se muere, qué sucede?

—¡Deja de decir eso! —le gritó Alabaster—. ¡Vas a estar bien!

Pero Claymore negó con la cabeza. Era lo único que evitaba que Alabaster leyera el libro, por lo que el camino que tenía que tomar era claro. Tenía que destruir el último obstáculo en el camino de Alabaster. Para vengar a Burly, para salvar a aquél hijo de los dioses, sabía qué tenía que hacer.

—Alabaster, antes me has dicho que los héroes no mueren. Puede que tengas razón, pero te voy a decir algo—Claymore miró a los ojos del chico—. Yo no soy un héroe.

Con aquellas palabras Claymore se tiró hacia atrás empujando a Lamia. Ambos se derrumbaron hasta el vestíbulo. Claymore se giró e intentó agarrar al monstruo, esperando darle a Alabaster unos segundos más, pero sabía que no podría ganar aquella batalla. El grito horrorizado de Alabaster le llegó desde lejos. Entonces él estaba hundiéndose, hundiéndose en otro mundo. Las frías manos de la muerte capturaron a Howard Claymore como una prisión de hielo.

No hubo barquero para él, ni siquiera una barca. Fue arrastrado hasta las ardientes aguas del Estigio, arrastrado al castigo que le esperara por la vida que había tenido. Podría alegar que era un hombre de motivaciones puras, intentando extender el sentido común por el mundo, pero incluso él sabía que no era la verdad. Había desestimado la idea de los dioses y había desestimado a cualquiera que adorara a uno. Todos habían sido objeto



de risas para él, pero si habría aprendido algo durante las últimas seis horas, era que aquellos dioses no tenían sentido del humor. Lo peor era, pensó mientras era arrastrado por la fría corriente, que si Alabaster no hubiera sido enemigo de los dioses, Claymore podría haber sido recibido como un héroe por haber salvado la vida al chico. Pero el destino tenía otro plan para él. Cuando se enfrentase con su juicio, también tendría que añadir el ayudar a un traidor. Era irónico, de hecho... Había muerto haciendo un buen acto, pero sería sentenciado por ello a una eternidad de oscuridad. Aquél había sido su miedo desde la infancia, morir y ser rechazado del cielo. Por supuesto, aunque flotara en las frías aguas, seguía sonriendo. El hecho de que Alabaster no estuviera haciendo aquel viaje con él, le decía algo: Lamia no había matado al chico. Sin un rehén reteniéndole, seguro que Alabaster podría haber leído aquel hechizo con pura rabia y haber vencido a Lamia. Y aquello era suficiente para contentar a Claymore, sin importar el castigo que los dioses le decidieran. Él reiría el último por ahora, y para el resto de la eternidad. Pero, sorprendentemente, el destino no juega así. Por encima de la oscuridad, un brillo parpadeó, brillando más y más. Una mano le fue tendida, la mano de una mujer a través de la oscuridad. Siendo un hombre lógico, hizo lo lógico. La cogió.

Una vez sus ojos se ajustaron, vio que estaba en una iglesia. No la brillante y sagrada iglesia del cielo, sino una que había caído en la ruina. Era la misma capilla sucia y cubierta de polvo que había visto en sueños. Y rezando en el altar estaba la joven vestida con la ropa ceremonial, la madre de Alabaster, la diosa Hécate.

—Supongo que esperas que te lo agradezca—dijo Claymore—, que te agradezca que me hayas salvado la vida.

—No—dijo Hécate, solemnemente—. Porque no te he salvado la vida. Sigues muerto.

El primero instinto de Claymore fue discutir, pero no lo hizo. No hay que ser un genio para saber que tu corazón no late.

—¿Entonces por qué estoy aquí? ¿Por qué me has traído a este lugar?

Se acercó al altar y se sentó en el polvo cerca de Hécate, pero ella no le miró. Mantuvo sus ojos cerrados y siguió rezando. Su cara era como una estatua griega, pálida, hermosa y eternamente joven.

—Les he salvado—le dijo—. A mis dos hijos. Me vas a odiar por ello.

Ambos... Ella había salvado a Lamia.

Claymore supuso que no era muy inteligente gritarle a una diosa, pero no puedo evitarlo.

—¡Le dijiste a Alabaster que no podías interferir! —le gritó—. ¿¡Después de que me sacrificara para salvar al chico, has entrado en el último momento y has salvado al monstruo?!

—No quiero que ninguno de mis hijos muera—dijo Hécate—. La solución de Alabaster habría funcionado. Gracias a tu muerte desinteresada, tuvo tiempo para recuperar el libro de notas y encontrar el hechizo. Era un encantamiento de clausura, lo contrario de un hechizo diseñado para sanar y fortificar un cuerpo viviente. Si se lo hubiera lanzado a Lamia habría sido reducida a un montón de polvo negro, pero ella no habría muerto. Ni tampoco se habría regenerado. Se habría mantenido viva como un puñado de polvo oscuro para siempre. Lo detuve antes de que sucediera.

Claymore parpadeó. La solución del chico habría sido brillante y sencilla. Admiró a Alabaster más que nunca.

—¿Por qué no le has dejado que lo hicieras? —preguntó Claymore—. Lamia es una asesina. ¿No se merece la sentencia de Alabaster?

Hécate no respondió durante un instante. Ella simplemente apretó sus manos aún con más fuerza. Después de lo que pareció una eternidad de silencio, susurró:

—Le gustas a Alabaster. Vi lo feliz que le hiciste. Es probablemente porque nos recuerdas a ambos a su padre—sonrió ligeramente—. Alabaster es un niño que siempre ha intentado hacer sentir orgullosa a su madre, aunque a veces puede ser temerario... Pero Lamia también tiene un pasado difícil. No pidió ese destino. Quiero verla igual de feliz que a Alabaster.

—¿Me has traído aquí para decirme esto? —preguntó Claymore, alzando una ceja—. ¿Para decirme que mis esfuerzos han sido en vano?

—No lo han sido, doctor. Porque voy a poner a Alabaster a tu cuidado.

La observó, curioso.

—¿Y cómo voy a hacer eso si estoy muerto?

—Mi papel principal como diosa es mantener la Niebla, la barrera mágica entre el Olimpo y el mundo mortal. Mantengo a ambos lados separados. Cuando los mortales atisban algo de nuestro mundo, yo les ofrezco alternativas mejores en las que creer. Alabaster también tiene poder sobre la Niebla. Estoy segura de que te ha mostrado algunas de sus creaciones, los símbolos que se pueden convertir en objetos sólidos.

—Nebuliformes—Claymore recordó al padre falso y la espada dorada—. Sí, Alabaster me ha hecho un par de demostraciones.

La expresión de Hécate se volvió más seria.

—Últimamente las fronteras entre la vida y la muerte se han debilitado, gracias a la diosa Gea. Es así cómo puede traer a sus monstruosos sirvientes del Inframundo tan rápidamente y cómo se regeneran tan rápidamente. Pero yo puedo usar esa debilidad en nuestro favor. Puedo devolver tu alma al mundo bajo la forma de un cuerpo nebuliforme. Tendría que utilizar gran parte de mi poder, pero eso te daría una nueva vida. Alabaster siempre ha sido testarudo e impaciente, pero si estás a su lado, puedes guiarle.

Claymore miró a la diosa. Volver a la vida como un nebuliforme... tenía que admitir que sonaba mucho mejor que el castigo eterno.

—Si tienes tanto poder, ¿por qué no pudiste separar a Lamia y a Alabaster antes? ¿Era necesaria mi muerte?

—Por desgracia, doctor, tu muerte era necesaria—dijo Hécate—. La magia no puede ser creada de la nada. Tiene que servirse de lo que ya existe. Un sacrificio noble crea una energía mágica muy poderosa. Usé esa fuerza para separar a mis dos hijos. De hecho, tu muerte me sirvió para salvarlos a ambos. Quizá lo que es más importante, Alabaster ha aprendido algo de tu muerte. Y sospecho, que tú también.

Claymore se tragó una réplica. No le gustaba que su muerte fuera servida como una lección.

—¿Qué pasa si esto sucede de nuevo? —preguntó Claymore—. ¿No seguirá Lamia persiguiendo a tu hijo?

—A corto plazo, no—dijo Hécate—. Alabaster ahora tiene un hechizo poderoso para vencerla. No sería tan tonta como para atacarle.

—Pero gradualmente acabará encontrando una forma de contrarrestar el hechizo. —supuso Claymore.

Hécate suspiró.

—Puede que suceda eso. Mis hijos siempre han luchado entre ellos. El más fuerte guía a los demás. Alabaster se unió a la causa de Cronos y guió a sus hermanos a la guerra. Se culpa a sí mismo por sus muertes. Ahora Lamia se ha alzado para desafiarle su preeminencia, esperando que mis hijos le sigan bajo el estandarte de Gea. Tiene que haber otra forma. Los demás dioses nunca han confiado en mis hijos, pero esta rebelión de Gea sólo traerá más baños de sangre. Alabaster tiene que encontrar otra respuesta, algún tipo de arreglo para que traiga paz a mis hijos.

Claymore vaciló.

—¿Y si no tienen paz?

—No escogeré bandos—dijo—, pero espero que estando tú allí, Alabaster tome la decisión correcta, una decisión que traerá la paz a mi familia.

Una razón por la que vivir, pensó Claymore. Una forma en la que un hombre mortal sin poderes especiales pudiera afectar al mundo de los dioses y los monstruos. Claymore sonrió.

—Eso suena como un desafío. Muy bien, lo acepto. Aunque sólo seré un nebuliforme, me aseguraré de que tenga éxito.

Se puso de pie, listo para salir por las puertas de la iglesia, pero entonces se detuvo.

Aunque estuviera muerte, la respuesta que buscaba estaba justo delante de él.

—Tengo una pregunta más para ti, Hécate—se mordió la lengua, como Alabaster hizo frente al público durante su conferencia—. Si tú misma eres una deidad, ¿a quién le estás rezando?

Se calló un momento, se giró hacia él y abrió sus brillantes ojos verdes. Entonces, aunque la respuesta era obvia, sonrió y dijo:

—Espero que tú lo descubras.

Alabaster se despertó en un campo. Todas las runas de sus ropas habían sido destruidas, y su chaleco antibalas había sido destrozado hasta el punto de que había quedado inservible. Sorprendentemente, a pesar de todo, se sentía bien.

Descansó en la hierba durante un minuto, intentando saber dónde estaba. Sus últimos recuerdos eran de Claymore chocando contra el monstruo, las garras de Lamia cerrándose alrededor del cuello del doctor, el bloc de notas ardiendo, el encantamiento... Ya había conjurado el hechizo y entonces... se había levantado allí.

Buscó en su bolsillo y sacó sus tarjetas de nebuliformes; pero todas las inscripciones se habían convertido en borrones oscuros: gastados, igual que toda su magia. Entonces la forma de un hombre apareció cerca de él, tapándole la luz del sol. Le tendió una mano para ayudarlo a levantarse.

—¿Claymore? —el ánimo de Alabaster incrementó de golpe—. ¿Qué ha pasado? Creía que... ¿qué estás haciendo aquí?

Claymore le dio a Alabaster una sonrisa que le acompañaría durante el resto de su vida.

—Vamos—dijo—. Creo que tú y yo tenemos cosas que buscar.

---

[1] Alabaster en inglés significa alabastro, una piedra decorativa.

[2] Las chaquetas de tweed son de este tipo de tejido: <http://www.porhomme.com/wp-content/uploads/2009/01/harris-tweed-scotland-blazer-1.jpg>

[3] Cafetería de Black, en inglés Black's Coffee, traducido literalmente "café solo".

[4] Burly en inglés significa "corpulento".

[5] Del latín literalmente traducido "magia que oculta algo" aunque Haley lo traduzca "hechizo de escondite".

[6] Del latín, “Hechizar: camino de hielo”.

[7] Del latín “Hechizar: incendiar el templo”.

[8] Del latín “Hechizar: cárcel de necios”.

[9] Del latín “Hechizar: Quitar carga”.

[10] Del latín “Hechizar: perseguir el rastro”

[11] Swiffer es una marca de aspiradoras estadounidense.

[12] Según la mitología griega, además de lo ya explicado por Haley, Lamia se convirtió en esta criatura:

<http://www.culturandalucia.com/Lamia%20con%20ni%C3%B1o%20en%20brazos%202.jp>  
[g](#)

